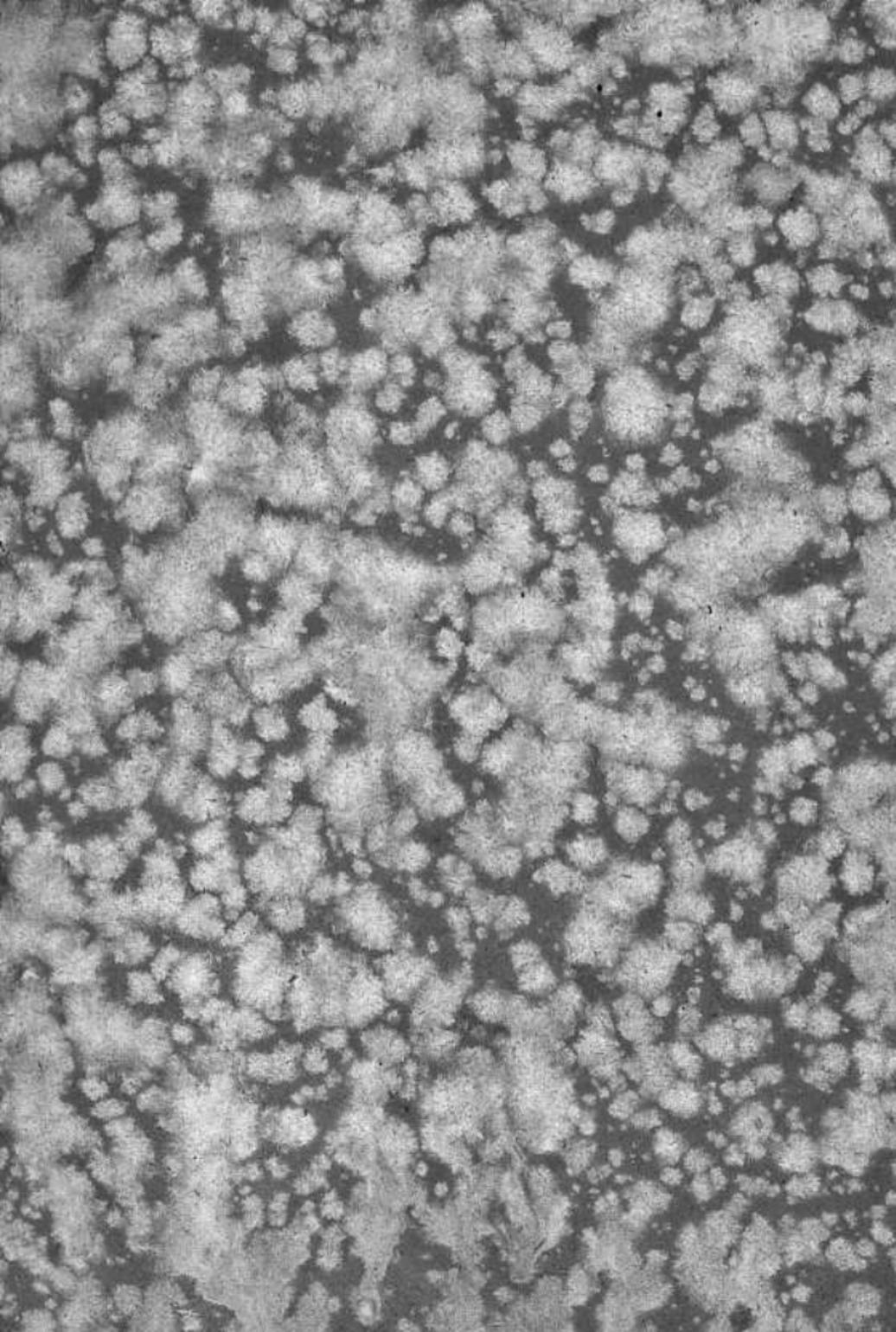




TALLER DE ENCUADERNACIONES
VIC. 143
Correduria, 40, Sevilla





d

616
FOLLETIN DEL TÁBANO.

APUNTES BIOGRAFICOS

DE LOS DIESTROS QUE MAS SE HAN DISTINGUIDO

EN

EL ARTE DE TOREAR,

Recopilados y corregidos por el aficionado

J. S. C.

MADRID
IMPRENTA A CARGO DE J. LOPEZ
Calle Mayor, núm. 119.

1872.

IMPRESION EN FABRICA

IMPRESION EN FABRICA

DE LOS DISEÑOS DEL AÑO DE 1877

EN

EL ARTE DE TONAR

IMPRESION EN FABRICA

J. S. C.

IMPRESION EN FABRICA

IMPRESION EN FABRICA

IMPRESION EN FABRICA

MADRID

IMPRESION EN FABRICA

IMPRESION EN FABRICA

1877

EXCMO. SR.

DON CÁRLOS STUART Y PORTO CARREÑO.

DUQUE DE HUESCAR.

Vuestro nombre esclarecido
Daré á mi libro, señor,
El mérito y el valor
que nunca hubiera tenido.
Si anduve en ello atrevido,
Vos me habeis de dispensar,
pues es justo, á no dudar,
y con mi libro se aviene,
Que á quien mucho malo tiene
Algo bueno se ha de dar.

J. SANTA COLOMA.

Esta obra es propiedad de su autor D. José Santa Coloma, y queda hecho el depósito que marca la ley de propiedad en el ministerio de Fomento. Los ejemplares llevan contraseña para justificar la reimpresion ó traduccion sin consentimiento del citado autor.

orientador de la demencia alienta de Romero, no li-
tubaron en abandonar sus protectores, tanto por
la calificación de propocionante novillos á gra-
voso que lidiaba con la mayor complacencia, re-
sultando de esto conocimientos especiales, 1888-
valores una constante práctica.

La razón que antes hemos manifestado, influyó
en el primer lidiador de á pie, lo bastante para de-
clararse exclusivamente á torero, y en efecto, tardó
poco en haber una profesión de lo que antes era so-

FRANCISCO ROMERO.

Sin más elementos que los que le proporcionó su
familia, introdujo Romero en sus lides una nueva
manera de lidiar de á pie y cada día invertía una nueva
suerte que lo propocionaba mercados, elegidos y la
admiración general, pero lo más principal y lo
que debían tener fidedigna todas las demas cosas de
de matar los toros cara á cara con la ayuda del es-

PRIMER MATADOR DE TOROS.

toro y la mulata.

Esta suerte que desde luego le granó la más di-
fícil y espuesta, necesitaba ensayarse con toda
precaución para evitar de sus incidentes y eva-

Francisco Romero nació en Ronda, población
del Mediodía, y sus padres exentos de fortuna, se
vieron precisados á aplicarlo á un oficio, siendo
elegido el de carpintero de ribera. Este jóven de-
mostró desde bien pequeño una extraordinaria afi-
ción á tocar á las reses, en cuya faena se ocupaba en
los momentos de ociosidad y sin perjuicio de aten-
der á su trabajo diario.

Los caballeros maestrantes de Ronda, que se orientaron de la decidida afición de Romero, no titubearon en declararse sus protectores, razon por la cual se cuidaban de proporcionarle novillos á propósito que lidiaba con la mayor complacencia, resultando de ello conocimientos especiales, reservados á una constante práctica.

La razon que antes hemos manifestado, influia en el primer lidiador de á pié lo bastante para dedicarse esclusivamente á torear; y en efecto, tardó poco en haber una profesion de lo que antes era solo un simple divertimento.

Sin mas elementos que los que la práctica le suministraba, introdujo Romero cuantiosas mejoras en la lidia de á pié y cada dia inventaba una nueva suerte que le proporcionaba merecidos elogios y la admiracion general; pero lo mas principal, y á la que debian rendir tributo todas las demás, era á la de matar los toros cara á cara con la ayuda del estoque y la muleta.

Esta suerte que desde luego la graduó la mas difícil y espuesta; necesitaba ensayarse con toda exactitud para instruirse de sus incidentes y evadirse con conocimiento del peligro, y Romero la practicó con el mejor éxito, por cuanto seguidamente reclamó la ocasion de probarlo.

En efecto, no hizo esperar aquella mucho tiempo; los caballeros maestrantes estaban interesados, y en breve anunciaron una corrida de toros, en la que el lidiador que nos ocupa debia hacer su

primera salida y matar en los términos que dejamos indicados.

Presentóse Romero en la plaza con un traje á propósito para la operacion que debia practicar, el cual consistia en calzon y colete de ante, correon ceñido y mangas acolchadas de terciopelo negro; y no bien dejóse ver del público que ansiaba el resultado de sus proyectos, un nutrido y entusiasta aplauso resonó en cada uno de los ángulos del Circo.

No es fácil esplicar circunstanciadamente los preliminares de la operacion, despues de tanto tiempo trascurrido, y tratándose de un hecho que no quedó consignado sino en la imaginacion de los muchos que lo presenciaron, los cuales nos lo han legado tradicionalmente, y deseando por consecuencia de la importancia que real y verdaderamente debió tener. Contentémonos, por lo tanto, con saber que Romero realizó su proyecto en medio de los vítores mas completos y de la admiracion de los espectadores.

Como es de suponer, continuó Francisco Romero en su nueva profesion y cada vez avanzaba un poco más en el ya arte de la lid, si bien algunos comparan los descubrimientos y adelantos de este, con un tal Manuel Bellon, á quien se le vió estoquear en Algeciras y otros puutos, y del que no se tiene otro antecedente sino que era natural de Sevilla, y que su práctica en el capeo de reses la habia adquirido en pais africano, donde no se sabe por qué causa permaneció algunos años.

Después de cierto tiempo en que estas cosas tuvieron lugar, principió Francisco Romero á inutilizarse para este género de ejercicio, porque la edad le privaba de la agilidad necesaria, que á no dudar es uno de los mas indispensables elementos para el toreo, y vióse abrazar la profesion á su hijo Juan Romero, tambien natural de Ronda.

Pasaron años, y segun se disipaban los recuerdos de Francisco Romero, en la misma proporcion se aumentaba el crédito de su hijo Juan, quien para mayor lucimiento de la fiesta habia creado cuadrillas de banderilleros y picadores que dilataban y hacian mas variada esta, aunque á mucha distancia de la regularizacion que después experimentó.

A juzgar por lo que se desprende de la índole y demás circunstancias de este género de espectáculos, todos convendremos en que la aficion á los mismos habia de generalizarse con mayor rapidez, puesto que así lo exigia el carácter de los españoles, predispuestos siempre á hechos de denuedo y bizarria.

Este carácter natural por una parte, y la idea de atender de tales funciones á objetos piadosos por la otra, generalizaron las diversiones de toros en la mayor parte de nuestras grandes poblaciones, siendo Madrid una de las que mas se aceleró en proporcionarse lo necesario para que estas fiestas se realizasen, y á cuyo efecto fué llamado Juan Romero á la Côte, donde le obligaron, por medio de una escritura, á lidiar y matar toros en las corridas que tuviesen lugar todo un año, á las cuales asistió

desplegando la habilidad de que estaba dotado, en términos sumamente favorables á su crédito, que nada dejó que desear á los concurrentes. Esta circunstancia influyó lo bastante para que en los años posteriores continuasen las corridas de toros y Juan Romero, que tan buenos recuerdos habia dejado en su estreno.

Por esta época, ya no estaba reservado á una sola persona el dedicarse á matar toros; y así fue, que bien pronto se presentó Joaquin Rodriguez (Costillares), á quien con justicia se le titula regenerador del toreo, y por quien principiamos nuestra seleccion de biografias.

Hecho este compendioso relato de cuanto hemos podido indagar relativo á los diestros Francisco y Juan Romero, pasaremos á describir con muchísimos mas datos, las biografias de los lidiadores que sucedieron á los que hemos hablado anteriormente, los cuales han conducido el arte de torear á la altura que hoy lo observamos.

JOAQUIN RODRIGUEZ

(COSTILLARES.)

AUTOR DE LA SUERTE DE VOLAPIÉ.

Escasas son en verdad las noticias que emiten respecto al lidiador á que aludimos. La distinguida reputacion de que gozó en sus primeros años de ejercicio, fué oscurecida luego por la justa fama de dos colosos toreros que la naturaleza abortó, de los cuales hablaremos en su lugar correspondiente.

Desgracia fué para *Costillares* la aparicion de Pedro Romero, y José Delgado; mas á pesar de que la memoria de los triunfos se desvaneció muy pronto por las causas que ya hemos indicado, no por eso es ménos digno de figurar á la cabeza de cuantos á esta profesion se han dedicado.

El lidiador cuyos apuntes biográficos bosquejamos, fué el regenerador del toreo, y á nadie más que á la suerte de su invencion se debe la altura en que este ejercicio se halla colocado. Hoy se ejecutan muchas y con sobrada frecuencia, para evadir peligros considerables, que sin el auxilio de aquellas seria espuestísimo el arte del toreo.

A la aparicion de este hombre, célebre en la lidia, conocian algunas suertes de bastante utilidad; pero no de una ventajosa defensa. Así es, que el ar-

te de torear casi naciente por este tiempo, sufrió una extraordinaria revolucion que sirvió para su completo desarrollo. No necesitamos otra razon para justificar la importancia de las suertes, debidas á este hombre, sino fijar la vista sobre el tiempo que hasta hoy ha trascurrido, y notaremos que á pesar de esta circunstancia se conservan íntegras y en toda su estension, con beneficio de los que las ejeculan.

Conocida ahora la de Francisco Romero, de matar toros frente á frente con la ayuda de la espada y la muleta, y sin embargo de que esta última no tenia otra aplicacion que cubrir el matador con ella desde la cintura á los piés y proporcionar la salida del toro con engaño, Costillares regularizó su manejo para que la muleta ampliase la defensa del matador hasta el extremo de trastear á las reses, arreglarlas, y ponerlas en sazón para la muerte.

Respecto á la manera de matar, no se conocia otro método, que el de recibir á los toros armado con la espada; pero el que se *aplomaba* ó no embestia por resabios que habia adquirido, la sufría por el brazo de un profano, que á impulsos de una lanza larga, á que daban el nombre de *punzon*, era cobardemente atravesado, con desdoro del principal, obligado á practicar la enunciada operacion conforme á las reglas de la época.

Tal era la costumbre en usanza en la fecha de la aparicion de Joaquin Rodriguez. Este concibió un nuevo recurso para evitar que las reses sucumbieran al vigor de una mano incompetente, lo cual

debía reconocerse como denigrativo á un matador de toros, y puso en práctica la suerte de *volapié*, que produjo el resultado que se ansiaba, evitando con ello la necesidad de apelar á los extremos del arte para ninguna operacion que compitiese á ese carácter.

Por este tiempo ya habia cambiado de faz la diversion de que tratamos, y se habian lanzado á picar toros á caballo, en iguales términos que se practica hoy, ciertos hombres forzudos, y ginetes que bajo otra forma de como lo hacia la nobleza en época anterior, ejecutaban la suerte de vara larga, y Costillares en union de Juan Romero, evitaban las contingentes desgracias con los ginetes, que aun se conservan, de cuyo modo se valieron para aminorar los riesgos y regularizar la lidia, colocándola en la senda mas susceptible de adelantos.

Estas son, en resúmen, las mejoras que Joaquin Rodriguez introdujo en el toreo, las cuales le valieron una justa celebridad, limitada hasta cierto punto por las causas que antes espusimos; pero que á pesar de todo, no perderán jamás el resplandor de originalidad de que se hallan revestidos.

Una vez relatadas las razones que le dieron tan justo crédito, pasaremos á hablar sobre su nacimiento y educacion tauromáquica.

Joaquin Rodriguez (Costillares), abrió los ojos á la luz del mundo en esa deliciosa ciudad, antigua Corte de treinta reyes, cuya encantadora ribera baña suavemente el caudaloso Guadalquivir. Hablamos de Sevilla, la ciudad predilecta de los godos

y adorada de los árabes. En esta población existe un barrio estramuros, conocido hoy por el de San Bernardo, cuyo reducido caserío solo forma un pequeño número de calles y en él nació precisamente el aventajado torero de que hacemos mención, á principios del siglo XVIII. Hijo de operarios del matadero, y sin recursos sus padres para dedicarle á otras faenas fuera de aquel paraje, no tardó en tener aplicación en el mismo establecimiento, donde á cada momento se ejercitaban en torear á las reses que daban juego, de las que allí se dirigian para pasto del vecindario. Esta circunstancia produjo que desde bien pequeño se familiarizase *Costillares* con el ganado vacuno y conociese sus instintos y propiedades, de lo cual debía sacar mas adelante un positivo y extraordinario fruto.

Crecido que hubo Rodríguez en edad, y caminado á su desarrollo, fué adquiriendo tan decidida afición por el toreo, que bien pronto se aplicó á este ejercicio con exclusion de otro alguno, sin duda porque su corazon le vaticinaba los señalados triunfos que habia de conseguir con semejante profesión.

Como sus conocimientos nada tenían de comunes, y la aptitud que le proporcionaba sus pocos años era tambien especial, de aquí resultó que bien pronto demostrara lo que valia, y que no en balde habia luchado entre reses desde bien pequeño.

Aquí podemos decir que tuvo principio la carrera tauromáquica de *Costillares*.

Ajustado desde luego con el carácter de matador

de toros, se presentó en varias plazas del reino, en las cuales recibia las mas espresivas muestras de las simpáticas que el público le merecía. A la vista de *Costillares*, nadie espresaba otras sensaciones que las del asombro que les inspiraba el diestro lidiador. La exacta combinacion de la suertes que ejecutaba llamaron la atencion de un modo tal, que ocasionaba cada una de ellas un entusiasmo particular é imposible que una pluma débil como la nuestra las describa con exactitud.

Así pasaron muchos años. y Rodriguez ya no era solo matador de toros, sino maestro de otros que ansiaban abrazar la profesion del toreo, los cuales le dieron despues gran fama por la reputacion que supieron adquirirse.

Por este tiempo se le formó á *Costillares* un tumor en la palma de la mano derecha, que le privaba de estoquear, y por ello se vió precisado, bien á su pesar, á abandonar la profesion, de lo que se le originó una constante tristeza que aumentándose progresivamente, terminó sus dias despues de poco tiempo, con el pesar de no haber elevado el arte de lidiar á mayor altura; pero con la satisfaccion de que su puesto quedaba dignamente reemplazado por los famosos Pedro Romero y José Delgado.

Aun pudiéramos aumentar á estos apuntes otras noticias de cierta importancia, si descendiésemos á tratar de otros extremos, que, aun cuando relativos á Joaquin Rodriguez, son agenos de nuestro propósito; pero con este ligero bosquejo, creemos cumplida la mision de biógrafos, toda vez que dejamos

narrado los adelantos mas notables que respecto al toreo se le debieron á este célebre y aventajado lidiador.

PEDRO ROMERO.

(famoso matador de toros.)

Tierra fecunda es sin duda alguna la que constituye ese bello pais de Andalucía: tambien lo es de gratos recuerdos para el que una vez estampó su huella en aquel suelo, y de escogidas inspiraciones para los que meditaron sobre las verdes y frondosas praderas. Pues en esta, y á un extremo de la provincia que lleva el nombre de la gran ciudad de *Hércules*, existe una poblacion llamada *Ronda*, la cual abriga en su espacio de diez y ocho á diez y nueve mil almas. Está situada en una elevada roca, y á las márgenes del rio Guadálabe, que toma el nombre de Guadiaro, ofrece un magnífico paisaje, cuya vista es capaz de entretener aun á los menos afectos á esos encantos maravillosos de la naturaleza. Un horroroso precipicio, que el mundo conoce bajo el nombre de Tajo, divide la poblacion en dos

partes, y para su comunicacion cuenta con dos magníficos puentes de piedra, cuya solidez y especial trabajo es de un mérito tal, que no hay inteligente nacional ó extranjero que no dedique algun tiempo en su exámen, si una vez pisa el recinto de la ciudad.

El temperamento reinante en esta poblacion es sumamente delicioso y saludable, razon por la cual hállase constantemente visitado por una infinidad de forasteros que lo eligen para mitigar los rigores de las enfermedades que los aquejan, ó bien restablecerse de anteriores padecimientos. Tal es la ciudad de Ronda, considerada bajo el punto de vista que lo hemos examinado.

En esta poblacion, y en la mañana del 19 de Noviembre de 1754, nació *Pedro Romero*, hijo de *Juan*, y nieto de *Francisco*, de los cuales ya hemos hecho mencion.

Los años de su infancia nada ofrece que merezca esplicarse con particularidad, si decimos que recibió una muy modesta enseñanza, como era consiguiente á su cuna, y que desde bien pequeño desarrolló unas fuerzas hercúleas.

Llegado que hubo á los doce años, y deseoso *Francisco* de ocupar á su hijo en cosa que le fuese útil y lo separase del juego y entretenimiento propio á su edad, le aplicó al oficio de carpintero de ribera, lo cual no disgustó á los muchachos sus contemporáneos, que esquivaban luchas con él, porque á todos vencía á cada paso, merced á sus dotes físicas. A poco de ejercitarse *Pedro Romero*

en las faenas propias del oficio que habia adoptado, descubrió una destreza y agilidad tan extraordinaria en sus movimientos, que unido á sus naturales fuerzas, hacian de él un jóven de poder y de quien podia sacarse un gran partido, á haberle dado una educacion gimnástica.

Entrado que hubo Romero en mas edad, y al paso que cursaba su nunca interrumpida carrera, despertábase en Pedro tan marcada inclinacion al toreo, que mas de un disgusto dió á su madre por no quererse ocupar en otra cosa. Ni los consejos mas bien entendidos de una madre cariñosa; ni las mas severas amonestaciones de la misma, tuvieron suficiente poder para distraerlo de la aficion que al toreo tenia. Por este tiempo debia ejecutarse en la poblacion de *Los Barrios* una funcion de toros, y varios señores de Ronda comprometieron á Romero para que fuese á matar dos, á cuya exigencia accedió Perico, sin contar para ello con otros conocimientos que las breves y superficiales esplicaciones que en varias ocasiones habia oido referir á su padre.

En efecto, provisto el bisoño torero de los útiles necesarios para ejecutar cuanto era de su deber á causa del compromiso que habia adquirido, asistió á la funcion y mató ciertamente los dos toros, sufriendo una cogida en el segundo, de la que resultó hecho pedazos el calzon de *tripe* con que se adornaba, única gala que á la sazón poseia.

Ciento veinte reales le fuerou entregados á Pedro por via de gratificacion en aquella especie de novillada, y esta fué la primera recompensa que recibió

el lidiador que luego supo alcanzar tantos y tan señalados triunfos. Volvió á Ronda el improvisado matador de toros, y su angustiada madre le hizo el recibimiento que puede calcularse, olvidando la conducta de su hijo con el placer de estrecharlo contra su seno: no obstante, amonestó á Pedro con la mayor severidad, y aun espresó su decision en referirle á su padre, á la sazón en Madrid, todo lo que ocurría, inclusa la aventura del *revolcon* acaecido en la plaza de *Los Burrios*.

Romero suplicó á su madre no lo hiciese, protestando solemnemente de que no volvería á torear, y con esto tranquilizó en cierto modo á la autora de sus días. Poco despues de lo sucedido, proporcionósele á Pedro torear dos corridas de novillos en Algeciras; y olvidándose enteramente de sus anteriores protestas, se comprometía á matar dos cada tarde por la remuneracion de diez pesos cada una; lo que realizó con tan pésima suerte, que fué cogido en ambos. Posteriormente, aunque en la misma temporada, fué ajustado para matar dos novillos en una corrida que hubo en Ronda, para lo cual fué invitado por aquellos caballeros maestranes, recibiendo diez pesos por esta funcion.

Por la narracion que llevamos hecha, podrán conocer nuestros lectores que Romero no cejaba en su propósito, y que nada le importaba ya que su padre se cerciorase de su conducta, puesto que no se recataba de nadie.

La madre lloraba en tanto los peligros á que su hijo se esponia; pero al propio tiempo rogaba por

su vida al Todopoderoso, que es el único recurso de un padre cuando su autoridad no es bastante á separar á un hijo de la senda tortuosa que por su instinto se eligiera. Tal era la situación de la esposa de Juan Romero al llegar al mes de Noviembre del año á que nos referimos, época en la cual concluía éste la temporada de toros en Madrid, y regresaba á Ronda, su pais natal.

No bien hubo llegado, cuando fué instruido circunstanciadamente de la conducta de su hijo Pedro: recibió la noticia con notable tranquilidad y sin muestras de desagrado, postergándolo al olvido por tres ó cuatro días, cumplidos los cuales llamó una noche Juan Romero á su hijo Pedro, y con esa gravedad que los padres de entonces usaban generalmente entre su familia, le dijo estas palabras que al mismo Pedro Romero le oimos referir distintas veces:

—¿Conque quieres ser torero, Periquillo?

—¡Vaya, hombre!

Pedro fijó sus ojos en el suelo, y nada se le ocurrió contestar, quizás por temor á la cólera de su padre. Juan, que adivinó cuanto por su hijo pasaba, se vió precisado á decirle:

—Respóndeme, chiquillo: ¿quieres ser torero?

—Sí señor, padre; dijo Pedro: eso no es ninguna deshonra; Vd. lo es, y yo quiero seguir la misma profesion.

—Pues mira, Periquillo: para ser torero se necesita ser muy bueno, ó no serlo; conque así, mirate

en ello; piénsalo esta noche y mañana me contestarás.

No se volvió á hablar más palabra sobre el asunto la noche en cuestión, ni Juan quiso dilatar la tertulia por más tiempo. Pidió de cenar, y después de rezar lo que tenía de costumbre, se retiró á su lecho á esperar la salida del sol del siguiente día. Todos los que pertenecian á la familia descansaron tranquilos, excepto Pedro, que solo ansiaba la venida de la aurora, y cada momento que trascurría era para él un pesado siglo que entorpecía su carrera para privarle de un vehemente deseo en espresar á su padre lo que por conclusion habia resuelto. En tan penosa intranquilidad existia Pedro, cuando las campanas de la parroquia, que convocaban á misa primera á sus feligreses, le hizo conocer que el día se acercaba y á este acto religioso concurría Juan diariamente; y cuando salió de su habitacion para este objeto, ya su hijo le aguardaba con impaciencia para manifestarle el resultado de su meditacion. Despues de dar los *buenos dias* y besar la mano á su padre en testimonio del respeto que le profesaba, le dijo:

—Padre, quiero ser torero; lo he pensado bien y estoy resuelto.

—Bien, hombre, bien: ¿y cuántos toros has matado? preguntó Juan á su hijo.

—Ocho novillos, padre.

¿Y todos te han pegado? interrogó Juan seguidamente.

—No señor, algunos no han podido cogerme;

pero en dándome Vd. algunas lecciones, yo procuraré aprovecharlas para que no me enganchen.

—Pues bien, dijo Juan; deja que esté el animal delante, y yo te diré lo que has de hacer y de la manera que lo has de pinchar.

Esta concisa narracion del padre infundió á Romero tan sin igual satisfaccion, que ya se consideraba con ella el más aventajado de los toreros é invulnerable para las reses. Su alegría se la comunicó á su madre y demás familia, y acompañando después á su padre á la iglesia se conceptuó el mozo más afortunado de la tierra.

Era costumbre de Juan Romero, luego que concluía la temporada de la lidia en Madrid y regresaba á Ronda, celebrar anualmente una funcion de toros gratuita, por su parte, en accion de gracias por haber salido con bien aquel año, y el producto de ello lo dedicaba á las ánimas; tenia solicitado el permiso para su ejecucion, y como le fuere concedido, mandó anunciar en los carteles que su hijo Pedro le ayudaria á matar los seis toros que aquella tarde debian lidiarse. Esta noticia fué bien recibida de todos, y tanto los inteligentes como los profanos, anunciaban un buen resultado de esta union, que debia proporcionar al bisoño lidiador los conocimientos que le eran necesarios, para ayudar á sus facultades físicas y crear del todo un distinguido torero.

La tarde anunciada se presentó Juan Romero en la plaza acompañado de su hijo Pedro, y una salva de aplausos resonaron por todos los ángulos del

circo. A tan espontánea manifestacion siguieron los vitores de los más afectos, y entre una y otra demostracion de aprecio, ejecutaba Juan con las reses diferentes clases de suertes que aumentaban el entusiasmo de los espectadores. Por último, Juan Romero se encargó de dar muerte al primer toro para aleccionar á su hijo y que este adquiriese una sucinta idea de lo que era forzoso practicar.

Esta fué la vez primera que el lidiador, de que hablamos, vió torear á su padre. Todas las demás reses que se lidiaron aquella tarde sucumbieron por la mano de Pedro Romero, escepto el cuarto toro, que por ser *bicho* de mucho *sentido*, se hizo el padre cargo de su muerte.

Veinte dias despues se le pidió á Juan Romero que matase gratuitamente en una novillada que debia hacerse en el mismo Ronda, con el filantrópico objeto de aplicar sus productos á una obra que habia de ejecutarse en la iglesia. Este no demostró ningun inconveniente, y por el contrario, dió á conocer sus buenos deseos y suma complacencia en contribuir con lo que se le exigió; y teniendo lugar la corrida, Pedro Romero, con anuencia de su padre, dió muerte á los seis uovillos que se lidiaron.

Un lance desagradable pudo tener lugar en esta funcion lidiándose el cuarto toro, emanado de la valentia de Pedro para con las reses; pero el entendido Juan, libró á su hijo del peligro, haciendo un quite de bastante mérito, aunque no tan feliz como debia, pues el veterano lidiador sufrió una buena cogida. El cura remitió á Pedro una onza por aquel

servicio, que éste rehusó y no quiso admitir; y de este modo concluyó el año de estreno en la profesion de torero que Pedro Romero habia abrazado.

Llegó el año siguiente y Juan Romero fué escriturado para matar tres corridas de toros en la plaza de Jerez de la Frontera, á la cual llevó á Pedro como su segundo espada, y aquí fué donde éste vió por primera vez la suerte de varas. En la misma temporada acompañó á su padre á las corridas que se verificaron en algunas plazas subalternas de Extremadura y costa de Málaga, donde lidió en la misma calidad de segundo espada de Juan.

Cuando estas cosas ocurrían, contaba ya Romero diez y siete años de existencia, y á tal edad le acompañaban buenas formas, robustez, agilidad y una fuerza colosal, cuyas cualidades reunidas hicieron concebir grandes esperanzas de este lidiador, que ciertamente no fueron defraudadas, porque cada día se le notaban adelantos en su profesion.

Poco tardó Romero en conducir su fama tauromáquica por todos los ángulos de la Península, recibiendo en todas las plazas los justos aplausos á que se hacía acreedor por el brillante desempeño de su ejercicio; hasta que tan merecida reputacion le trajo á Madrid contratado. En la córte adquirió bien pronto las simpatías de todos los aficionados é inteligentes, por que veían en él un lidiador consumado en cuanto al conocimiento de las reses, y que poseía un valor á toda prueba para ejecutar la suerte que más reclamaba la condicion de los toros.

Descritas estas particularidades, pasemos ahora

á designar cuáles fueron sus suertes más favoritas y en las que mas se distinguió.

Con relacion á ellas diremos, sin temor de equivocarnos, que Pedro Romero poseia todas las conocidas en la *mulcta*, con tanta perfeccion, que pocos le han aventajado; jamás huyó del toro cuando con ella adornaba su mano izquierda, y siempre hizo que la *res* obedeciese á su impulso, como pudiera hacerlo al freno el mas arrendado caballo; por ello libró su vida mas de una vez evadiéndose de los peligros en que lo situaba su valor y confianza. Pero no era este, sin embargo, el motivo de su celebridad, ni la razon porque debia adquirir la reputacion que tan justamente se le concede en el toreo; la mas principal, lo de que por mucho tiempo no hubo ejemplo, fué la de LIAR SU TRAPO Y RECIBIR TOROS A LA MUERTE. Nadie le aventajó tanto en serenidad; ninguno le escedió en confianza; pocos PARARON TANTO LOS PIES. Para confirmar más y más las justas razones que nos asisten al esplicarnos de este modo, referiremos algunas de sus máximas pronunciadas por Pedro Romero en Sevilla, cuando se le nombró maestro de aquella escuela tauromáquica.

El matador de toros, decia, debe presentarse al *bicho*, enteramente tranquilo, y en su honor está no huirle nunca teniendo la espada y la muleta en las manos. Delante de la *res*, continuaba, no debe contar con sus piés sino con las manos, y una vez el toro derecho y arrancando, debe parar á aquellos y matar ó morir.

Tales principios eran los que Romero recomendaba á sus discípulos; y por su parte los observaba con tanta rigidez, que infinitas veces se le oyó recomendarlo á los mismos cuando les enseñaba la suerte de matar toros *recibiendo*; en cuyos momentos se explicaba de este modo:

— ¡Parar los pies, muchachos, y dejarse coger que es la manera de que los toros se consientan y *se descubran* bien!

Estas palabras sumamente compendiosas, demostraban cuanto podía desearse, y mucho mas con la seguridad y confianza que eran vertidas por el maestro. Este fué su sistema y sin disputa el que le produjo á Romero la celebridad de que gozó, y la fama que corriendo pasará á la más remota posteridad.

Las facultades físicas del lidiador que nos ocupa, fueron ciertamente un elemento muy poderoso para su lucimiento; puesto que reuniendo las de alta estatura y unas fuerzas hercúleas, contaba con las mas indispensables dotes. Pero si el corazon y la inteligencia no le hubiesen acompañado, ¿habria conseguido tanta aceptacion y justo renombre? Creemos que no: su reputacion fué general, ninguno dejaba de confesar el mérito de Romero, y esta circunstancia hizo que trabajase en todas las de España, recibéndole el público con entusiastas aplausos. Aunque mencionadas las proporciones artísticas de Pedro Romero, réstanos hablar de sus vastos conocimientos de los toros, en lo que ciertamente no era menos aventajado: infinitas pruebas dió del

ello en distintas ocasiones entre sus mismos compañeros, á quienes siempre eran útiles sus advertencias, esperando un funesto resultado cuando las desatendian.

Para probar esta verdad queremos recurrir á las cartas iusertas en una obra, que con el título de *Fastos tauromáquicos* se publicó en esta córte por los años de 1845, las cuales dan una idea clara de la maestría y conocimientos del lidiador cuya biografía escribimos. Dicen así:

•En el mismo año que mencionamos, y toreando Romero con el dicho José Delgado (*Hillo*) en la plaza de Sevilla, mató aquel un toro que correspondia á éste, y que Hillo no pudo concluirlo en razón á una cogida que tuvo, de la cual resultó quedar imposibilitado por entonces, y Romero con su acostumbrada destreza lo remató de dos estocadas, no sin encontrarse con bastante esposicion, tanto en los momentos en que empleó su capote para librar á Delgado, como en el que se ocupó de la misma operación: *el bicho tenia muchos piés y habia adquirido mucho sentido.*

•En las fiestas reales que se practicaron en Madrid á consecuencia de la jura del Sr. D. Carlos IV, dispusieron corridas de toros, como era consiguiente, y Pedro Romero acudió á ellas como asimismo José Delgado y el inteligente lidiador Joaquin Rodriguez (Costillares), de quien ya relatamos lo conducente; presentáronse al señor Corregidor de la Córte, para que cerciorado de la asistencia de estos dispusiera lo necesario y procedente.

•Esta autoridad llamó una mañana á los tres lidiadores de que hemos hablado y les dijo:

—Señores, paréceme conveniente, que en virtud á la igualdad de crédito que disfrutais como matadores de toros, no haya categorías entre ustedes en las funciones que se preparan, ni que se guarde el orden de rigurosa antigüedad, sino por el contrario, que se encargue de la direccion de la plaza el que le toque la suerte.

•Los tres lidiadores que estaban en presencia del Corregidor, guardaron un profundo silencio, y la autoridad en cuestion continuó en la operacion del sorteo que habia preparado, el cual debia injustamente resolver, quién de los toreadores aludidos era cabeza en las fiestas que iban á tener lugar.

Difícil sería deducir, después de tanto tiempo, las razones que al Corregidor asistieron para una determinacion tan contraria á la práctica hasta entonces usada. Respetámosla, por lo tanto, sin que por ello dejemos de calificarlo de parcial, tal como se deja conocer á la simple vista de todos.

Verificóse el sorteo, y tocó á Pedro Romero el privilegio de ser en aquellas fiestas el primer espada de los matadores. Así era lo probable, y aquí está demostrada la parcialidad. Veamos ahora las causas que á todo influyeron.

No bien hubo designado á Romero jefe de la lidia, cuando el Corregidor tomó segunda vez la palabra, y le dijo:

—Supuesto que ha tocado á Vd. la suerte de representar á los demás lidiadores y de titularse jefe

de todos ellos en estas funciones, como primer espada en las mismas, deseo me espere si se obliga á matar los toros de Castilla.

—Me obligo á matar los toros que pasten en el campo; fué la atrevida contestacion de Pedro Romero.

—Bien, contestó el Corregidor.

Romero hubo de ignorar el motivo de la pregunta que habianle hecho, ó mas bien quiso dejarlo de manifiesto, y dirigiéndose nuevamente á la autoridad, que con su lacónica contestacion no le habia satisfecho al parecer, le preguntó:

—¿Tendrá V. S. la bondad de decirme el por qué se me hace esa observacion?

El Corregidor, que sin duda aguardaba tales ó semejantes palabras, sacó un papel y contestó:

—Esa observacion es hija de que el famoso Joaquin Rodriguez (Costillares), y el aventajado José Delgado (Hillo), han solicitado por medio de este memorial, de que se prohibiesen los toros castellanos.

—Pues yo los mato á todos; contestó Romero definitivamente.

Aquí cesó la conferencia habida, y por consecuencia la conformidad de Romero: se lidiaron estas funciones de toros de Castilla, á las cuales dió muerte el torero cuya biografia relatamos, según así habialo prometido. No terminó sin embargo este incidente de una manera agradable y satisfactoria. Un tal tio Gallon, encargado de encerrar las reses, soltó á José Delgado uno de estos toros, bien por

equivocacion, ya maliciosamente; y llegado el último tercio de su lidia, tocaron á muerte, é Hillo se preparó para dársela. El *bicho habiase hecho de cuidado*, y *buscando defensa se pegó á los tableros* que constituian el rincón del *Peso Real* (1). Delgado fué en su busca con la valentía que le era tan natural, y Romero le seguia, aunque á cierta distancia. Hillo desplegó su *trapo* para *pasarle* en aquel sitio, y Pedro Romero, que conocia la desventaja del torero por el terreno que ocupaba, le dijo:

—Compañero, échese Vd. fuera y sacaremos de ahí ese bicho; mire Vd. que ese torillo es un tunante.

Delgado volvió la cabeza, y por única contestacion dirigió á Romero una mirada despreciativa, en la cual iban recopilados todos los motivos de queja que de él tenia á causa de los antecedentes habidos. Pedro Romero comprendió toda su fuerza y retiróse agraviado. Hillo deseaba colocarse en la suerte, pero antes de conseguirlo, el toro le arrancó, y el resultado de ello fué lastimoso, pues sufrió Delgado una cogida de la que salió muy mal herido. Romero voló á su socoro, pero en balde; ya estaba hecho el daño, y solo pudo serle útil para tomarle en brazos y conducirle al palco de la Excm. Señora duquesa de Osuna, á la sazón su protectora, y desde allí á la enfermería, en cuyas operaciones tardó un cuarto de hora. Cuando Romero volvió á la plaza, hallábase el toro en el mismo sitio en que causó tan desgraciado

(1). Plaza Mayor de Madrid.

acontecimiento, y los demás espadas indecisos en acercarse al bicho: luego que vieron á Romero tomaron aquellos los estoques; pero éste, que conoció la causa de tanta apatía, les dijo con su voz aterradora:

—Quietos, caballeros, quietos; despues de tanto tiempo, ninguno se ha ido al toro, y ahora que me han visto quieren todos hacerlo, Yo lo despacharé.

Armó Romero la muleta, y provisto de su formidable estoque se dirigió delante de la fiera, y colocado á una distancia regular, una de las veces que citó á la res, le arrancó aquella. Romero le dió *un cambio en la cabeza*, el toro *se revolvió y liando* este famoso matador, aguardó la embestida; el bicho no se hizo esperar y quedó muerto en el acto de una *buen estocada recibiendo, por todo lo alto de los rubios*. Esta suerte valió á Pedro Romero muchos aplausos.

En la plaza de las Angustias de Jerez de la Frontera, le mató Romero otro toro á Hillo, en razon á que éste no pudo practicarle por haber tenido una cogida, de la que le resultó una herida en la ingle, sin otras varias cosas que ocurrieron de idéntica naturaleza.

No se crea que al esplicárnos del modo que lo hacemos, llevamos la idea de rebajar en lo más mínimo la acreditada reputacion del valiente y entendido matador José Delgado (Hillo); lejos de nosotros semejante pensamiento. Nuestra mision, como biógrafos, se concreta á relatar los hechos notables de cada uno, sin compararlos con los de ningun otro; así es, que al ocuparnos de Pepe Hillo, por cuyo nombre era conocido del público en general, refe-

riremos á nuestros lectores todos los valerosos hechos que, de los infinitos ocurridos con aquel toreo, hemos podido adquirir, y que ciertamente son de tan singular mérito, que no debe dejar duda en la justicia conque se le concede la celebridad de que gozó. Hecha esta salvedad, que afuer de imparciales nos será permitido, volveremos á citar otros hechos notables del lidiador que motiva esta biografía.

Entre los lances de que Pedro Romero fué autor, y en los que justificó su serenidad, valor y conocimientos, merecen figuraren primer término los que espresan las cartas siguientes, tomadas de la obra que antes hemos citado, y que con referencia á una funcion de toros ejecutada en la plaza de Jerés de la Frontera, dicen:

«Hoy ha estado felicísimo Pedro Romero, y ha hecho lo que no harian los matadores del mundo; ha muerto un toro que se habia hecho receloso y de sentido: cuando iban entrando en el ruedo las mulillas para arrastrarlo, se le dieron las voces de *Romero, huye, huye*, y en efecto, volvió la cara y se encontró con un toro escapado que estaba entre puertas para entorilarle, y viéndose perdido si echaba á correr, determinó recibirlo á la muerte; y lo agarró tan bien, que acabó en el mismo instante que el que tenia á su espalda, y las mulas sacaron los dos á la vez, valiéndole muchos aplausos y obsequios.»

La segunda carta, notable por su contenido, está fechada en Madrid á 17 de Julio de 1789, y fir-

mada por el picador de toros Manuel Jimenez, Dice así:

•Esta tarde he podido quedar en los cuernos de un toro, y debo mi vida á la inteligencia y oportuno capote del maestro Pedro Romero, cada dia más celebrado y admirado de sus discipulos y aficionados.—El tercer toro me ha puesto en un aprieto; animal de mucha cabeza, de bastantes libras y rematando al bulto, tan luego como le cité me arrancó, y le puse una bara por cima del buquero; cuando sintió el hierro, se creció, y recargando de nuevo, me tiró delante de la puerta del arrastradero; se levantó el caballo y me quedé tendido á la larga á cuerpo descubierto. Romero se hallaba á una distancia regular con el capote en la mano, y el toro puso la vista en mí sin embestirme, y solamente se alegraba cada vez que miraba á Romero, y de cuando en cuando lo hacia á mí; pero tan luego como lo advertia aquel, le meneaba el capote y volvia el toro á mirarle.—Esta disposicion del bicho era fatal, y mi vida corria un inminente riesgo; porque no hablando á ninguno de los dos, y permaneciendo aplomado, le daba lugar á dirigirse á cualquiera y haber una cogida: en esta confusion oigo la voz de Romero que me dice: •Tio Manuel, levántese usted sin cuidado. •—Yo, quise hacerlo; pero como estaba tan pesado, tardé en verificarlo, y á seguida tomé barrera: Romero se fué retirando, andando para atrás, hasta una cierta distancia; el bicho se mantuvo quieto en el mismo sitio, y aquel no corrió, no fuese que la fiera se volviese, y en vez de se-

guirle, diese conmigo; en cuyo caso, no hubiera podido librarme, porque aun permanecia en el estribo de la barrera.»

La segunda carta la escribió un aficionado de esta córte á otro que residia en Cádiz, fecha 23 de Mayo de 1785, y hablando del matador de toros de que nos ocupamos, por cierto con bastante dosis de entusiasmo, entre otras cosas le decia: «Entren todos y salga el que pueda. Romero es el mejor torero del mundo; su muleta es de un mérito especial y de lo que no hay ejemplo: los toros de esta mañana, á pesar de no ser muy bravos, los ha muerto con gracia y mucha maestria; pero le hemos visto hacer un quite al picador Carmona, que solo estando presente puede apreciarse cual corresponde. No obstante, como V. es inteligente, se lo espresaré con algun esmero para que se persuada de lo que vale esta cuadrilla con semejante jefe á la cabeza. Es el caso, que se lidiaba el quinto toro de la corrida, y el picador Carmona se hallaba preparado para la suerte, debajo del balcon del señor corregidor; el bicho desafiaba al bulto escarvando, y Carmona le obligaba en su terreno, en cuya situacion permanecieron dos ó tres minutos, hasta que por último el toro le arrancó: sin perjuicio de que el ginete se agarró bien con la puya, el bicho era muy duro y empujaba en términos que le derribó el caballo, dándole una caída á Carmona, de lo cual resultó que este quedase tendido debajo de aquel, aunque sin lesion alguna. El torillo era pegajoso y remataba bien, por lo que no cesó de dar cornadas al ja-

melgo, levantándole enganchado en una de ellas; en estos momentos, metió el capote Romero y despegó á los dos animales, saliendo á la carrera el caballo y quedando el toro aplomado. Carmona, que solo se habia cuidado de incorporarse para tomar la barrera, no atendió á la situacion que la res ocupaba; pero ya de pié, notó con sorpresa que su posición era espuestísima, puesto que se hallaba colocado entre el toro y el capote de Romero; á este último, que le constaba la indole del bicho, y por consecuencia el riesgo infalible del picador, se le ocurrió en este momento el único medio de evitar la catástrofe que debia terminar aquella escena, y con una velocidad inesplicable, se pasó el capote á la mano izquierda, y dando con la derecha un fuerte empujon á Carmona, cayó este de boca al suelo, y el bicho en su arranque, no se encontró otra cosa que el capote de Pedro Romero, que llamó al lado opuesto de donde el picador estaba. Este quite tan hábilmente practicado, y con la oportunidad y ligereza que exigia tan peligroso lance, no pudo menos que entusiasmar á los espectadores, que hasta entonces habian padecido una terrible curiosidad durante toda la escena que llevo relatada. Tan luego como el picador se levantó, dirigióse á Romero y le estrechó entre sus brazos, como prueba del distinguido servicio que le acababa de hacer librándole de la muerte.

Muchos hechos de igual naturaleza á los expresados, brillan en la vida de este célebre lidiador, consignados todos en documentos, porque su con-

dición espontánea, merecen entera fé y crédito; siendo además notorio que el capote de Romero ha salvado la vida á numerosos toreros de acendrada reputacion; por lo que siempre mereció el título de maestro, que todos le concedian. Asi túvose presente, cuando en virtud de real órden espedida en 28 de Mayo de 1850, se creó en Sevilla la *escuela de tauromaquia*, de la que Pedro Romero fué nombrado maestro primer director.

Mencionadas ya todas las propiedades artísticas de este célebre lidiador, pasaremos á relatar las concernientes al hombre, en las que este buen torero no era ménos aventajado.

A un trato dulce y afable, reunia un corazon humano; su comportamiento, caballeroso siempre, le hizo apreciable hasta en los mas elevados círculos sociales: sus maneras eran juiciosas y de tan buen género, como circunspecto en su trato; su principal cuidado era aparecer bien á sus numerosos amigos, y no dar importancia al mérito conque se hallaba dotado. En la plaza era sumamente cuidadoso para evitar desgracias, defensor de sus compañeros, y el primero en manifestar su parecer cuando en el *redondel* se encontraba algun toro de cuidado. Tales son en compendio las dotes morales del autor de estos apuntes biográficos.

Concluiremos manifestando que los lidiadores contemporáneos á Romero, le concedieron unánimes un extraordinario conocimiento de los toros, y en su mayor parte, si no todos, rindieron tributos á su inteligencia, segun así lo hemos demostrado.

Ultimamente diremos, que ajustada una minuciosa cuenta de los toros que mató Romero en las distintas plazas públicas donde trabajó desde los años de 1771, en que principió, á figurar como espada hasta los de 1799, á que han podido alcanzar nuestras prolijas indagaciones, ascienden á 5.600, número bastante excesivo en verdad y más que suficiente para probar de lo que era capaz y de que se le pudiera juzgar con toda exactitud sin temor de aventurar un juicio equivocado, como pudiera decirse de quienes han limitado su carrera artistica á un reducido período.

Terminado el último año del siglo anterior, cesó Pedro Romero en la lidia de toros, y dedicóse exclusivamente al cuidado [de los intereses que había sabido adquirir, esceptuando el tiempo que dirigió la *escuela tauromáquica* de Sevilla. Asi que aquella quedó disuelta, volvióse Pedro á Ronda, donde permaneció por algun tiempo, al cabo del cual lo trajo á Madrid un asunto propio, que ventiló brevemente mas como quiera que los aficionados á toros de la corte, no conocian los más á este célebre lidiador, sino por la fama que] había disfrutado en su pasada época, y por lo que tradicionalmente adquirieron de pocos hombres antiguos que se titulaban testigos principales de las proezas de Romero, hubieron de comprometerlo con tan especial habilidad, que el famoso y jubilado toreador accedió á trabajar en una sola corrida, á la que asistieron con avidez cuantos á este género de diversion tenían apego. Inútil sería explicar el recibimiento que el galante

público madrileño preparó al antiguo matador.

Llegado que fué el día de la corrida, todos despacharon sus negocios para no desaprovechar la hora del empieza de la función. El empleado meditaba una disculpa legal para justificarse de la falta de asistencia al punto de su destino. El comerciante paralizaba la acción de sus especulaciones. El propietario buscaba con ansiedad un lugar cómodo para estacionarse en el circo de la fiseta. El artesano abreviaba la faena en que buscaba el sustento de su familia, y todos con el mismo afán se sacrificaban con la mayor satisfacción, para asistir á una función que solo tenía de ostraordinaria, la salida de Pedro Romero. Avanzó el día y con él aumentóse el entusiasmo de las gentes; pero una vez en la plaza, y dada la señal de los timbales, todos aguardaban la salida de Romero para admirarlo cual á un héroe que vuelve victorioso de mil conquistas. Presentóse este, y una continua agitación de palmas, fué el incesante movimiento que notóse en los concurrentes. El acreditado matador de toros contestaba afectado á tan elocuente muestra de aprecio, y estamos seguros de que en aquellos momentos habria querido tener la aptitud que en otras ocasiones, para emplear todos los recursos de agilidad y arte, con el fin de complacer á quienes tanta deferencia le tributaban y tanto aprecio les debía.

No pudo á pesar de todo, sino cubrir en cierto modo el lugar que ocupaba. Dió muerte á los toros que le correspondieron, y aunque sin elementos ya, á una edad tan avanzada, viósele practicar esta ope-

racion bajo los mismos principios que tanto recomendaba.

Despues del descanso consiguiente á tan pesado trabajo, emprendió su regreso á la ciudad que le vió nacer, y rodeado de su familia permaneci6 algun tiempo, hasta que el 10 de Febrero de 1839, cerr6 los ojos á la luz del mundo, en medio del mas general sentimiento de sus discipulos y amigos.

Tarea difıcil ha sido la confeccion de los mas aventajados hechos del lidiador Romero, á quien muchos llamaron *el torero de la fortuna*. No seremos nosotros los que le neguemos esa condicion de afortunado; pero si aseguraremos, que unida su buena suerte á las estraordinarias dotes fisicas conque contaba, y al gran conocimiento que poseia de las reses, se form6 del todo un gran lidiador que nos ha dejado tan buenos como especiales recuerdos, que llegarán á la mas remota posteridad.

JOSÉ DELGADO (HILLO).

DISCÍPULO DE JOAQUÍN RODRÍGUEZ (COSTILLARES):

REGENERADOR DEL TOREO.

Lindo país de Andalucía, yo te saludo: Sevilla, Guadalquivir, yo os bendigo. Ciertamente que estas dos últimas palabras tienen entre sí tan especial relación, que al pronunciarse una sin otra, no dicen más que el nombre, una ciudad ó un río; pero estos mismos nombres unidos, esplican ya el tipo de lo bello y de lo ideal. Con efecto, no habrá uno natural ó extraño á aquel país, que no conserve de estas referidas palabras un recuerdo delicioso, si una vez tuvo lá suerte de admirar sus encantos. Esta población ha sido también la cuna de un sin número de hombres que han conseguido distinguirse en la profesión á que se han aplicado, hallándose colocado entre ellos el lidiador cuyos apuntes biográficos vamos á relatar.

No se diga que pretendemos separarnos del círculo de imparcialidad que nos hemos trazado, tanto

en este trabajo, cuanto lo concerniente á los demás extremos á que se refiere la publicacion, no: jamás traspasaremos los límites de nuestras atribuciones, ni menos dejaremos correr la pluma á beneficio de afecciones particulares; porque de permitirnos este abuso, creeríamos faltar á lo prometido, y esta publicacion principiaria á decaer de la proteccion que el público le dispensa y no correspondería á la benevolencia con que le ha acogido.

Estas consideraciones tan justamente apreciadas, son precisamente las mismas que nos hacen advertir á nuestros lectores, que los apuntes que vamos á describir pertenecen al primer torero del mundo; de cuya manera se ha considerado por todos los aficionados inteligentes, habidos y existentes.

José Delgado, decía el célebre Montes, fué un torero de encargo, y más general de cuantos se han conocido, y no es necesario haberle visto para juzgar así de él. No hay más que fijar la vista sobre las heridas que recibió, y las suertes que se deben á su invencion, y notaremos que son las más difíciles y espuestas que se conocen en el toreo; y esto no es capaz de hacerlo sino el que tuvo mucho valor y muy grandes conocimientos.

Dicho esto, como en propia justicia, pasaremos á la historia de este desgraciado lidiador.

José Delgado, conocido generalmente por *Pepe Hillo*, abrió los ojos á la luz del mundo despues de mediado el siglo diez y siete, en la hermosa y pintoresca ciudad de que hemos hecho mencion, y en uno de los barrios estramuros al que los hijos del país dan el nombre de *Baratillo*. Descendiente de

una familia pobre, aunque honrada, é hijo de un artesano, no bien llegó á conocer el alfabeto, cuando su padre le destinó un lugar en la *banquilla*, con el fin de que en el ejercicio de zapatero se proporcionase el necesario sustento.

Delgado era naturalmente ágil, y no obstante su aplicacion al oficio que hemos indicado, despertó tan frenética ambicion por el toreo, que á pesar de la prohibicion de su padre y del severo castigo que á cada paso le prodigaba, jamás abandonó su idea. Se le enviaba á un mandado del momento, y en vez de verificar su vuelta con la prontitud que su urgencia reclamaba, encaminábase al matadero, donde solo era conocido por su insaciable afan de bregar con las reses. Desitriáse su padre con alguna ocupacion cualquiera, y el chico, aprovechándose de ello, se escapaba sin que jamás le impusiera el temor del castigo. Inútiles eran todo género de precauciones, pues su resolucion no conocía límites y por todo arrostraba. Sin duda una voz secreta le impulsaba, y á Hillo no le era dado corregirse. En su cabeza no existia otra idea que la de ser torero, como así lo demostraba hasta en los vulgares juegos propios de su edad.

Algunos años pasaron en esta lucha continua, que Delgado sostenia con su familia, mientras creció y pudo adquirir la aptitud necesaria para torear. Conseguido tal extremo, y provisto de cuanto debía apreciarse para la profesion de lidiador, no tardó mucho en vérsese figurar como tal, siendo el asombro de los que presenciaban y sabian apreciar su trabajo.

Un grande hombre habíase dado á conocer poco antes en la carrera tauromáquica, á quien sin disputa se debe la regeneracion del toreo, llamado Joaquin Rodriguez (Costillares), y bajo la direccion de éste se colocó José Delgado (Hillo). Increíble parece la rapidez con que el discípulo se impuso de las reglas que Costillares habia establecido en la lidia, y más dudoso aun la perfeccion con que las ejecutaba, con espanto del mismo maestro, que, convencido de su especialidad, trató desde luego de utilizar la primera ocasion para hacerle figurar como su segundo.

En tal estado las cosas, pasó Delgado á torear á varias plazas del Reino, entre las que se cuenta la de la córte, y como recibiera en todas ellas señaladas muestras de aceptacion, debidas á su mérito extraordinario, y de ningun modo á la parcialidad, bien pronto elevóse su crédito á una altura que rivalizaba con el de su maestro y con el famoso Pedro Romero, su contemporáneo y compañero.

Difícil nos seria explicar el método de la lidia de Hillo, puesto que siendo un torero general que poseia todas las suertes conocidas hasta entonces, y algunas otras debidas á su invencion, siempre se le veia ejecutar la que mas reclamaba la condicion del toro, por espuesta y difícil que pareciese. Es indudable que estas propiedades se encuentran rara vez en una sola persona, y de aquí la escelencia del torero, cuyos apuntes nos ocupan.

A una voluntad de hierro, unia un corazon á toda prueba; á un buen deseo, agréguese el estímulo de

su antagonista. Nada demuestra con más exactitud la verdad de nuestra narracion que las innumerables cogidas que tuvo y el número de heridas que cibió. ¿Cómo negar á José Delgado los reconocimientos necesarios para distinguir la entidad de las suertes que practicaba? Y si esto es cierto, como no puede menos de creerse, ¿cómo comprender tantas cogidas? Ahí está demostrado su valor sin ejemplo, que no sólo aventajaba á la inteligencia, sino que esta carecia por lo regular de fuerza para contenerle en los peligros.

Tal es nuestro modo de juzgar á José Degaldo, respecto á sus cualidades como matador de toros, cuya opinion hemos consultado diferentes veces con los aficionados y profesores que le conocieron y todos convienen en la misma clasificacion, que le consideran tan justa como imparcial.

Hemos bosquejado al lidiador, y ahora nos haremos cargo del hombre José Degaldo (Hillo). Reunia á su buen trato social, una gracia particular que le hacia apreciable entre sus infinitos amigos y conocidos, y aun entre muchas personas notables por su rango y gerarquía, que se disputaban la vez en tributar obsequios al torero. Esta posicion, ciertamente envidiable, era la que disfrutaba Hillo, con más el favor de todos los que valian en la córte de las Españas. Muchas personas cuéntanse en el número de sus más decididos apasionados, y entre ellos el entonces duque de Osuna, que en repetidas ocasiones le prodigó sus favores.

Hecha esta reseña, volveremos á hablar del to-

reo para dar cuenta á nuestros lectores de su desgraciado fin.

En la primera temporada de toros del año 1801, hallábase José Degaldo de primer espada en la plaza de Madrid, alternando con José Romero, escrivano en la misma, cuya época debía ser la última de la vida de aquel.

Llegó la corrida del 11 de Mayo, y el sétimo toro que en ella se lidió fué el que arrancó la vida á este célebre matador.

Las circunstancias ocurridas en este desgraciado lance se refieren de varios modos, pero ninguna nos merece más crédito que el expresado por una carta que insertamos íntegra, digna de figurar en nuestra publicacion, tanto por su contenido, quanto por la importancia de las reflexiones que hace.

Una rara casualidad ha hecho llegar á nuestras manos este documento, de tanta más entidad, cuanto que creemos no existe de ella ningun otro ejemplar. Dice así:

Amigo mio: En las fiestas ejecutadas aquí ayer, estuvieron demasiado espuestos los toreros de á pié, y especialmente los estoqueadores, con varios toros, libertándose de ellos más por un efecto casual y feliz, que por el de su notoria destreza, á causa de hallarse corridos anteriormente, y por lo mismo, en el caso de no poderse burlar ó sortear, por medio de los auxilios y reglas, que para conseguirlo son propios del arte, que con innegable crédito desempeñan los insinuados profesores,

Siempre que se han corrido toros de dicha clase,

han presenciado el público idénticas contingencias, como nos lo recuerda la triste memoria de los muchos que han sido víctimas de ellos, y sobre todo la que acabamos de experimentar.

Unicamente me propondré por ahora hablar del mencionado sétimo toro, que fué el que causó el terrible sacrificio, de que se hará la más comprensible demostración.

Sólo recibió tres ó cuatro varas, á las que entró siempre huyendo de los caballos, por ser para estos demasiado cobarde. Despues, con mucha maestría le puso un par de banderillas el aplaudido *Antonio de los Santos*, y seguidamente le clavaron otros tres pares *Joaquin Diaz* y *Manuel Jaramillo*. Luego se presentó á matarle José Delgado. Le dió tres pases de muleta, los dos por el órden comun (ó despidiéndole por su izquierda) y el restante de los que llaman al pecho; con el cual se libertó del apuro contra los tableros en que le encerró la mucha prontitud con que se revolvio el toro algo atravesado, de resulta de haberle dado el segundo pase, no hallándose puesto aquel en la mejor situación.

Estando ya en la fatal de la derecha del toril, á corta distancia de él y la cabeza algo terciada á las barreras, se armó el matador para estoquearle; le trasteó, citándole, ó llamándole la atención á la muleta (deteniéndose y sesgándose algo más de lo regular), se arrojó á darle la estocada á toro parado, y le introdujo superficialmente como media espada por el lado contrario, ó izquierdo. En este propio acto le enganchó con el piton derecho por el cañon

izquierdo de los calzones, y le tiró por encima de la espaldilla al suelo, cayendo boca arriba. Bien por que el golpe le hizo perder el sentido, ó por el mucho con que pudo estar, para conocer que en aquel lance debió quedar sin movimiento; es lo cierto que careciendo de él, se mantuvo en dicha forma interin le cargó el toro con la mayor velocidad, y ensartándole con el cuerno izquierdo por la boca del estómago, le suspendió en el aire y campaneándole en distintas posiciones, le tuvo más de un minuto, destrozándole en menudas partes cuantas contiene la cavidad del vientre y pecho (á más de diez costillas fracturadas), hasta que le soltó en tierra inmóvil, y con sólo algunos espíritus de vida. Esta la perdió enteramente en poco más de un cuarto de hora, en cuyo intermedio se le suministraron todos los socorros espirituales que son posibles á la piedad más religiosa.

Aunque sorprendidos los compañeros del desgraciado á presencia de una tan pavorosa catástrofe, y conociendo ser realmente punto menos que inevitable el riesgo de perecer á que se esponia para quitar la fiera de la inmediacion al ya casi cadaver (en un paraje tan sin recurso en aquel caso como es el de la puerta del toril), superó á esta prevision de su evidente precipicio el ardor con que se metieron en él, mudando con las capas la situacion del toro. Tambien lo emprendió, en cuanto le fué dable el celo de *Juan Lopez*, procurando ponerle una vara á caballo levantado. (A su ejemplo deben respectivamente ejecutarlo todos los picadores, siempre

que estén en peligro sus compañeros, ó los de á pié, así como estos lo hacen á cada instante con aquellos, á cuyo fin es indisculpable en unos y otros aun el menor descuido y falta de tino para preveer el resultado de las buenas y malas suertes).

«Inmediatamente José Romero tomó su espada y muleta, y usando del superior manejo que tiene en esta, y de la intrepidez que con aquella recibe los toros á la muerte, se la dió á la fiera de dos bien dirigidas estocadas, con todo el denuedo y serenidad de espíritu que acostumbra y podia lo árduo de la empresa, graduando las críticas circunstancias que le hacían multiplicadamente más difícil.

»Muchos son los lances que pudieran individualizarse, en que constantemente dió pruebas nada equívocas de su sin ejemplar valor el héroe de esta trágica memoria, con singularidad despues de haber sido gravemente herido con 25 cornadas (en otras tantas azarosas suertes), que repartidas en todo el cuerpo recibió en el discurso de su vida; pero en ninguna comprobó más su presencia de ánimo, que en la última en que con admiracion le vimos forcejeando sobre los brazos, apoyadas las manos al pitón que tenia atravesado para desprenderse de él, hasta que ya quedó con la cabeza y demás miembros descoyuntados, caidos, y hecho un objeto de la más insignificable compasion. Esta se renovó en la mañana de hoy por las innumerables gentes que ocupaban las dilatadas plazas y calles que hay desde el Hospital General, en que estaba depositado el cadáver, hasta la parroquia de San Ginés, en que

fué sepultado y conducido con una laudable y edificante profusion, dispuestas por la gratitud de su amado discipulo é inseparable compañero ANTONIO DE LOS SANTOS.

No hay documentos que más impresion hagan para remedio de toda clase de infelicidades, que la representacion de ellas mismas, analizando sus causas para contrarestarlas y precaverlas en lo sucesivo con los antidotos que nos cita la propia racionalidad. A la notoria de V. (unida á su extraordinaria pericia en el práctico y especulativo arte de lidiar toros á caballo y á pié), juzgo sea de la mayor satisfaccion darle una sucinta idea del fruto que debiera producir la fatal escena, que apenas me ha permitido detallar el acerbo dolor con que á todas horas se presenta en mi angustiada imaginacion. Libre esta algun tanto de la afliccion que la agita, me he puesto á meditar, que las corridas de toros no son otra cosa que una especie de lucha ó batalla, que el valor de nuestros compatriotas tienen adoptada como por galardón del que les es característico; que bajo este concepto y otros (que por consultar la brevedad omito), nos están permitidas lícitamente por la Potestad Suprema, en la inteligencia de que la de los españoles, en virtud de su habilidad, constituyen remoto el el peligro de sus vidas, y que no verificándose así con los toros de la enunciada clase, para salvar este género de violacion, para no infringir las sagradas leyes de la naturaleza, y para que con sobrado fundamento las gentes y naciones cultas no censu-

ren de bárbara esta diversion, se hace indispensable apelar á los recursos que nos cita la razon y la prudencia. Estos, pues, son el de prohibir en todo el reino, con las combinaciones que exige la importancia de la materia, que los criadores ó dueños de toros que se hayan corrido dentro ó fuera de poblado desde que nacen, puedan venderlos para lidiarlos en las plazas, á imitación de lo que con notorio crédito de sus vacadas y aumento de sus intereses, ejecutase los señores *Gijon, Bello, Guadalin, Espinosa, Cabrera, Vazquez, Marin, Trapero, los Gallardos y otros*. Que á los asentistas ó sus comisionados que los compren sin asegurarse hasta el último extremo de lo referido, se les castigue con el indicado rigor, que sin violencia (de lo que será responsable su autor) sigan trabajando en las funciones donde metan toros, que desde luego conozcan (como es de su obligacion) que no están sencillos, y si desengañados de los objetos, ardidés y medios con que los burlan, acometiendo por lo comun con aquel género de picardía ó probabilidad que les infunde su natural instinto para hacer casi inexcusable el peligro.

Es evidente, que á pesar de lo espuesto, podrá correrse algun otro toro, que por razon de ser viejo (esto es, de mas de cinco ó seis años, que es cuando están con su mayor poder y valentia), por demasiado cobarde, ú otra accidental causa que se deba considerar comprendido en la clase espresada. En estos casos es muy consiguiente, que la sábia y superior prudencia de los magistrados que

presidan las plazas (prevenidos indirectamente por el lidiador ú otra persona de su confianza, que en realidad tenga todo el conocimiento necesario al efecto), le mande echar perros; en lo que no sólo se evita el riesgo de las inapreciables vidas de los actores, sino es que al propio tiempo se divierte el público en disfrutar de unas luchas que le son de la mayor complacencia, y de tiempo inmemorial se han mirado como anejas é inseparables de las funciones de toros.

»Aunque para la muerte de los que reprobados pudiera usarse del asta ó cuchilla, que llaman guadaña ó media luna, tiene entre otros inconvenientes, el de que cuando están distantes de las barras, y no se les puede con las capas aproximarse á ellas, es difícil y peligrosa la operación de desgarrarlos, tanto para los que la ejecutan como para los que es indispensable ayuden al efecto. A esto se sigue ser necesario asaetear los toros por las costillas con la espada, y despues acabarles de matar con la puntillá ó cachetero. Dichas maniobras son por lo comun dilatadas, y como á esto se agrega lo fastidioso que es ver dar vueltas por la plaza sobre los corbejones á un animal que, digámoslo así, se le ha asesinado con una especie de alevosia opuesta al crédito de los toreros, no pueden menos los espectadores de mirar estos actos con desazon y repugnancia, lo que los estoqueadores de primer orden siempre han tenido en consentir lo referido; es tal, que repetidamente han representado, desistiendo de trabajar antes que acceder á un tan mal recibido

vejámen de su opinion; y como que aun cuando no deba considerarse asi, siente el público del mismo modo que ellos han sido en todas épocas atendidos sus recursos con el éxito que se han propuesto.

Habiendo unicamente tratado de precaver el próximo riesgo de los lidiadores de á pié, nos resta el que con la misma concision lo ejecutamos con los de á caballo. Los propios sentimientos de humanidad y racional precision, que hablando de aquellos que quedan significados, me impulsan hacerlo de estos.

Ya queda espuesto y convencido, hasta la mayor evidencia, que la esplicada diversion, ni es racional, ni licita en los propuestos casos; y ahora añado, que en los trágicos que continuamente ocurren con los picadores, se hace más indispensable su correccion. Es cierto que la costumbre de ver á cada instante caer, y sacar estropeados, de entre las garras de la muerte á los picadores, nos hace mirar sin toda la sensacion que corresponde, el abandono de sus vidas, ni contemplar que aunque pocos las pierdan en las plazas, son muchos los que de resultas no llegan á viejos, ó quedan lisiados ó enfermos. Y si por desgracia la espresada inconsideracion que nos conduce á estar como familiarizados en ser indolentes testigos de semejantes tragedias, no disminuye en modo alguno la esencia de ellas, ni la de los consiguientes cargos á que su presencia nos conduce, ¿por qué no hemos de buscar el urgente medio de moderar aquellos? Este es el de que por ningun respeto se consienta la salida de picadores

aventureros, intrusos, de desconocida ó poca acreditada habilidad. Que los que se admitan se presenten en caballos de su entera satisfaccion. Que las púas de las varas estén proporcionalmente desnudas y sin los estremados topes, que imposibilitan la defensa de los hombres, es que en viendo que sin el inevitable riesgo de ser atropellados, caidos y hechos una miseria por los toros, no puede contrarestarlos la habilidad y el poder, despues de habersele puesto seis ú ocho varas, cuando más, se mande banderillarlos.

• A escepcion de algun otro individuo de los pocos que suelen informarse en el hecho de precipitar á los toreros con abominables insultos, ó con indirectos aplausos, en el acto de las corridas, en sus concurrencias y tertulias; y aun esparciendo cartas y relaciones, en que tienen la gran debilidad de no poder exajerar el mérito de los que llaman sus apasionados, sin vituperar el de los demas lidiadores, censurándoles generalmente lo que debían elogiar, ó por el contrario, de incalculable perjuicio de los mismos que en su obstinada preocupacion y capricho celebran; repito, que á escepcion de los insinuados enemigos de la humanidad, la del todo el pueblo racional y culto desea, que el valor y la destreza de los lidiadores triunfe de la terrible ferocidad de los toros, como generalmente se logrará, haciendo el mérito debido de las precauciones manifestadas.

• Muy interesantes son, sin disputa, todas las reflexiones que van espuestas, si se atiende á su intergiversable esencia, y á la sinceridad y buen espíritu con que van producidas.

Nadie, contemplo, que dejará de confesarlo así aunque en el particular no tenga otras nociones que las generales que inspira la racionalidad más común. Tampoco me persuado que á la misma se oculte otro de los puntos, en que con incomparable superioridad á los tocados se debe fijar la atención en honor á la humanidad. Esta clama por el ejecutivo remedio de que el público no le veamos en muchas corridas ser objeto de la furia de los toros que saltan á los tendidos, y que aunque pocas veces, han sido algunas en distintas plazas á la grada cubierta y balcones. Para impedir estos dolorosos resultados, deben ejecutivamente vencerse todos los obstáculos que se puedan oponer, por más dispendiosos é insuperables que parezcan.

Si tanto en este punto, como en los demás expresados y que convengan tocarse, se lograra la reforma que es de esperar, las obras pías y públicas, interesadas en los productos de las funciones, los multiplicarian con superabundancia en la mayor concurrencia de las innumerables gentes, que por no verse en los esplicados conflictos personales, ni miran en los demostrados á los lidiadores, dejan de asistir á las corridas.

Contestando á lo que la bondad de V. S. se sirve preguntarme en razon de lo que me parece de las estocadas á toro parado, y aun cuando arrancan á desproporcionada distancia, como tambien, en qué sostengo la opinion de ser utilísimo, que los lidiadores de á pié, igualmente que los de á caballo, fuesen ambi-diestros, digo; que las estocadas á vue-

la piés (inventadas por la refinada y original destreza de Joaquin Rodriguez Costillares), con el fin de que las clases de toros que le designaran, y antes se mataba de muchas estocadas con demasiado riesgo, en el dia le rematan con incomparable menos, que cuando embisten y con la prontitud que vemos (únicamente deben usarse con los que por cobardes, cansados, débiles, vencidos de las varas y banderillas ú otra inopinada causa, no parten y consienten que el lidiador se les aproxime lo necesario al efecto, estando en la suerte que corresponde; en cuyo acto no debe detenerse en arrojarse á él, por las muchas y poderosas razones, que por no dilatar me reservo.

Los toros en que no militan dichas circunstancias, deben estoquearse arrancados, y avanzado de más ó menos retirado, segun lo pida la proporcion oportuna que se presente. En este supuesto, los que se hayan de estoquear así, conviene queden con el poder, que es útil pierdan punto menos que del todo, para verificarlo á vuelapiés. En los estoqueadores notamos, que unos los matan con más lucimiento y facilidad de aquel modo, y otros de este. Penetrada por el magistrado dicha variedad, inliero hará la debida objecion para medir y disponer al indicado efecto quanto debemos esperar para la complacencia del pueblo y á la seguridad y brillantez de los estoqueadores.

Estos al propio tiempo deben cortar el abuso de las muchas capas que por lo comun vemos arrojar; hacen quites y corren los toros fuera de pro-

pósito, enseñándolos á que traigan las cabezas altas, no obedezcan al engaño, le desarmen con incógnitas derrotes, y en una palabra, les conviertan de sencillos en picaros, reparados y detenidos para el estoque, banderillas y demás suertes. Al mismo tiempo conseguirán que libre la plaza de tantos objetos como distraen la atención de los toreros, les partan sin la incertidumbre que aumenta imponderablemente el riesgo de unos y otros lidiadores; y por último, se escusará el incidente tropel y confusión que causa el concurso de un gran número de operarios que deben existir entre barreras hasta que les toque el turno de su salida.

Por lo que mira á las razones en qué fundamos las ventajas que produciría el que los lidiadores fuesen ambi-destros, no es necesario otra prueba que la de reflexionar, que casi en todas partes de la plaza se hallarian en suerte, pues la que fuere mala á una mano sería por lo general forzosamente buena para la otra, por lo que, ni los toros tuertos del ojo derecho, el estar picardeados ó resabiados por el propio lado, ni otros muchos inconvenientes que se tocan en el dia, se graduaria de tales por los que indistintamente usasen de ambas manos. Por hacerlo así, en lo respectivo á la suerte de banderillas *Sebastian de Vargas* y otros de los que componen las cuadrillas de esta plaza, no solo los ha constituido en la esfera de sobresalientes, si tambien en la de trabajar con mucha menos contingencia que los que únicamente parean por un lado.

En innumerables oficios y artes de mayor dificultad que el de torear (para lo que es la agilidad de ambas manos) vemos que los ejercitan con igual manejo, sin embargo de que les interesa su individual provecho y seguridad incomparablemente menos que al lidiador. Luego ¿por qué éste no debía esmerarse en una adquisición que tanto le interesa?

No pudiendo olvidar las dolorosas consecuencias á que conducen unas desgracias semejantes á las mencionadas, creo firmemente que si llegase el afortunado día en que los toreros reflexasen como deben, establecerían un Monte-Pío para los que se retirasen, inutilizáran, y viudas y huérfanos de los que fallecieran; cuya fundación es quizá más urgente que todas las de su clase y que hay creadas, atendidas las razones en que se han cimentado.

Reitero á V. el inalterable deseo de que en todas distancias y situaciones me dispense preceptos en su obsequio. Madrid 13 de Mayo de 1801.
—B. L. M. de V. su más apasionado amigo y servidor. J. T.

Concluiremos los apuntes de este desgraciado lidiador copiando los tres sonetos y el epitafio que en el mismo documento se leen, contentándonos con lo espuesto; pues ¿á qué mas comentarios? Cuando una desgracia de igual naturaleza pone fin á la vida de un hombre, cual este de que tratamos, y que era tan apreciado del público, el silencio es el lenguaje mas espresivo que usar se puede.

No dejaremos, sin embargo, de decir que el toro que ocasionó tan cruel catástrofe, pertenecía á la

antigua ganadería llamada de Peñaranda, y que la cabeza disecada, hállase aun colocada en uno de los salones de la Historia Natural de Madrid, donde se observa con cierto respeto quizá por conservar la memoria de aquel desgraciado acontecimiento.

 II

À JOSÉ DELGADO (HILLO.)

SONETOS.

I.

Hombre tanto en la suerte desgraciado
 Cuanto animoso en la difícil suerte:
 ¿Cuántas veces en los brazos de la muerte,
 Te vió el espectador por arrestado?
 Lidiador, que á las fieras presentado
 Con arte, y gracia, osabas atreverte,
 Despreciando el peligro de esponerte,
 Por agrandar á tanto apasionado;
 ¿Qué mucho que tu muerte yo temiera,

Si para tí guardaba yo mi gloria?
 Escena tal, ¡oh, nunca yo lo viera!
 Mas no podré olvidar tu triste historia,
 Que aunque postró tu vida horrible fiera,
 Eterno vivirás en la memoria.

II.

Aqui yace mortales, quien venciendo
 Del feroz bruto la violenta saña,
 Triunfó mil veces con destreza estraña
 Victores repetidos consiguiendo:
 Murió por fin, al golpe mas tremendo,
 Que en su cerco gentil miró la España,
 Y aun viéndolo discurre que se engaña
 Y que no escucha el popular estruendo:
 Vosotros, lidiadores, que animados
 De aplausos necios, é intereses pocos,
 A igual riesgo correis precipitados:
 Dejad en el momento de ser locos,
 Conociendo en tan trágica esperiencia,
 Que no hay arte á frecuente contingencia

III.

Aquel valiente torreador, que el pueblo
 Aclamó justamente veces tantas,

A cuyo brazo diestro é invencible,
 Despojos abortó Tajo y Jarama;
 Aquel, que á la cerviz más fulminante
 De Jijon, Colmenar y Guadarrama,
 Vió rendida á sus piés, los que gloriosos
 En raudales de púrpura pisaba,
 Yace al golpe fatal de armada testa;
 No el miedo lo causó, si la desgracia;
 Que si del gran Romero la fortuna
 PEPE HILLO, el animoso, disfrutára,
 Ni la fama de aquel fuera tan una,
 Ni este en la sepultura se mirára.

EPITAFIO.

Pasajero, aquí yace sepultado

Aquel famoso HILLO, aquel torero,
 Que habiendo sido siempre celebrado
 Tuvo al fin desgraciado paradero;
 Deten el paso, miralo postrado,
 No celebres su orgullo lisonjero;
 Pues toda gloria vana desfallece,
 Y el que busca el peligro, en él perece

[JERONIMO JOSE CANDIDO,

DISCIPULO DEL CÉLEBRE MATADOR

PEDRO ROMERO.

Sujetos estrictamente á no variar nuestra marcha comenzada en la publicacion de los apuntes biográficos, daremos principio á lo más esencial que hemos hallado referente al lidiador que nos ocupa.

Es indudable que hay acontecimientos en la vida del hombre, de tan poderosa influencia para su porvenir, que parecen combinados de intento con el fin de trazar á cada uno la senda de su existencia.

En vano nos esforzamos para colocarnos en otro término; escusado es toda lucha; siempre en el mismo terreno; todo sacrificio inútil. Esta propiedad del mundo déjase conocer en la carrera de la vida de muchas personas, en cuyas vicisitudes fijamos la atencion, pasando las demás enteramente desapercibidas; pero si en todas hiciéramos la misma observacion, en todo hallaríamos idénticos resultados. Es una ley de la naturaleza y no hay medios hábiles de contrariarla.

El diestro de quien vamos á ocuparnos, nació para vivir de sus rentas, y no para agenciarse la subsistencia. Nació tambien para habitar en regiones enteramente distintas de las propias á las que el ejercicio del toreo se dedican, y no obstante estas razones, trabajó para vivir, y necesitó abrazar la profesion que odiaba, ó por lo menos á lo que ningun apego se le conocia. Y no se diga que por ser el ejercicio contrario á sus instintos pasó en él con ese apercebimiento que inspiran las medianias: no, y mil veces no: el torero de quien vamos á hablar fué tan notable en ciertas y determinadas suertes, que pocos le han aventajado.

Discípulo tambien de un buen maestro, aprendió cuanto podia convenirle, y si no le aventajó, supo regularizar más provechosamente los conocimientos que de aquel recibió, y organizóse un hombre especial en la profesion en que su destino hábale colocado. Escuchemos sus antecedentes.

En la provincia de Cádiz y á tres leguas escasas de la capital, existe una poblacion con el nombre de Chiclana, cuyo vecindario ocúpase generalmente en la labor, por ser su terreno escesivamente pródigo, aunque reducido su término. En esta poblacion, y en la tarde del 16 de Abril del año 1760, nació Jerónimo José Cándido, hijo de José y de Maria Hernandez, labradores á la sazón bastante bien acomodados.

José Cándido, padre del que motiva estos apuntes, habia seguido la profesion de lidiador de toros y sin haber podido conseguir jamás el título de no-

tabilidad sino en teoría; supo reunir no obstante, una decente fortuna, la cual se aumentaba cada día bajo la influencia de una bien entendida administración. Esta circunstancia, unida á un excelente trato y alguna otra cualidad recomendable que Cándido padre poseía, fueron causas poderosas para que esta familia mereciese las mas cumplidas consideraciones por parte de las personas mas distinguidas de aquella villa. Colocado José Cándido en una situación ventajosa, trató de metodizar su vida dedicándose esclusivamente al cuidado de sus intereses, de lo cual se ocupaba al nacimiento de quien biografiamos.

Sus amigos, como ya hemos dicho, eran varios y de lo mas escogido de la población; contándose entre ellos el entónces corregidor de la misma, que en cumplimiento de espontáneos ofrecimientos, reclamaba la vez de tomar á su cargo la comision de tener en los brazos al recién nacido para su cristianacion. De esta conducta puede decirse el aprecio y distincion que la familia de José Cándido merecía, y el lugar que ocupaba en la escala social de su pueblo.

Aceptada la proposicion del corregidor, y hechos los preparativos consiguientes: bautizósele al hijo de José Cándido, poniéndosele por nombre el que figura por cabeza de estos apuntes. El padrino por su parte desplegó la generosidad necesaria para quedar airoso en la comision que habia solicitado, y fué tanto y de tal naturaleza la suntuosidad y esplendor con que se ejecutó la sacramental operacion, que

aun hoy se recuerdan como un hecho notable algunas de las particularidades, entre las que ocupa un preferente lugar la de que se arrojaron al aire grandes sumas en monedas de oro y plata, desde la iglesia parroquial á la casa del recién nacido, costumbre antiquísima y que se conserva intacta en las poblaciones del mediodía.

Criose Jerónimo José Cándido, con el cuidado que era consiguiente á la posibilidad de sus padres, quienes tenian recopilado su cariño en él, por el único fruto de bendicion con que el Supremo Hacedor habialos favorecido.

No descuidaron á pesar de ello la educacion del niño, y buscáronle desde bien pequeño un abonado preceptor que se encargase de dirigirle é instruirle más regularmente que los autores de su existencia, los cuales nunca hubieran podido darle más que una cristiana enseñanza, que era lo posible á la capacidad de aquellos. Asi continuó Jerónimo hasta la edad de ocho años, en que la muerte arrebató á sus padres, quedando desde esta época al esclusivo cargo de su tutor, que abusando de la autorizacion propia de este título, descuidó su educacion, permitiéndole, además de los goces naturales de la edad que hemos citado, que en buen principio, como todos sabemos deben economizarse y limitarlos á un estrecho círculo.

Bajo la influencia de este genero de excesos tan conocidamente perjudiciales á la niñez, aumentáronse los años de Jerónimo, llegando ya á contar catorce: aquí crecieron las necesidades del párvulo,

y hubo precision de satisfacerlas. Reclamó del tutor la posesion de un caballo, la de vestidos de majo, y algun otro objeto de lujo á que por entonces concretó sus exigencias, por ser á los que propenden los naturales de aquel pais. Con esto adormeciéronse por entonces sus pretensiones; pero al paso que avanzaba en edad, aumentábanse sus exigencias para las que el tutor facilitaba lo necesario por cuenta de lo que Cándido administraba.

Semejante conducta debia precipitar á Jerónimo en un malestar del que no era fácil defenderse; pero sus ojos se cerraban á tan funesto porvenir, y solo atendia á los goces del momento.

En poco tiempo se hizo dueño el tutor de lo que á su tutelado habiale pertenecido, y el jóven Cándido se encontró en una posicion triste, que caminaba rápidamente á su empeoramiento, aumentándose más y más segun corrian los tiempos.

No nos detendremos en calificar el proceder del tutor por no parecernos oportuno de este lugar y por que tambien le consideramos agenos de nuestra incumbencia, y si referimos estas particularidades es, porque las consideramos de utilidad, toda vez que fueron origen de que el motor de estos apuntes abrazara por necesidad una profesion que en otras circunstancias no hubiera pensado en ella sino por pura distraccion y pasatiempo.

Cándido se aproximaba ya á la edad de los diez y siete años y en actitud de raciocinar sobre su porvenir; conoció sus pasados errores y trató de corregirlos, pero este remedio venia demasiado tar-

de, sólo podía ser provechoso para cuando Jerónimo volviese en otra ocasión á poseer algo. Por entonces carecía de todo, tan en toda la extensión de la palabra, que no contaba con los medios necesarios á la subsistencia.

En tal estado, y como el náufrago que por salvar su existencia busca su apoyo en una débil tabla, resolvió Cándido dedicarse á la profesion de lidiador.

Necesitaba un protector para ayuda de sus intentos, y aqui fué donde la suerte se le mostró propicia, puesto que halló dispuesto á este objeto el más apropósito de cuantos hombres hubiera podido buscar, el cual llamábase D. José de la Tijera, bajo cuyo amparo colocose Jerónimo.

Este caballero, rico, generoso, y sumamente aficionado al toreo y á las personas que del mismo ejercicio dependían, no descuidaba la colocacion de su protegido, ni menos le omitia las esplicaciones precisas para instruirle, aunque superficialmente, de las indispensables al toreo. Cándido las escuchaba con la atencion que inspira el vivo deseo de aprender, y mientras, disponíanse los preparativos para el estreno del nuevo lidiador.

El espresado D. José de la Tijera conservaba intimas relaciones de amistad con el célebre matador Pedro Romero, de quien ya tratamos anteriormente, y exigióle á éste de que tomase á su cargo la educacion tauromáquica de Cándido, incluyendole desde luego en el número de los de su cuadrilla, á lo que aquel escelente espada no puso inconveniente.

Hiciéronse los vestidos con que Jerónimo debía practicar su primera salida, costeados en la totalidad por el susodicho protector, y á poco tuvo efecto esta bajo los mejores y más felices auspicios.

Tanto el favorecedor de Cándido, como su maestro Romero, quedaron complacidos enteramente del comportamiento del bisoño lidiador; y ambos tambien reconocian en él facultades físicas nada comunes y altamente adecuadas á la profesion que se habia elegido.

No fueron defraudadas las esperanzas de los que así opinaban, porque cada dia que Jerónimo salia á la plaza, daba testimonio y una nueva prueba de de sus adelantos en el arte de torear. Esta razon ocasionó que antes de poco tiempo figurase como media espada de Romero, á cuyo puesto le elevó, correspondiendo Cándido tan dignamente como pudiera desearse.

Su crédito tauromáquico crecia con extraordinaria rapidez, y en cada una de las funciones en que prestaba trabajo, acreditaba más y más la justicia con que se le tributaba.

Romero miraba estos triunfos como propios, y sólo eran motivos de bien entendida satisfaccion para quien como él, era, digámoslo así, el que más habia contribuido para colocar á Cándido en la situacion que ocupaba.

Cándido, por su parte, vivia agradecido á Romero, y sólo disfrutaba cuando la ocasion le proporcionaba un medio de prestarle utilidad á su maestro. Con este motivo, y de esta mútua corres-

pondencia, creóse entre ambos espadas la más estrecha y perfecta amistad, en términos que muy poco despues de estas glorias de Cándido, contrajo este matrimonio con una hermana de aquel.

Pocos años duraron los lazos de esta union; la hermana de Romero murió desgraciadamente despues de una larga y penosa enfermedad.

Siendo general la justa reputacion que Cándido disfrutaba, fué ajustado para trabajar en la plaza de esta córte, donde á su presentacion supo adornar su frente con nuevos laureles, y de triunfo en triunfo, alcanzó el de merecer los favores y deferencias de las personas más notables y distinguidas, y aun del mismo monarca, que en más de una ocasion, le demostró su benevolencia.

Esta posicion eminentemente ventajosa, que Cándido poseia, tenia su origen en la conducta que desde luego habiase trazado, á la cual acompañava un trato afable y sencillo, y enteramente simbolizado con su cualidad de honrado.

Las relaciones intimas que Cándido sostenia en la córte, estaban limitadas á seis ú ocho personas, de bastante distincion por sus nacimientos, los cuales le dispensaban sus amistades hasta con orgullo, porque á todo se habia hecho acreedor por sus acciones caballerosas y finos modales.

De esta manera pasó el primer tercio de la vida el lidiador que nos ocupa, quien concluidos sus compromisos de contrata en Madrid, regresó á Andalucía, donde poco despues contrajo segundas nupcias, de cuyo matrimonio luvo varios hijos.

En aquel país trabajó por espacio de varios años con tan brillante éxito, como de costumbre tenía, y era consiguiente á su habilidad y conocimiento.

Ya por esta época resentíase Cándido de un calambre en la pierna derecha que le postraba hasta cierto punto; pero este inconveniente para la lidia suplialo la mucha inteligencia de aquel torero, que por ello hizose solo matador de muchas estocadas, aunque todas en regla y de acuerdo con el arte.

Aumentóse el dolor de su padecimiento, y ya el lidiador aparecia defectuoso, en términos que á otro no le habria sido posible continuar en el ejercicio; mas Jerónimo desplegó los recursos y maestría de su mano izquierda, con cuyo auxilio, y armado de la muleta trasteaba y preparaba á la muerte aun á las reses que con más *sentido buscaban su defensa en los tableros*.

De este modo manejábase Cándido en estos tiempos, y sólo por dos ocasiones experimentó la falta que tenia de agilidad. La primera cayó al suelo delante del toro en el momento de estoquearle, y sólo llevó un *revolcon*; mas la segunda recibió dos cornadas en igual *suerte*, las cuales le privaron de torear por dilatado tiempo.

No le pareció bien á Cándido continuar en Andalucía, y dispuso su regreso á Madrid, donde viósele trabajar con sentimiento, á causa de la penalidad con que lo practicaba, consiguiente á su enfermedad. En tal estado, no faltó persona, de las muchas que se honraban con la amistad de este lidiador, que se dedicase á aconsejarle su separacion del toreo y el com-

pleto abandono de una profesion que podia proporcionarle la muerte en la mejor ocasion. No desatendió este consejo; pero presentábasele una gran dificultad, y era, sus únicos y exclusivos recursos para atender á la manutencion de su numerosa familia.

Sus amigos prepararon vencer este inconveniente, y con la conformidad de Jerónimo, dieron principio á diligenciar lo conveniente al fin que se propusieron.

Corrian por entonces los años de 1824, y los interesados en el bienestar de Cándido, figuraron una solicitud de aquel, dirigida al monarca, en la que le imploraba sus favores. Fúele presentada por una persona de no escasa influencia, y el resultado no dejó de ser bastante satisfactorio; puesto que se le destinó de visitador ó cabo principal del resguardo montado de Sanlucar de Barrameda.

En 10 del citado año, recibió Cándido el nombramiento, que aceptó sin repugnancia; y en esta fecha abandonó para siempre la profesion en que tantos triunfos habia adquirido,

Llegado que hubo al punto de su destino y encargado de las atribuciones concernientes al mismo, notóse en su desempeño que no habia nacido para él; mas obligado por la imperiosa necesidad, continuó desempeñándolo, disfrutando el general aprecio de todos, hasta que se le ocupó de real orden en la segunda direccion de la Escuela Tauromáquica de Sevilla, de cuyo establecimiento era primer jefe el célebre Pedro Romero, segun ya hemos manifestado.

Ordenada la disolucion de aquella Escuela, volvió Cándido á Sanlucar, continuando en su anterior destino, hasta la muerte del rey Fernando VII, en cuya época fué separado sin saber el motivo que produjo semejante resolucion,

De los antecedentes que nos han sido posible examinar, hemos deducido que Cándido no quedó cesante hasta esta ultima época, y que su ausencia de la Escuela Tauromáquica fué una comision especial que se le confirió, sin duda en consideracion á su buen crédito; así es que de una certificacion de D. Domingo Torres, director de Rentas provinciales, librada en 9 de Abril de 1835, se lee: Que de los documentos presentados por D. Jerónimo José Cándido, para la clasificacion del sueldo que le corresponde por sus años de servicio, aparecen de abono diez años, dos meses y ocho dias; por lo que le pertenecen dos mil quinientos treinta y tres reales once maravedises anuales.

Esto no obstante, quedó sin efecto á consecuencia de que posteriormente se dispuso por punto general, que los cesantes no percibieran haber ninguno, mientras no contasen más de doce años de servicio, y Cándido por ello quedó privado de este recurso y enteramente pobre, sumido en la más angustiosa situacion.

Descritas las particularidades de Jerónimo, examinémosle como lidiador.

Era hombre de muchos conocimientos y sabia aprovecharlos; inteligente en las reses, precavia cuanto dejase conocer en las reglas del arte y reco-

mendaba el excesivo cuidado sin tolerar distracciones á cuantos con él trabajaban. Como matador de toros, era en general de muchas estocadas y cortas, origen quizá de su escaso valor. En el capeo y manejo de la muleta fué siempre excelente; *galleaba* también con sobrada maestría, y comprendía el *quite* de la suerte de vara con la exactitud que nosotros la concebimos; colocado siempre muy próximo al estribo izquierdo del ginele, aguardaba la *res* para *meter* el capote cuando la necesidad lo exigía, y finalmente, Cándido, en concepto de los aficionados, era todo un torero de habilidad y conciencia.

Atravesó toda la escala gradual del ejercicio, y siempre fué digno de que le mirasen los aficionados con cierta especialidad reservada sólo á los que saben distinguirse. Como chulillo, fueron sus propiedades tan aventajadas, que jamás metió su capote en balde para hacer conducir la res al puesto conveniente. Como banderillero se escedía á los deseos de todos, respecto á que era muy fino y muy *largo*, y cuanto más dificultades ofrecía un toro, y á con relacion á su instinto, bien por las propiedades que le hubiera hecho adquirir durante los períodos de la lidia, con tanta más facilidad se le veía á Jerónimo colgarle siete ú ocho pares de banderillas en un brevisimo tiempo y metiendo los brazos para esta operacion de una manera admirable. De lo espuesto podremos deducir sin gran trabajo, que Cándido fué una notabilidad en el ejercicio, incomparablemente más aventajado que ninguno de los de su época.

Tales son los títulos que se le conceden respecto á estos particulares. Pasemos ahora al hombre y dar cuenta al mismo tiempo de la última época de su vida, tan triste como desgraciada.

Jerónimo fué hombre de unos sentimientos inmejorables; nació, como dijimos antes, para ser muy rico y no para ajenciarse la subsistencia. Fué generoso hasta el extremo de que le podamos acusar de dilapidador: no se aprovechó jamás de las cuantiosas sumas que supo ganar en su profesion, ni de las que le proporcionaron su último destino. Era hombre poco considerado para su familia y perjudicial á veces, sin que nunca se le reconociesen vicios capaces de desacreditarlo. Finalmente, no formó juicio jamás sobre su porvenir ni el de sus hijos, y por esta causa no les legó más que los sufrimientos propios á una completa pobreza.

Mereció en todas ocasiones el aprecio y consideracion de cuantos le trataron, y aun hoy conserva algun amigo, que recuerda su nombre con el sentimiento de que no exista. Humano y caritativo, tambien lo fué Cándido de una manera exagerada, y esta cualidad de su natural carácter, no fué la menos poderosa para que en el último tercio de su vida se viese colocado en tan difícil situacion.

Veamos el fin de este lidiador. Exento de recursos en Andalucía, despues que le dejaron cesante, determinó volverse á la córte, quizá con el ánimo de que sus afectuosos amigos de otro tiempo le favoreciesen; mas á su presentacion, el número de estos era bastante reducido, y economizaban sus

generosidades. Pocos fueron los que no desmintieron el aprecio que Cándido les merecía; pero estos no eran bastantes á cubrir por entero sus necesidades, y en medio de las penalidades que se desprenden de este género de vida, permaneció algunos años en Madrid, hasta que agobiado por la desgracia y sus padecimientos, dejó de existir en esta villa y córte el día 1.º de Abril de 1839, á los sesenta años de edad, dejando en el mayor abandono á su esposa é hijos, que aún lamentan el descuido de su padre que jamás dió muestras de recordar los deberes que semejante título le imponía, para dejarles una regular fortuna, proporcionada al mucho dinero que durante su vida pudo ganar.

Además de lo expuesto consérvanse también otros recuerdos de bastante importancia, respecto al diestro Jerónimo José Cándido, que no queremos dejar en el olvido, y por lo tanto vamos á consignarlos en la presente publicacion. Aludimos al sistema de vida que adoptó durante el tiempo que dependió del arte de torear.

Su principal faena en esta época consistía en la regularizacion de suertes, para simbolizar estas con las propiedades del toro con quien se debian practicar: así es que jamás se le pudo acusar de que hubiese empleado recursos contrarios al *dicho*, ni hubo ganadero que pudiera lamentarse de que sus toros lucian más ó menos de lo que en realidad habian merecido. A cada *res* le proporcionaba los medios que más en consonancia estuviesen con su bravura, y por ello daban todas un agradable juego.

que resultaba en beneficio general de los propietarios del ganado y de los espectadores que concurrían á la fiesta.

Concluiremos manifestando que en la fecha ya citada y en una casa modesta, situada en la calle de Santa Brígida, y marcada con el número 25 de gobierno, exhaló el postrer aliento, desde donde se le condujo al cementerio de la puerta de Bilbao á depositar sus restos, á cuyo punto asegúrase con algun fundamento que ciertas personas allegadas al difunto Cándido unas, y por puro recuerdo de amistad otras, marchaban diariamente á contribuir con sus rezos al bien de su alma. No podían testimoniarle el aprecio que le habian profesado de otro modo, y este era el único medio posible á la situación que cada uno ocupaba.

Después de estas muestras de estimación, y obligadas por la imperiosa ley de la necesidad, desuniéronse las personas que componian ó habian compuesto su familia, y con aplicación cada una á un objeto distinto, procuráronse el sustento necesario, sin desmentir ninguno la crianza que de aquel padre habian adquirido.

Tristísima es por cierto la narracion con que damos fin á estos apuntes biográficos, pero propuestos á consignar las particularidades de los que utilizamos á este fin, no hemos querido abandonar al olvido estas circunstancias, que muchos habrian podido interpretar en perjuicio de este lidiador, con menoscabo de su sobresaliente mérito; pues es notorio á todos, que un matador de toros que durante

la época de su trabajo mereció un regular concepto, se le considera con recursos cuantiosos para atender á las necesidades que pueden ocasionársele en el último periodo de su vida.

Omitimos más pormenores, y concretámonos á lamentar tales propiedades, perniciosas hasta un extremo indeterminado, y que influyen en el empeoramiento de algunas familias que ocupan hoy una contraria posición á la que les pertenece.

FRANCISCO HERRERA

GUILLEN.

Cuando teniendo apenas el tiempo que necesita el valiente para apreciar el riesgo, se encuentra precisado en ciertos y determinados casos á encar- gar al arrojo el oficio que compete á la prudencia,

bien está el atrevimiento en el torero; pero cuando se desatiende esta virtud porque equivocadamente se hace consistir el pundonor en el desprecio al peligro, dejando al arbitrio de la casualidad el mérito de aquellos hechos, y abandonando la vida al azar, el osado pasa á ser temerario entonces, apenas tiene en su desgracia derecho alguno á la compasion. Y por la observancia de este erróneo y mal entendido sistema, ¿que se consigue? Que el desastre infructuoso, léjos de acreditar á quien lo sufre, mortifica á los que lo presencian.

Por el desgraciado fin del matador de toros, cuyos apuntes nos ocupa, deseáramos que los que en esta profesion les han sucedido, fueran, si no prudentes en toda la significacion de la palabra, al menos precavidos; teniendo para ello muy en cuenta, que esta última cualidad agraciada por la destreza, aventaja el crédito de una manera extraordinaria, y evita además las contingencias de una desgracia.

Nadie desconoce que el esfuerzo muscular del lidiador es importante cuando se vé acometido por la fiera, y que de ningun modo alcanza aquel á parar el golpe que le descarga su enemigo, quien reúne condiciones físicas infinitamente más superiores y al mismo tiempo hállase dotado de cierta intencion natural, que se refina y aumenta proporcionalmente al paso que experimenta castigo. El aficionado á esta clase de fiestas, por exigente que sea, comprende que la destreza y el arte regularizado con el bien entendido valor, son los elementos que únicamente puede eludir el impetu feroz del anima

que se lidia: el inteligente mide la entidad de la suerte por el riesgo que el diestro supo evadir; y el espectador en general, propuesto solo á divertirse, aplaude con inesplicable satisfaccion la cautela que proporciona los gozes que fué á buscar á la fiesta. Quisiéramos por estas razones hacer entender al torero, que el público reconoce en el lidiador que acertadamente se resguarda ó precabe del peligro innecesario, digámoslo así, al valiente, que reservándose para mejor ocasion, fla á su criterio la apreciacion del riesgo á cuya superioridad no quiso sucumbir; y que mira con sobresalto al osado, ó ya al temerario que sofoca sus instintos de conservacion, bien porque irritado con la fiera la mira como á su enemigo personal, ó ya porque más rígido consigo mismo que lo son sus jueces, siente á su espalda un descrédito mayor que el enemigo con que lucha.

Este era el temple del acreditado lidiador que procuramos describir.

Francisco Guillen era valiente, entendido, decoroso, entusiasta de su reputacion, gallardo y querido de los demás; y sabiendo apreciar justamente sus favores; nunca les mostró descolorido el rostro, sobre el cual reflejaban sus encantadoras miradas; ni pudo permitirse que su figura apareciese en la huida menos garbosa de lo que él la apreciaba en el aguardo. Así podremos decir, sin temor de equivocarnos, que este aventajado torero, jamás dió muestras de verse atacado por el más leve temor á una res: completo lidiador, banderilleaba sin haberlo

aprendido; picaba sin ser caballista ni conocer por principios la entidad de la suerte; y finalmente mataba toros con la ayuda de su inimitable mano izquierda, de una manera pasmosa, y todo esto; ¿á quien es debido? á su extraordinario valor, á la apreciacion que de sí mismo tenia.

Bástenos lo expuesto como introduccion á la presente biografia, y pasemos á referir los antecedentes de este célebre lidiador.

Nació Curro Guillen en la villa de Utrera, provincia de Sevilla, y á siete leguas distante de la misma capital, por los años de 1788. Fueron sus padres, Francisco y María del Patrocinio Rodriguez, naturales ambos de la mencionada Sevilla, de los cuales heredó Curro la aficion al toreo, puesto que su padre fué segundo espada en la plaza de Madrid y otras del reino, y su madre hija de Juan Miguel Rodriguez, matador de toros tambien, prima de Joaquin Rodriguez (Costillares) y hermana de José María Cosme, afamados banderilleros y suplentes de espada en distintas ocasiones.

A la edad de cinco años, pasó Francisco Guillen á Sevilla, donde los padres variaban nuevamente su domicilio, y apenas se estacionó en esta ciudad, empezó á dar curso á su estraordinaria aficion al toreo.

Las sillas de su casa sirviéronle de objeto para practicar sus primeros ensayos, y á pesar de su corta edad, ya se le veia regularizar los pases de muleta, con cierta propiedad, que denotaba lo que en adelante debia valer.

De esta sencilla operacion, pasó á complicar sus juegos destinando otra silla para toro, y rodeándose con las demás, las cuales representan para él el público que le observaba. Aquí ya se colocaba en posicion de favorecer á los picadores, ya metiendo su capote con la oportunidad que le era necesaria, ó bien capeando y haciendo recortes y otras mil suertes de utilidad segun creia conducente á la situacion que en su fantástica imaginacion habriase colocado el bicho y el supuesto picador. Seguia despues la suerte de banderillas, y Guillen las clavaba sin interrupcion, procurando hacerlo de la manera más difícil en su concepto, terminando el primer periodo de la lidia con varios recortes que figuraba con el ánimo de acortar de pies á la res, y pre-disponerla á la muerte. Resonaba en sus oidos el eco del clarin que ordenaba la muerte del toro, y despues de tomar la muleta y una espada de madera que al efecto poseia, ejecutaba la operacion de la manera más breve y airosa, no sin haberse antes dirigido á brindar la muerte del bicho á uno de los ángulos de la sala, á las personas que á su juicio le observaban. Por último, tomaba el supuesto estoque del paraje donde habiale clavado, y saludaba á las paredes, como en contestacion á los aplausos que en sus oidos resonaban: concluyendo por enderezar con el pié la tizona que habiale servido para sacrificar á la victima. De este modo hacia Guillen sus ensayos diariamente como si alguna voz secreta le anunciase las glorias que en la profesion de lidiador debia alcanzar más adelante.

De más edad hacia Guillen que sus amigos suppliesen á las sillas, y con ellas organizaba ya una funcion completa, estableciendo picadores, banderilleros y demás; reservando siempre la direccion ó ganándolo con su puño si encontraba oposicion, para no menguar desde esta época el renombre que le estaba destinado. Ya aqui hacíase la fiesta más variada, pues á cada paso veíasele ejecutar una nueva suerte, cuya invencion era propia, las cuales le valian aplausos y consideraciones de los demás muchachos, que siempre le cedían el puesto reservado á la inteligencia que cabe á semejante edad.

Ya por entonces aparecía Francisco Guillen como notable, si no para el público en general, que aún desconocía la existencia de este, al menos para quienes observábanle en esta clase de juegos, que era á los únicos que se prestaba.

Graciosas son las tradiciones que tenemos de los entretenimientos tauromáquicos del lidiador de quien tratamos, cuya relacion sucinta sería muy delicada, y nos haría detener más de lo que es posible. Baste lo dicho para formar una idea de sus antecedentes, que creemos bastantes, en atencion á que sus hechos más principales serán espuestos cual corresponde á su notorio crédito, que con justicia adquirió, y que consignaremos para que pase á la posteridad; sirviendo de utilidad á los que se dedican al difícil arte de torear.

Si Guillen se hubiera dedicado á otra profesion de las que queda un recuerdo perpétuo por la perfeccion de una obra que supo el artista construir,

Francisco Guillen se habria indudablemente inmortalizado, segun los recuerdos que dejó en su primera salida al toreo. Tanto en el concepto de lo satisfecho que el público quedó, como la tierna edad con que contaba. Quince años no cumplidos tenia, cuando Guillen se estrenó en la plaza de Llerena, matando dos toros con la propiedad de un consumado lidiador. Pero este primer trabajo emprendido sin conocimiento de su madre, no se crea que Curro lo solicitó demandando favor, ni del modo que parecia consiguiente á su situacion de aprendiz, no; presentóse cual otro que descansando sobre sus pasados triunfos, está satisfecho de si propio, y no permite que nadie valúe su trabajo. Asi fué, que lejos de ello apareció con cierta importancia ajena del que se encuentra en su caso, y no como quien deseando ejercitarse deja por una decente cantidad con lo cual sorprendió á Patrocinio que al ver en su falda las primicias del toreo, lloró más y más tiernas lágrimas, que las que había deramado por el hijo querido cuyo paradero antes ignoraba.

Este primer paso practicado en la forma que dejamos referido, sirvió de mucho para su crédito, pues se le miraba, aun por los mismos lidiadores, con cierta deferencia propia al que se lanza á un ejercicio, principiando con aceptacion por donde otros concluyen, sin dejar más idea que la de su cualidad.

Tambien contribuyó á la conducta atrevida de Curro, que tal nombre debe darse, á que varias per-

sonas, de alguna importancia, se declarasen sus protectores y le proporcionasen ocasion de aventajar su fama. Entre ellos citaremos al rico propietario D. Joaquin Clarabon, coronel del regimiento de Barbastro, de guarnicion en Sevilla á la sazón; este caballero le preparó á Curro una corrida de toros en la susodicha capital, para la cual le regaló una magnífica espada adornada con insinuantes moños, y un capote de seda cuya circunstancia llamó la atencion del público que acudió con avidez á la fiesta preparada.

Los pocos años de Guillen, su gentil presencia y el acierto de las estocadas que dió en aquella tarde, le grangearon tan numerosos y entusiastas aplausos, que su reputacion se elevó á una altura eminente; terminando este tributo al mérito con la conduccion del nuevo matador de toros, desde el circo de la funcion á su casa, en medio de inesplicables victores, interrumpidos por el ruido de una banda de música militar, que su protector habiale dispuesto para hacer más memorable el día de su estreno en la lidia.

No desconocia Guillen que estas muestras de aprecio eran un pesado impuesto, más que á su gratitud, á su inteligencia. Comprendió tambien que reclamaban de él un gran lidiador, y considerándose un bisoño afortunado, quiso hacerse su mismo maestro, fundando en el matadero de Sevilla la escuela práctica donde debia aleccionarse bajo propia diversion. En este establecimiento permanecia Curro, adelantando en el arte cuanto era posible, á

quien como en él, simbolizaba la inclinacion con las dotes físicas; ambos elementos marchaban de comun acuerdo, y de este modo se familiarizó con el ganado en unos términos que consiguió conocer todas las propiedades adherentes á las reses. Lidiaba todos los dias dos ó tres horas, y de esta ocupacion, como de lo mucho que se acercaba á los toros, llevaba con frecuencia señaladas muestras en los girones de su capa,

Con tales ejercicios, ibase desarrollando la musculatura de Guillen en unos términos, que bien pronto adquirió una fuerza hercúlea, en la cual flaba su intrepidez, y perfeccionó las formas, que sabia lucir en sus naturales movimientos alentados, y en sus posturas de modelo tan arrogantes como airosas.

La justa celebridad que Curro disfrutaba poco tiempo despues que esto tuviera lugar, produjo que fuese llamado á diferentes plazas de provincias, donde mató con el arrojo é inteligencia que le era tan natural, fundado uno de los motivos de crédito, en no huir jamás del toro.

No solo desempeñaba Guillen el cargo de matador, sino que tambien banderilleaba con una destreza extraordinaria, y queriendo ser completo en su arte, picó por primera vez un toro en Cádiz.

Llegada que fué para Curro la edad de 24 años, pasó á Lisboa y mató en seis corridas para que fué contratado. Viéronle los portugueses con inesplicable entusiasmo, y aun lamentáronse de que el linaje de Guillen no fuese trocado, por media docena

de sus sonoros apellidos. Escusamos decir cómo le mirarian las portuguesas, que en la gallardía y gracejo del lidiador español, comprendian claramente el idioma universal del alma, que con tanta propiedad esplica este atributo esclusivo de la nacion que nos vio nacer y que tan dificilmente pueden apenas traducir de la gravedad de sus compatriotas.

Luego quo Curro Guillen concluyó su compromiso en la capital del vecino reino, regresó á Sevilla, donde á su llegada supo la prohibicion de las corridas de toros, cuya disposicion fué debida al príncipe de la Paz. Volvióse entonces á Lisboa, y continuó allí su ejercicio con idéntica aceptacion de como habíalo poco antes practicado, porque cada vez se notaba en su método un nuevo motivo de admiracion, bijo de su acostumbrada intrépidez y maestría.

Al hablar de la primera estada de este célebre matador en Lisboa, depusimos algun tanto, sin mengua de la verdad, la seriedad que nos hemos trazado en estos apuntes, no sin justo motivo, pues sabedores de muchas escenas en las que nuestro personaje representó el más principal papel. habidas en la capital de la nacion lusitana, y precisados á publicar las finezas que le granjearan su mérito y cualidades, no podiamos ménos de apuntar el agasajo que de aquel bello sexo mereció el torero en cuestion, cuando contenido en los límites de la buena crianza, solo aspiraba á la estimacion de las lindas; pero cuando ya más galan miraba Curro el

simple aprecio de los demás como un gaje baladí, y comprendía lo que agravia á una heldad compasiva la timidez del individuo á quien se dedican, nos abstenemos de entrar en su conducta privada, y en obsequio de aquellos, corremos un velo sobre estas particularidades del gallardo lidiador.

Bástenos lo espuesto y sigamos la hilacion de sus vicisitudes.

Pemitidas en España de nuevo las fiestas de toros, volvió Guillen al país, y en la primera temporada en que se le vió lidiar, ejecutó en su profesion prodigios de valor y destreza que conserváronse impresos por mucho tiempo en la imaginacion de os aficionados.

Corrió el tiempo y llegó la aciaga época de la guerra de la Independencia, por la cual contratóse Curro en Madrid por unas corridas, y en una de ellas que hizose memorable, picó cuatro toros en competencia con Luis Corchado.

Pasó á Cádiz despues, y en la misma temporada picó otra corrida de toros de Cabrera, con igual intrepidez que si hubiera sido esto su fundamental profesion.

Vuelto á Sevilla, y siguiendo su antigua costumbre, mató un gran número de toros en aquel matadero. Este motivo de diversion para el lidiador de quien tratamos, le convidaba á hacer más parada en aquella ciudad, y dió lugar al suceso que vamos á referir.

En Ajeza, paraje inmediato á Sevilla, punto á que los naturales llaman el *tablar*, un toro de diez

años, huido de su ganadería, había adquirido la costumbre de dormir en el agua, saliéndose al amanecer á difundir el tereó en las campiñas inmediatas, donde perseguía toda persona que divisaba. El vicio de aquel bicho y la bravura que se le concedía fueron objeto de diferentes conversaciones en varios círculos, y mas principalmente entre los toreros. Un día refirióse entre Curro, que con otros de su ejercicio hallábase en la puerta de la Carne, y todos creyéronse capaces de sortear aquel toro, no faltando quien se brindase á darle castigo para ahuyentarlo de aquellos sitios. Curro guardó silencio y la conversacion fue variada, sin que se tocase más en algunos dias. Pasados estos, y visto que nadie daba pruebas de haber satisfecho el compromiso, dirigióse Guillen una noche al paradero del bicho, entró con su caballo en el agua, y no pudiendo conseguir que el toro se moviese, salió á la orilla, rodeóse la brida á la muñeca y se echó á dormir.

Alerta Curro al amanecer, vió salir al toro y dirigiéndose hacia él, preparóse para sortearle, y puesto en la suerte con su manta, le empezó á capear. Media hora invirtiera Guillen en cansar á la res, que furiosa cada vez más, esforzábise en engancharle con el hasta; pero visto que no podia conseguirlo, despues que rendida le faltaron piés, se echó en tierra con la lengua fuera, de cuya situacion aprovechóse Curro para cortársela, lo cual consiguió mancornando al bicho antes para evitarle los medios de defensa. Provisto Guillen del testigo de

su triunfo, se retiró de aquel sitio, marchando seguidamente á casa.

Uno de los comprometidos, se encaminó la misma mañana á ver el toro desde una prudente distancia, más hallándole, con gran sorpresa suya, en aquella inofensiva postura, se acercó y le cortó la cola, retirándose inmediatamente y ansioso de ostentarla entre sus camaradas.

Hizose entre los toreros demostracion del nuevo trofeo, y Guillen, con calma, demandó los pormenores del lance. Al supuesto héroe, aunque no tenia corazon para ejecutar aquella obra, no le faltaba talento para pintarlo con tan vivos colores, que la reunion se disponia á concederle el lauro. Curro le reconyino entonces por la falsedad y sacó para mayor prueba la lengua del bicho en cuestión. Todos quedaron admirados de la esplicacion que le escucharon y miráronle con el asombro propio á grandes y difíciles hazañas, quedando confundido el charlatan.

Descritas estas particularidades concernientes al lidiador en general, trataremos ahora de sus elementos particulares y del método especial que tanta y tan distinguida reputacion le hizo adquirir.

Nacido Curro Guillen para torero, no desconocia el partido que podia sacar de sus naturales dotes. Corpulento, ágil, forzado y de un valor á toda prueba, contaba con los medios para dar á su espada una impulsión más que suficiente para quedar airoso en todas las suertes que al toro se le colocase. Perito en el arte, comprendia que una

estocada bastaba para dar la muerte al bicho, y que esa debería ser la primera, por que de este modo conciliábase la facilidad y el lucimiento; por lo mismo, animoso é inteligente, aprovechaba el momento oportuno para despacharle de un golpe mortal. Tan repetidas fueron las ocasiones en que á la primera estocada dejó Curro tendida la res á sus piés, que ya aquel tino parecía casi instintivo y tenía cierto carácter providencial de imposible explicacion. Innumerables y á cual más entusiastas eran los aplausos que por ello recibía.

Las circunstancias particulares ocurridas despues de esta época con el lidiador de que tratamos, muévenos á referirlas, si no en su totalidad, al menos en determinadas corridas, que hicieron objeto de pública conversacion por bastante tiempo, en razon á la bravura del ganado lidiado en ellas.

- Habiendo vuelto Guillen á la metrópoli de Andalucía, y siguiendo en su empeño favorito de asegurar la muerte del toro en la primera estocada, le canzó un bicho y sufrió una cogida, de la que resultó gravemente herido en el muslo, y arrancada una oreja de un pisoton de la res.

Preparada para otra funcion igual, respecto al ganado que lo preparaba, como su larga y penosa curacion no le permitia bajar, instó á Lorenzo Baden para que le sustituyese. Este escuchó semejante contestacion, saltó de la cama, pidió sus vestidos, pre-

sentóse en la plaza y no obstante su debilidad y la incomodidad de los vendajes, mató de ocho estocadas los ocho toros de la tarde.

Otra de las heridas que Curro recibió, fué á consecuencia de su natural propension de obsequioso con las damas, al quitarle una divisa á un toro en la plaza de Zaragoza, la cual habíasele pedido por antojo una liuda aragonesa.

Pasó á Madrid despues de estos acontecimientos y en esta plaza lució su extraordinaria habilidad para descabellar los toros. Este ardid era un adorno á su profesion, y en él no sólo un recurso para concluir á las reses moribundas, sino tambien una difícil suerte que ejecutaba, hasta en los primeros pases de muleta, con una oportunidad y acierto admirables.

En esta temporada, que fué la última que lidió en la córte, proporcionáronsele varios lances del ejercicio, que contribuyeron á aumentar su justa reputacion, ya general y casi europea.

Citaremos tambien, ya que de sus condiciones como lidiador hablamos, la aficion que más dominaba á Guillén. Esta reduciase á conocer las reses en sus terrenos, y persuadirse de sus cualidades, sorteándollis sin el auxilio de burladeros y en parajes escabrosos, en lo cual gozaba infinitamente, si atendemos á la frecuencia con que asistia á las dehesas destinadas á criaderos de ganado.

En Castilla concurrió en distintas ocasiones, refiriéndose algunos de cierta importancia, que no decimos, porque ya creemos, que con lo espuesto,

habrán podido nuestros lectores formar una idea exacta del toreo que hemos descrito. Por ello concluiremos relatando el último periodo de su vida, de la manera concisa que debe ejecutarse cuando se trata del fin de un hombre cual el de que hablamos, que sin haberlo conocido, inspira simpatías, y hasta interés en su favor.

Regresado Guillen por última vez á Andalucía, trabajó algun tiempo en las distintas plazas de aquel país, y últimamente fué contratado para la de Ronda en una corrida que debia tener lugar el dia 20 de Mayo de 1820. Este fué el último dia de su existencia. Presentóse á la funcion lujosamente vestido, como tenia de costumbre, y corriéndose un toro de Cabrera, cuya casta era la más recomendada por esta época, hallábase Guillen descuidado, atendiendo á lo que le decian desde un tendido. El toro que se lidiaba dirigióse á él, y como le viera Juan Leon, banderillero entonces de este célebre matador, le gritó, «¡Fuera Sr. Curro, fuera!» Guillen que jamás habia cejado de su propósito de no huir, volvió la cara para sortear la res que así pensaba atacarle; pero esta habia ganado mucho terreno, y no dió lugar sino á defenderse con hábiles recortes, que Curro poseia como torero consumado. Por algunos momentos estuvo dudosa su salida, que tal vez habria sido feliz con otro bicho de menos sentido que los de la citada casta; pero cuando á aquel faltáronle los recursos, el toro se le echó encima *y tomándole en la cabeza*, le dió tan atroz cornada, que Francisco Guillen quedó muerto en el acto.

Ignórase si este suceso causó en aquellos momentos á los espectadores consternacion por el desastre ó irritacion por la temeridad; es lo cierto, que pasados los primeros impulsos de las pasiones, por que cada uno encontrábase dominado, todos sintieron una desgracia tan lamentable como inoportuna y sin tiempo, cuyo sentimiento aun se conserva por muchos que lo presenciaron.

Su falta no pudo reemplazarse tan brevemente como creíase; pero algunos de sus discipulos, de quienes trataremos tambien, acreditaron muy pronto la fuente donde recibieron las lecciones necesarias á tan difícil como espuesta profesion.

ANTONIO RUIZ

(EL SOMBRERERO.)

Este célebre lidiador no deja tambien de ofrecer cierta rareza en la adopcion de un ejercicio que le era enteramente desconocido durante los años de su infancia, y contrario á la aplicacion que sus padres le habian dado desde luego. Contentémonos ahora con esta observacion, siguiendo la relacion de sus antecedentes, y en ellos encontraremos motivos mucho más poderosos para llamar la atencion

de nuestros lectores sobre la extraña consecuencia que de los mismos se desprende. Antonio Ruiz recibió siempre una educación de todo punto ajena á la profesión de lidiador, y además, cuando se pudo apereibir de que aquella existía, ya los padres le habían hecho comprender que la manera de asegurar el porvenir con cierta independencia propia de los artesanos que, como ellos parecían algo, era la decidida aplicación al trabajo. Esta buena crianza debió haber causado las primeras impresiones de Ruiz, con relación al ejercicio por que debía decidirse, pero lejos de suceder así, permaneció fluctuando en la más completa inacción, hasta que la casualidad le proporcionó los medios de conocer el aprendizaje de la ocupación que más se adaptaba á sus inclinaciones. Muchos fueron los obstáculos que á cada paso se le presentaban para conseguir sus intentos, pero todos los venció con una firme voluntad.

Escuchemos la historia de su vida. En la ciudad de Sevilla, y por los años de 1783, existía en una calle de la misma capital, llamada *Tintores*, una modesta fábrica de sombreros, la cual pertenecía á un honrado matrimonio que trabajaba sin descanso para agenciarse la subsistencia. El marido cuidaba con esmero de aquel establecimiento, mientras la mujer atendía á los quehaceres domésticos de su casa. En esta época dió aquella á luz un niño á quien pusieron por nombre Antonio, que es precisamente el lidiador cuyos apuntes relatamos. Le criaron sus padres con el esmero que les era

consiguiente á su posicion y procuraron darle la mejor educacion, infundiéndole sanas y excelentes inclinaciones. A los diez años, Antonio habia adquirido los conocimientos que constituyen la primera educacion, y su padre, deseoso de que fuera útil á sí mismo, le colocó de aprendiz en la fábrica de sombreros de que hemos hablado, con el ánimo de que poseyendo un oficio tuviese siempre una segura y decorosa dependencia. Poco progresaba Ruiz en el oficio á que se le habia dedicado, pues sus intentos le llamaban á otra profesion, que hasta él ignoraba, puesto que desconocia los espectáculos de toros y la manera de ejecutar esta fiesta. Sufria por ello frecuentes reconvenciones de sus padres, pero nada adelantaba en su mejoramiento, respecto á que una vez pasadas, no volvieron ni aun á recordarlas.

Creció más en edad, y en ella ya se le permitia alguna libertad y el acompañarse con otros amigos, los cuales hubieron de orientarle de lo que hasta entonces ignoraba, con relacion á las corridas de toros y del punto donde se aprendia este ejercicio. Con este motivo, le impulsó la curiosidad, y hallada que hubo una ocasion oportuna, dirigióse al matadero y vió por primera vez un toro suelto, y un hombre en su presencia sorteándole de varios modos con la ayuda de una capa, concluyendo ileso de aquella lucha sostenida por bastante tiempo. Inexplicable nos parece la sensacion que Ruiz hubo de experimentar á la vista de aquel cuadro que por primera vez se presentaba á sus ojos; no diremos

más, sino que desde aquel momento fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron sus padres para separarle del matadero, á cuyo punto se dirigia siempre que le era dado burlar la extraordinaria vigilancia de sus mayores. Esto prueba claramente que aquella ocupacion, á juzgar por el despejo que manifestaba á cuanto se le proponia, era lo único que se acomodaba á los instintos de Antonio y la que buscaba antes sin antecedentes ni noticia de ella, mostrándose por lo tanto indiferente á lo que su padre le había dedicado.

Aficionado al matadero en los términos que llevamos dicho, no dejaba Ruiz de aprovecharse de los descuidos de su familia, con el fin de dirigirse á aquel establecimiento, cuya conducta le valió muchos y grande sinsabores, proporcionándose los á la vez á sus padres, que opuestos á ellos de un modo particular, no economizaban ningun género de castigo con el ánimo de separarle de la senda que el aprendiz de torero se había trazado. En balde seguian los padres de Antonio la conducta expresada, en balde tambien utilizaban recursos de otra condicion: todo era inútil y todo se estrellaba en su constante decision.

En esta pretension continuaron los padres del aficionado lidiador por algun tiempo; más convencidos de la ineficacia de sus esfuerzos para hacer perder á nuestro jóven la resuelta inclinacion que demostraba, le abandonaron á ella finalmente.

En este caso, se dedicó Ruiz con más amplitud al toreo, y aumentándose progresivamente su afi-

cion, adelantaba con rapidez en conocimientos, logrando por este medio ser admitido á torear en varias plazas, con el carácter de banderillero.

Sea porque su afición le condujo á un extremo de perfección incalculable, bien porque sus facultades contribuyeron á ello, es lo cierto, que muy luego se hizo un excelente banderillero, llegando á merecer por último el título de sobresaliente. No fué breve la época en que Ruiz se concretó á esta parte del toreo, pero siempre correspondió al buen crédito que merecía; y al mismo tiempo era elegido generalmente para ayudar con su capote á ponerle al matador el toro en suerte. Pocas veces se separaba Ruiz del toro, que en el último tercio de la lidia, era *trastaedo* para la muerte, y siempre fué su capote el que más dispuesto se hallaba cuando la necesidad lo exigía.

Estas excelentes cualidades, unidas á sus buenos deseos de adelantar cuanto le fuera posible en su profesión, produjeron que se inclinase á matar toros, lo cual principió á ejecutar con algunos que los espadas le cedían para adiestrarle en esta suerte, con el aplomo y la precaución que de suyo exige tan arriesgado lance.

Después de haber practicado esta operación en distintas ocasiones con algun lucimiento y aceptación, quiso figurar como media espada en las plazas principales, y como para ello se valiese del acreditado y justamente célebre Curro Guillen, este le mandó anunciar como tal en los carteles, y en la plaza de Sevilla se le vió salir con este carácter en

el año de 1808, bajo la dirreccion del matador á que antes aludimos.

Tampoco desairó á su favorecedor entonces, pues el público le aplaudia con entusiasmo, porque demostraba ciertos elementos de mucha importancia, que útilmente aprovechados daban una consecuencia ventajosa y poco común. Estas consideraciones movieron al mismo Guillen á que muy luego le hiciese figurar alternando como otro espada, en cuya época, ya mas exigente el público, ya con la necesidad de habérselas con un compañero como Guillen, se vió precisado á trabajar con un esmero y precision que hasta su mismo favorecedor, digámoslo asi, le aplaudia.

De este modo cumplió Ruiz su primera década de matador de toros, y el resultado fué de inmensas ventajas á su crédito, que además de aumentarse considerablemente, corrió á noticias de muchos, que despues le ajustaban para ciertas plazas del reino, donde prestaba el cumplimiento que podia exigírsele.

• Cuando tales cosas ocurrian, no podemos asegurar que Antonio Ruiz fuese un lidiador consumado, tanto porque no llevara el tiempo de ejercicio que necesitase para reunir las indispensables cualidades que dan este titulo, quanto porque aún no lo habia demostrado, quizá por falta de ocasion, pero de todos modos se le reconocia muy buenas disposiciones y unas excelentes facultades físicas que denotaban muchas esperanzas en su favor. Atolondrado hasta entonces, cuando la *res* exigia por su con-

dición el auxilio de especiales recursos, no se le veía utilizarlos con oportunidad, y de aquí la falta de lucimiento; mas esta condición debía sufrir un cambio en el *Sombreroero*, luego que la práctica le colocase en su verdadera posición, y esta era la falta única que se le atribuía en esta época de su vida artística, entre los inteligentes y personas de más competente autorización en la materia.

La exactitud que había en las oposiciones de los que reconocían en Ruiz grandes elementos para llegar á ser aventajado lidiador, lo vino él mismo á demostrar en breve: siguió cuidadosamente la escuela de afamados toreros, que en esta época lucían sus grandes conocimientos, y más principalmente la del distinguido Guillen, y pronto corrigió sus defectos haciéndose notable, si no por su completa igualdad con aquellos diestros, al ménos alternando de una manera digna para no quedar desairado entre la habilidad y maestría de los que procuraba imitar.

El concepto general que supo adquirir fué extraordinario y siempre correspondió á su crédito, pues todos le concedían el título de torero concienzudo.

Luego que la continua práctica le dió á Ruiz el complemento de los necesarios conocimientos para perfeccionarse más y más en su ejercicio, adquirió otro nuevo método de lidiar, no de ménos lucimiento que el anterior, aunque si con más aplomo y maestría. Siempre procuraba colocar la *res* en la suerte que más se adaptaba á su condición, sin elu-

dir por eso el aprovechamiento de la primera ocasion que se le presentase, en cuyo caso no titubeaba en ejecutar la operacion que aquella reclamaba. Estas cualidades tan propias de él, le hicieron recomendable á la vista de los numerosos aficionados que se declararon sus adictos; pero imposible siempre, jamás alteró su sistema por merecer un puñado de palmadas más ó menos numerosas. Convencido de lo que el arte de torear es en sí, no se excedia del circulo que aquel le trazaba; porque en otro caso habria podido pagar caro el atrevimiento, como la experiencia se lo habia demostrado en distintas ocasiones y personas. A Ruiz se le concedia una excelencia privativa, que solo pertenecia á su método y condicion, y para dar una idea más exacta de este lidiador y cual compete á nuestra mision, analizaremos sus dotes físicas y morales con la aplicacion conveniente de las mismas, y con ello demostraremos evidentemente el mérito con que estaba adornado.

Ruiz era, como hemos dicho, excelente matador de toros, porque además de su presencia esbelta y poderosa, reunia como mérito artístico, muy buena muleta y de bastante defensa; á sus conocimientos nada comunes, se agregaba un cálculo para la verdadera aplicacion de ellos: *se embraquetaba* con los toros y daba muy buenas estocadas.

Elegía siempre la muerte que cada res merecia, y lo único que constituia su desgracia para aminorar el lucimiento y prestigio que de todas estas cualidades pudo haberle resultado, es que daba

muchas estocadas generalmente hablando. Tal defecto, si así se le quiere llamar, le esplicaremos nosotros de esta manera. Antonio Ruiz poseia todas las buenas cualidades de un matador de toros; pero quizás por su mucha inteligencia se menguaba su valor, y en la última suerte no aparecia el mismo que en las primeras, temeroso sin duda del peligro que tan exactamente debia él mismo conocer. Una de las circunstancias que más le recomendaron, fué la consigüente á su serenidad con respecto á la suerte de varas. Seguro como el que más en los quites no habia picador, por temeroso que fuera, que no saliese á los medios si veia á Antonio Ruiz colocado á corta distancia del estribo izquierdo de su caballo.

Es verdad que en la época de su apogeo en la lidia, no escasearon los picadores de buen crédito, contándose entre ellos algunos muy sobresalientes en mérito, como eran Antonio Sanchez, conocido por Poquito Pan; el Tio Ortiz, el Pelon, Corchao,, Juan Mateo Castaños, Pinto y otros; que además de su conocida habilidad, merecian el título de caballistas; pero si estos acreditados picadores de toros no hubiesen contado con un capote tan eminente como el de Ruiz, quizá se hubieran sujetado y eludido algunas suertes de las que produjeron el crédito que disfrutaban. Mas no está reducida á esta sola cualidad el mérito del lidiador cuyos apuntes biográficos nos ocupan. Si su capote se conceptuaba aventajado y oportuno, debemos deducir tambien, que sus conocimientos sobre las reses debian ser extraordinarios, pues que preveia generalmente los resultados que

aquellos habian de producir, hallándose siempre dispuesto á evitar los que originasen desgracias. Esta razon, en nuestro concepto, hizo que los inteligentes le reconociesen como lidiador concienzudo.

Pasemos ahora á hablar del banderillero, antes que á la clase de matador llegase.

Durante el tiempo que Antonio Ruiz perteneci6 á la de banderilleros, no permiti6 que ningun otro le llevase ventaja, escudado quizá con sus facultades fisicas. Fué, sin separarnos de la verdad, el mejor de su época, y hasta podemos asegurar, que domin6 esta suerte cual ningun6, pues en ella no hall6 nunca dificultad alguna que se opusiera á sus desig-nios.

Su capote era tambien considerado como el de más utilidad, y la importancia que se le atribuia, no era precisamente la propia á su clase, sino la que se le concede á un torero profundo que *empapa ó distrae* á la res segun conviene á la situacion en que se halla colocada.

Esta suerte de correr toros, que á la simple vista aparece como de ningun mérito, es una de las más esenciales, si en ellas se lleva un objeto determinado y asequible; así es que Ruiz, perteneciendo á esta clase, desplegaba su capote siempre bien, siempre en regla; y últimamente, siempre con felices resultados.

Su mérito respecto al capeo y suerte de gallear, era asimismo eminentemente airosa al propio tiempo, pues lo habia aprendido con toda perfeccion, y con este auxilio y el de su natural gallardía, lo eje-

cutaba con un lucimiento tal, que pocas veces dejó de recibir aplausos cuando lo practicaba.

No era menos seguro en la suerte de los caballos, según lo hemos ya manifestado, pero á todo contribuía su serenidad y grandes conocimientos. Algunos lances hemos escuchado de boca de antiguos aficionados con referencia á este lidiador; todos ellos demuestran la opinion justa que sobre el mismo se tiene formada y dejamos espuesto.

Hay una circunstancia especial en este torero, que creemos oportuno mencionar. Redúcese á manifestar, que si bien fué uno de esos matadores de toros que el público admite sin muestras de desagrado, y en su trabajo no halla opiniones que le perindiquen en lo mas mínimo; tampoco era uno de esos, que al pisar el circo son saludados por una salva de vítores y palmadas. Nosotros á fuer de imparciales, según lo hemos ofrecido, esplicaremos las causas que á ello influían en nuestro pobre juicio.

Antonio Ruiz, que además del aislamiento en su trato, carecía tambien del adorno que ciertas suertes reclaman, para producir esa especie de entusiasmo en los espectadores que tan significativamente denotan con nutridos aplausos, no sacaba de su ejecucion este partido á pesar de que para el concepto de los inteligentes, las practicaba con la perfeccion y maestria mas consumada.

Esta razon y la constante circunspeccion de su carácter en la plaza y en sociedad, hacian aparecer á este lidiador con unas pretensiones que no existian, sino como propiedad de su génio. Si al Sombre-

rero le hubiesen tratado los mismos á quienes repugnaban estas cualidades que se le atribuian, de seguro habrian cambiado de opinion, y en vez de la prevencion que les inspiraba, le hubieran dispensado su amistad, porque su trato fué enteramente opuesto á lo que de su aspecto se deduce.

Su desgracia nace de esta equivocacion, si desgracia puede llamarse, el no haber aventajado en reputacion á muchos de sus contemporáneos que supieron adquirirsela con menos elementos que este lidiador. Otra consecuencia de no menos funestos resultados, le produjo esta condicion. Se hizo harto desgraciado en la plaza, y no habia funcion en que no tuviera que lamentarse de algun incidente desagradable, no en toda su significacion, pero al menos era motivo para despojar á Ruiz del lucimiento propio á sus conocimientos y facultades. Contaba, no obstante, con un crecido número de personas que se titulaban sus amigos, y especialmente en la plaza de Sevilla lo demostraban con bastante frecuencia.

El natural interés que inspiraba Antonio Ruiz, por su gentileza y buena presencia, hacia que fuese bien recibido del público que asistia á las funciones donde él era ajustado; no podemos decir que toreó en todas las plazas del reino, pero en las que lo hizo, aseguramos en honor de la verdad, que dejó buenos recuerdos.

Pasemos ahora á esplicar lo que de este célebre matador de toros ha llegado á nuestra noticia, con relacion al último período de su vida torera, época

ne que ya no reunia la agilidad que tan indispensable es para el lucimiento de las distintas suertes que á cada momento se presentan en el espuesto y difícil ejercicio de torear; á cuya postracion contribuia un desgraciado acontecimiento que le ocurrió con su espada al despedirla el toro en un derrote, hallándose Antonio como encargado de su suerte, á corta distancia del bicho. Este arma que el animal arrojó, fué á caer la punta sobre Ruíz y le atravesó una de las partes mas delicadas de su cuerpo, cuya circunstancia le ocasionó la particularidad de que fuese despojado, si no en su totalidad, al menos en mucha parte, de su mérito; no obstante, continuó en la misma profesion y no desmintiendo sus propiedades, en términos que, aun por entonces, no habia desertado de las filas de Ruíz ninguno de sus adictos, en su mayor parte inteligentes aficionados.

No hallariamos en los años de 1834; cuando Antonio Ruíz vió menguarse sus facultades físicas, y temeroso, sin duda, de que por esta causa pudiera ocasionarle la muerte si continuaba en el ejercicio de la lidia, concretóse á prestar atención á sus intereses, que puso en movimiento y regularizó de una manera conducente, dedicándose al acopio de varios artículos de consumo, con especialidad el de el aceite, con lo cual vivió en una completa independencia y con la tranquilidad del que no conoce enemigos de ninguna clase.

Al adoptar esta resolución de separarse del toreo, se infiere que debió meditarlo detenida y profundamente, si fijamos la atención en su conducta

posterior; jamás ha hallado ocasion oportuna de volver á ejercer su profesion, ni ménos ha accedido á los compromisos que sus amigos le proporsionasen. Nada le ha podido obligar á presentarse en este género de funciones, con el carácter que una vez dejó de existir para él. Esta consecuencia inalterable, es una cualidad tan propia de Antonio Ruiz, segun lo hemos manifestado, que si hubiera tenido necesidad de faltar á ella por una de esas circunstancias imprescindibles, se le hubiera visto en un estado de excesiva violencia sólo por alterar su propósito. Tal firmeza de carácter, recomienda al que lo posee de una manera especial, y no solo le granjea aprecio, sino consideraciones dificiles de destruir.

Hemos incluido en la biografia de Ruiz, como lidiador, algunos apuntes de la vida privada, como particular, no por que creiamos preciso para dar más importancia á su mérito tauromáquico, sino porque en el Sombrerero, aparecen unidos estos extremos con una igualdad especial, que constantemente marcharon en perfecta armonia.

Es evidente que al adoptar este buen torero la resolucion de vivir enteramente aislado de toda sociedad, y con abstraccion completa de lo que al ejercicio á que correspondió, pertenece de la manera que hemos dicho, y con tan singular firmeza, debió asistir alguna prevencion; pero esta, si existe, es un misterio que nadie ha podido penetrar.

Antonio Ruiz (el Sombrerero), murió á la edad de 78 años; pero su método de vida y las buenas costumbres que siempre ha observado le conserva-

ron durante su vida en muy buen estado de robustez, sin haber borrado el tiempo los rasgos, de belleza que siempre poseyó; en el último tercio de su modesta vida, se dedicó al cuidado de sus intereses, retirándose completamente de la sociedad; pero este sistema le favoreció bastante y le permitió hacer algunas limosnas á las necesidades que imploraron su compasion, con lo que encontraba una completa satisfaccion.

Despues de lo que hemos apuntado, dificilmente se le podia obligar á seguir una conversacion de toros, ni menos que contestase á ninguna pregunta que llevase por objeto la averiguacion del mérito de algun espada, ya de la presente ó pasada época. Fué hombre, en fin, que no se lamentaba, ni se le oyó la más leve queja de las personas que hubiérenlo ofendido: á Ruiz estamos seguros que nadie le hizo mal y todo lo olvidó; y si esto no es exacto y abrigó alguna prevencion ó resentimiento con determinadas personas, es un misterio que nadie osó penetrar.

Estos son en resúmen los apuntes de Antonio Ruiz (el Sombrerero), tan exactos como nos han permitido las circunstancias tomarlos de las personas que más profundamente le conocian desde sus más tiernos años.

JUAN JIMENEZ

(EL MORENILLO.)

El año de 1794; nació en la ciudad de Sevilla el
 liador de que vamos á ocuparnos en los presentes
 apuntes biográficos.

Fué bautizado en la parroquia de San Pedro de
 aquella capital, y en el mismo barrio se creció hasta
 la edad de seis años.

Poco prometen los de la infancia de Juan Gimenez para que nos detengamos en hacer un minucioso relato de esta primera época. Aplicado por sus padres á una escuela de educacion primaria, empezó á conocer el alfabeto con bastante rapidez, bien debido á su natural viveza, ya por razon del método que el encargado de su instruccion tenia adoptado; es lo cierto, que apenas contaba Gimenez seis años de edad, cuando se encontraba escribiendo, y en disposicion bastante adelantada. Un incidente de todo punto desgraciado, vino á paralizar la enseñanza de Juan, pues en breve tiempo perdió á sus padres, quedando huérfano por consiguiente y sin el único recurso que en el mundo poseia. Triste es por cier-

to una situacion de semeiante naturaleza, y más lo habria sido en aquellos momentos para el sugeto de quien tratamos, si una tia, cediendo á los impulsos de compasion que su sobrino le inspiraba, no se hubiera hecho cargo del cuidado de tan desafortunado niño; pero esta no habia meditado quizá el grave peso que sobre sus hombros echaba, y bien pronto se resintió de él, notando los gastos escesivos para su posicion que la educacion de Juan le ocasionaba. En consideracion á ello, dispuso que este fuese separado de la escuela, dejándole con los escasisimos conocimientos hasta entonces adquiridos, tan importantes en su esencia, como todos sabemos que constituyen la más principal de las necesidades del hombre. Tampoco habia limitado esta señora sus proyectos á la resolucion que hemos dicho; eran más vastos: queria además, con el ánimo de que su sobrino le fuera menos gravoso, que se aplicase á un oficio defácil ejecucion y breve aprendizaje, para que cuanto antes se ajenciase en él la necesaria subsistencia. Fué elegido el de zapatero, y seguidamente se le impuso á Gimenez de la medida últimamente tomada por su madre adoptiva, el cual la escuchó con la impasibilidad propia del que no piensa obedecer. No obstante, se le buscó maestro, se le hizo concurrir á su presencia, asistió Juan algunos dias á la tienda, pero no se dedicó á aprender lo que ciertamente era ageno de sus instintos. Semeiante conducta, unida á una desaplicacion especial, llamó la atencion de la tia, que no economizaba medios de castigo para obligarle más

y más á sus proyectos. Esta circunstancia dió margen á que Gimenez eludiese la vista de su tía, y para conseguirlo sin la contingencia de poder ser hallado por aquella, encaminábase á la puerta de la Carne donde pasaba los días escuchando lances y suertes del toreo, que los dedicados á esta profesion referian. Impulsado Gimenez por la curiosidad que estas conversaciones le infundieron, se acercó al establecimiento conocido por *matadero*, y como en él se adiestrasen algunos lidiadores ejecutando suertes con las reses que al mismo eran conducidas, Juan se decidió á practicarlo tambien, seducido quizá por la influencia que esta ocupacion ejerce sobre la generalidad de los niños y jóvenes. Su tía en tanto, le buscaba con afan, no sólo por indagar su paradero, sino con el ánimo de precisarlo á seguir en el oficio de que hemos hecho referencia, lo cual no pudo aquella señora conseguir, porque Gimenez se separó de ella para siempre, mudando de domicilio al barrio que aun en el día se conoce por el de San Bernardo. Nada más natural en un niño que, cual este, habia perdido el cariño de sus padres, que tomara grandes resoluciones cuando una mano tirana le oprime, obligándole á tomar una senda contraria á sus instintos y afecciones. En esta ocasion quedó probada tal verdad, pues no habiendo cálculo para meditar sobre el porvenir, se arrojó á lo primero que se presentó á su imaginación.

Su idea dominante era huir de quien sin justicia le prodigaba castigos, y á este impulso obede-

ció sin consideracion á ninguna otra razon de utilidad ni conveniencia.

Despertose en Juan tan decidida aficion por la lidia, que no procuraba otra cosa que la salida de un becerro pequeño para ocuparse en torearlo de la manera más adecuada á su temprana edad. Poco tiempo pasó sin que el atrevimiento de Gimenez lo condujese á torear todo el ganado que entraba en aquel establecimiento, pues su osadia caminaba de acuerdo con la habilidad que adquiria en la constante práctica. Tal vez los pocos años y su contectura naturalmente endeble y delicada, produjo en los demás lidiadores parasen la vista en quien con tan escasos elementos se aventuraba á lo que el aprendiz de quien tratamos, y por esta raron era objeto de aprecio, sin que por ello nadie le pidiese esplicaciones sobre su situacion ni se declarase su favorecedor.

En la ocupacion que hemos descrito, y guiado por sus propios instintos, permaneció Gimenez el dilatado tiempo de cuatro años, al cabo de los cuales contaba este doce de edad, y ya la fortuna saciada hasta cierto punto de serle contraria, quiso mostrársele propicia, con la amistad de Curro Guillen, que hechizado de verle tan jóven, y toreando con cierta perfeccion, le propuso llevárselo á Portugal, á cuyo punto se dirigia aquel célebre lidiador para cumplir un compromiso de varias corridas de toros para que habia sido contratado. Gimenez acudió gustoso, y Guillen le presentó en aquella capital sin ajuste alguno y sólo con el ánimo de que se solta -

se completamente en la lidia. No fué Gimenez muy económico en practicar distintas suertes á toros que se corrian con la aprobacion del Curro que le dirigió en ellas, por lo cual dió motivo á que el público le cobrase un decidido afecto, hijo del asombro que experimentaba á la vista de la ejecucion del niño en las complicadas y difíciles suertes que practicaba á cada paso. Con este motivo se hicieron proposiciones por parte del asentista de la plaza, para que Gimenez matase un becerro cada tarde, y Guillen accedió (midiendo las facultades de Juan), con tal que la res fuese de dos años. Anuncióse la salida del improvisado matador, y provisto de una muleta á propósito para su talla y del más ligero verduguillo de Guillen, mató tres becerros en tres tardes diferentes, segun lo habia ofrecido, recibiendo en todas ellas infinitas muestras de aprobacion por el público que lo admiraba, y la retribucion de media onza cada tarde que el empresario cedió á su favor, siendo este el primer dinero del toreo que Gimenez percibía. Dos años consecutivos asistió Juan á las corridas que se ejecutaron en la capital del vecino reino, y siempre dejó muy buenos recuerdos, merced á la proteccion que le dispensaba Guillen. Concluido el tiempo espresado, volvió Gimenez á España, y su primer ajuste formal ó sea por cantidad convenida, fué el que realizó en el pueblo de Trigueros, en el cual se comprometió á torear las distintas corridas que debian tener lugar, matando además un toro en cada una de ellas, para cuya operacion se le unió con igual obligacion, un hombre de bastante

edad; llamado Manuel Correa, el que no sólo dejó de ayudar á Juan en el trabajo que se preparaba, sino que á pesar de haber tenido precision de matar Gimenez los toros que á aquel correspondían, hubo de partir con él la mitad de lo agenciado en las funciones, sin que por ningun título lo hubiese merecido.

Por esta época atravesábamos el año de 1814, y en el mismo estuvo este lidiador ocupado en torear por los pueblos de Andalucía en las funciones que se le presentaron, entre las cuales mató un toro en el Castillo de la Guardia, poblacion distante ocho leguas de la capital de Andalucía, tres toros en la villa del Arahál, y otros en varios puntos.

Llegó el año de 1815, y ya Gimenez ansiaba una ocasion de manifestar sus adelantos en la lidia, que en esta época se le presentó, verificando su salida en la plaza de Sevilla, ajustándose de media espada; siendo primera el aventajado Gerónimo José Cándido, y segunda José Garcia (el Platero), tambien matador de algun crédito. Existia en Sevilla por este tiempo la antigua costumbre de lidiar un toro en los encierros, el cual sufría la muerte despues por el medio espada; y Juan Gimenez, que con tal carácter se habia contratado, fué el encargado de esta operacion por el tiempo de tres corridas que abrazaba su ajuste, lo cual practicó á satisfaccion de cuantos á este acto concurrieron. Aquí creció en cierto modo la reputacion del lidiador cuyos apuntes bosquejamos, y con la ayuda de esta circunstancia determinó pasar á Madrid donde á la sazón queria justificar el crédito que se le concedia. Provisto

de una eficaz recomendacion para Juan Nuñez (Sentimientos), se trasladó á la córte, donde llegó por la época del Carnaval en que se ejecutaban novilladas con dos toros de muerte, que Sentimientos mataba; más en un periódico oficial llamado *El Diariode Madrid*, apareció el anuncio en el núm. 38, correspondiente al martes 7 de Febrero de 1815, que decia: «Por indisposicion que padece Juan Nuñez (Sentimientos), no puede matar los dos toros de la fiesta de hoy, y lo verificará en su lugar Juan Gimenez, natural de Sevilla, nuevo en esta plaza. Lo que se noticia al público para su inteligencia.» En esta tarde se lidiaban un toro de la vacada de don Antonio Calleja, vecino de Fuente Sauco, y el otro de D. Ventura Peña, de Madrid. Con este ganado se estrenó Gimenez en la plaza de esta córte, y no fué por cierto en dicha fiesta menos afortunado que lo habia sido en el país que abandonaba. Acreditado ya con tan buenos antecédentes, fué ajustado al siguiente año en la misma plaza de Madrid, en clase de media espada y banderillero del referido Juan Nuñez, segunda espada aquella temporada, y primera el célebre Francisco Guillen. El aventajado lidiador que motiva estos apuntes cumplió como requería su obiligacion, sin que nada hubiese de notable ni digno de mencionarse con especialidad, puesto que tampoco su posicion era llamada á otra cosa. Llegó la segunda temporada de este mismo año, y Gimenez marchó á Valladolid en union de Francisco Guillen, con el fin de ayudarle, y matar el toro que tan acreditado lidiador le designase, me-

dante á que aquel se hallaba en esta época herido en un brazo, de resultas de las funciones celebradas en Salamanca. Gimenez cumplió como siempre.

Concluido el año de 1816, y llegado el de 1817, fué llamado á torear Guillen en las plazas de Valencia y Zaragoza; y como quiera que recordase este lo satisfecho que Gimenez habia dejado al público ante quien habia trabajado el año anterior, no vaciló en ajustarle con el carácter de banderillero y media espada, no obstante acompañarle en el mismo concepto el lidiador Juan Leon, de quien Francisco Guillen era decidido protector. Juan Gimenez, cumplió y mereció vitores y repetidas muestras de la aceptación con que el público le distinguía.

Pasada la época á que aludimos en el párrafo anterior, continuó este torero en el ejercicio de su profesion, progresando con una rapidez extraordinaria, hasta que en el siguiente año, ó sea el de 1818, le condujo su buen crédito á que fuese contratado en compañía del matador de toros Francisco Hernandez, conocido por el Bolero, para matar un toro por la mañana y dos por la tarde en la plaza de Pamplona. En esta ciudad dejó muy buenos recuerdos, pues sus facultades por entonces simbolizaban con el valor, y de estas cualidades no podia menos de resultar una ventaja inmensa para quien las poseyese reunidas. En este caso se hallaba el lidiador de quien nos ocupamos al acercarse el año de 1819, época en la cual habia adquirido Gimenez cierta posicion en su ejercicio, que por no descender de ella, veíase precisado á desechar algunos ajustes

que en razon de su buen crédito se le proporcionaban, tanto porque estos no correspondian á su condicion y al carácter que representaba, cuanto porque la retribucion del trabajo para que era buscado tambien aparecia en inferior escala á la que Gimenez ocupaba. En consideracion á todo ello, se concretó por algun tiempo á torear en ciudades subalternas, y en alguna que otra funcion extraordinaria, de las que tenian lugar en la plaza de la córte.

Aqui adquirió su completa reputacion, si así podemos llamar al interés que generalmente inspiraba á los aficionados. Fiel ejecutor de las suertes que los toros reclamaban, las ponía en práctica con una serenidad y maestria admirables, sin que ninguna exposicion por grave que fuera, bastase á contenerle en los peligros propios del ejercicio. Con semejante método, creóse un partido numeroso, que no sólo le servia para sostenerle á una altura privilegiada, sino que hacian correr su fama por todas partes, generalizando y dando una idea más ó menos exajerada, segun lo reclamaban sus cualidades artisticas y las simpatias que á cada uno habia inspirado.

Este es el resultado que producen las voces que dicta la pasion, cuando se trata de un hombre que depende del concepto público; y aunque Gimenez no se encontraba en el caso de los que han sido favorecidos por la opinion que les haya tributado un puñado de amigos ó adictos, no obstante, se vió obligado á poner de su parte cuanto cabia en el

círculo de la posibilidad para no desmerecer ni desmentir lo que de él se propalaba.

Incidentes más ó menos desunidos de fundamento organizaron por esta época dos partidos entre los aficionados al toreo: los unos se declararon por el lidiador de quien tratamos, y los otros daban la preferencia á un matador de que tambien hablarémos, no menos digno por cierto de figurar en nuestra publicacion, por la especialidad de su mérito.

Obstáculos de alguna consideracion se presentaban á cada paso para aventurar la opinion de cuál de los dos matadores de toros era el más perfecto y consumado lidiador; ambos poseian condiciones sumamente dignas de aprecio, y los dos rivalizaban con una igualdad poco comun, á lo que contribuia eficazmente la identidad de escuela que poseian. En semejante lucha existian los acérrimos partidarios de uno y otro torero, y al presentarse el año de 1820, en el cual ya el de que hacemos mencion figuraba como primera espada en muchas plazas de primer órden, contándose entre estas la de Zaragoza, para la que estaba ajustado el célebre Francisco Guillen por esta época, y por razon del desgraciado acontecimiento de su muerte, recayó la eleccion en Juan Jimenez, quien trasladado á aquella capital, lidió las corridas que se ejecutaron en la misma, llevándose á Gerónimo José Cándido como en retribucion de los muchos favores que de este aventajado matador de toros tenia recibidos.

No desmintió Jimenez el crédito que por entonces se le atribuía, pues además de haber estado feliz en estas funciones, demostró los recursos con que estaba adornado en distintas ocasiones que la cualidad de ciertos toros le precisaba á ello.

Distintos ajustes se le presentaron este año y en todos correspondió satisfactoriamente. Al siguiente se le buscaba con afán, y avenidos en el contrato, trabajó en la plaza de la corte con inesplicable satisfaccion de los concurrentes. En varios años posteriores fué tambien contratado Jimenez, sin perjuicio de lo cual, toreó en distintas plazas de provincias y hasta últimamente en la de Sevilla, su pais natal (por cierto con sobrada desgracia). Lastimado en esta corrida, en la cual alternaba con el referido José Cándido, y restablecido totalmente de su cogida, volvió á lidiar en la 6.^a, 7.^a y 8.^a con desmedida aprobacion del público, y terminada la temporada de toros regresó á esta corte nuevamente, donde desde luego fijó su residencia.

Despues de tales ocurrencias y al aproximarse la época de este género de espectáculos, fué buscado por distintas empresas, y como prefiriese la de Madrid por convenirle á sí al método que se habia impuesto, se le vió lidiar aquel año en los mismos términos que tenia de costumbre y sin desmerecer de la justa reputacion que se le otorgaba. Algunos años tambien despues del que tratamos, toreó en la referida plaza de la corte alternativamente, con el motivo de aprovechar otros ajustes que con ventaja le eran propuestos para provincias; por ello

reune escrituras que justifican haber recorrido todas las plazas habilitadas en aquella época para las funciones de toros. Omitimos mencionarlas una por una á fin de no cansar á nuestros lectores; baste lo dicho para considerar, que Jimenez ha trabajado ante todo el público de España, en diferentes épocas y repetidas ocasiones.

Bosquejada la historia de su vida tauromáquica, nos ocuparemos de las particularidades de cada una de sus épocas, segun la escala gradual del ejercicio.

Durante sus primeros años se hallaba dotado de una agilidad extraordinaria, que le preservó en más de una ocasion de que los toros le señalasen: comprensivo en cuanto cabe, producto quizá de su desmedida aflicion por la lidia, le bastaba una advertencia para no olvidarla jamás y utilizarla siempre que las circunstancias lo exigian.

Aplicado desde su más tierna edad al toreo de capa, por razon de que sus facultades entonces eran nulas para otro extremo, lo aprendió con notable perfeccion y supo sacar despues de aquella habilidad un distinguido provecho, haciéndose, en fin, notable por la defensa de su capote, en la que cada dia adquiria más y más seguridades.

Pasemos ahora á la clase que á esta sigue en categoria, conocida por la de banderillero. Lo fué Jimenez más fino que largo; pero con la ventaja de hacer á ambas manos ó sea de los dos lados; nunca se quedó rezagado de sus compañeros, y por el contrario, prefiriendo siempre las suertes difíciles

á las de menos esposicion: fué muchas veces aplaudido por las personas de inteligencia. Su capote no hizo jamás adquiresabios á las reses, y siempre dispuesto á la voz del matador que le ocupaba; no se hacía esperar, ni menos entorpecía las suertes: en una palabra, no estorbó jamás en el *redondel*,

Como matador de toros fué corta la época de su apogeo, ó bien en la que demostró que ninguno le escedía; pero aquella pasó como una tempestad borrascosa, que deja siempre señales de destrucción. Así ocurrió con Jiménez. Las desgracias que sucedieron á este lidiador en breve espacio, hubieran inutilizado á otro torero de menos recursos; pero este contratiempo hubo al fin de producir sus efectos naturales y se le veía luchar con su incapacidad, y si permaneció en el ejercicio, fué sólo debido á la bondad de sus cualidades como torero y á su no escaso valor.

Mejorado últimamente, volvió á hacerse notable; y guardando la alternativa que exigian sus papecimientos, pasó considerado del público y aun con cierta deferencia, que aun despues de entrado en edad supo conservar.

Clasifiquemos ahora las dos épocas como matador de toros.

En la primera década, que tambien podremos dividir en dos partes, suprimiremos los extremos de que ya hemos hablado, y lo cual llamaremos ensayo; pero respecto á la segunda parte de aquel tiempo, nos detendremos en clasificar lo especial y notable que á Jiménez pertenece. Su muleta llegó

a perfeccionarse de una manera admirable, y no le faltaba más que práctica para llamarse un aventajado lidiador y general como pocos.

Después que se colocó por su trabajo en el término que antes decimos, adquirió cierto aplomo, inteligencia y arte, que con dificultad podrán hallarse reunidas tantas circunstancias y de tal valía y recomendación. La vida artística de Jimenez ha sido bien conocida del público y este podrá juzgar la imparcialidad que nos guía en nuestro relato.

Tampoco dejó de hacer alguna invención de reconocido interés, que no queremos pasar en silencio. Se le debe una suerte de bastante utilidad, que aun cuando no generalizada, ni puesta en práctica, demuestra sin embargo, que puede ejecutarse con notable aprovechamiento. Hablaremos de ella detenidamente y en los términos que su entidad reclama.

Se conoció en España hace algunos años, un ilustre caballero escesivamente aficionado á las fiestas de toros y afecto por consecuencia á los que á este ejercicio se dedicaban, el cual hubo de adquirir conocimientos prácticos de bastante importancia, que unidos á los teóricos que se había proporcionado con las muchas ocasiones en que pudo discurrir sobre difíciles suertes que á lidiadores consumados vió practicar; reunió este un caudal de observaciones, que aplicadas con acierto, formaban el complemento del arte de torear. Este mismo sugeto las explicaba con sobrada exactitud y por tal razon se le reputaba con justicia por persona muy

entendida en la lidia y autorizada su opinion hasta un punto indeterminado. Juan Jimenez habia escuchado á este señor como á un oráculo, cuando trataba sobre materia de toreo, y más principalmente sobre la utilidad de que los lidiadores en general fuesen ambi diestros, de lo cual podrian sacar una una inmensa ventaja, siempre que la res fuese imperfecta ó se entregase á algunas suertes contrarias á la mano derecha del diestro. De estos sábios consejos, tomó Jimenez un tanto y supo detenerlo en la imaginacion, hasta que se le presentó una ocasion de realizarlo en los términos siguientes:

Se habia este matador de toros ajustado en la plaza de Madrid, y en una de las corridas que tuvieron lugar, le tocó un toro boyanton y sencillo en los pases de muleta; pero que al liar se terciaba y colaba en situacion difícil, y que prometia un desgraciado incidente. Jimenez comprendió que era llegado el caso de ejecutar lo que en tantas ocasiones se le habia recomendado; y como contase con valor suficiente para ello, no titubeó en cambiarse la espada y la muleta, y mudando de mano ambos muebles, le dió una estocada al bicho que en breves momentos dejó de existir. Innumerables palmadas y continuados victores resonaron por todos los ángulos del circo, y no faltó quien reputase esta suerte como una de las de más entidad, siquiera por lo poco usada en aquellos tiempos.

Visto por Jimenez tan buen resultado, volvió á practicarla en distintas ocasiones y plazas, repitiéndola siempre con el más brillante éxito.

Espuestas ya las cualidades como lidiador, pasaremos por conclusion á formar el juicio crítico que este matador de toros nos merece. Bien pudiéramos reducir este á dos extremos, como son el de buena escuela y bastante valor; pero lo aplicaremos diciendo que sus medios de defensa en la lidia han sido causa sin duda de que se le viera siempre con desenvoltura ante un bicho, no obstante sus limitadas facultades físicas.

Reducido Jiménez á torear en estos últimos años, aunque en corto número de funciones, pasó su vida circunscrita al trato que le proporcionaban la amistad de determinadas personas.

No podemos precisar la fecha de su fallecimiento, pues que nos han sido inútiles las gestiones hechas.

Sabemos, no obstante, que murió en Madrid el año de 1855, después de una corrida de toros en que trabajó en el citado Madrid, para beneficio de las víctimas sacrificadas por la libertad en Galicia.

Juan León.

No es una necia presunción la nuestra, ni menos un espíritu de parcialidad en favor del matador de toros a quien hacemos referencia, digalo la historia de sus virtudes, digalo también la voz pública y general, consultemos los competidores de su época y nos convencemos de que fué uno de los toreros

JUAN LEON.

Triste es en verdad la confesion que vamos hacer; pero precisa para conseguir nuestra justificacion.

Decimos triste, en el concepto de que por causas que nos son enteramente ajenas, no podemos transmitir á nuestros lectores los apuntes biográficos del lidiador de que vamos á tratar, con toda la latitud y certeza que deseáramos, por la razon de que cuantas diligencias hemos practicado, tanto en esta córte como en Sevilla, para corresponder á nuestro intento, todo ha sido inútil y de ningun resultado. Las causas que para ello ha habido, no las podemos averiguar, porque se ocultan cual corresponde á un infundado origen; más es lo cierto, que los apuntes relativos á los antecedentes de Juan Leon, si bien no se nos han negado tampoco nos han sido otorgados. Conviene al mismo tiempo advertir, que no culpamos de ello á persona determinada, por lo que nos limitaremos únicamente aljuicio crítico del citado Juan Leon.

No es una nécia presuncion la nuestra, ni menos un espíritu de parcialidad en favor del matador de toros á quien hacemos referencia; dígalo la historia de sus virtudes, dígalo tambien la voz pública y general, consultemos los competidores de su época y nos convenceremos de que fué uno de los toreros.

más privilegiados, más favorecidos por la opinion pública y el que reunia más simpatías y mejor concepto, Esta es una verdad incuestionable, por cuanto se justifica por medio del exámen de cosas y de tiempos, y á este género de pruebas no alcanza la oposicion ni la parcialidad.

Repetimos que hubiéramos tenido suma complacencia en tratar de este lidiador, con la latitud y especialidad que su distincion merece, porque en él existian elementos artísticamente considerados, donde poder fijar la atencion, y que tratándose cual su importancia reclaman, hubiéramos trabajado con provecho y satisfactoriamente para nuestros lectores. Pasemos al juocio critico de este diestro.

El célebre lidiador Juan Leon debe su nacimiento á la populosa capital de Sevilla, cuya particular descripcion hemos hecho anteriormente. Tambien merece á la misma los primeros años de su crianza y el principio de su profesion. En el matadero de aquella ciudad se practicaron sus primeros ensayos y bajo la direccion y auspicios del célebre Francisco Herrera Guillen continuó despues, hasta conseguir una distincion, en que algo debió contriluir las instrucciones que de su maestro recibiera; pero no poco influiria sus dotes y cualidades las más adecuadas para la profesion. Así se deja conocer por la historia de este diestro, que siempre supo sostenerse á una altura digna del nombre que adquirió, elevándose si cabe, hasta que por razon de su avanzada edad abandonó el ejercicio; y aun en este caso debemos confesar que Juan Leon, nunca ha sido viejo

para su profesion. La falta de agilidad ha sido siempre suplida por el arte que tan hábilmente poseia.

Su defensa con la muleta fué sin limites y en manejarla extraordinaria. Jamás le viuos en situaciones violentas cuando una res se defendia, y por el contrario, siempre se le notaban nuevos recursos que le evadian del peligro que ocasionarle pudiera ya más mala condicion de los toros, que al rigor de su espada perecian.

Atendamos al primer tercio de su vida tauromáquica y veamos el crédito que en este tiempo disfrutó.

Juan Leon debió las primeras instrucciones á Francisco Herrera Guillen, que acogiéndole desde luego bajo su proteccion, sacó de él un distinguido banderillero. No era en el tiempo á que aludimos muy general, el que los diestros que ocupaban un lugar en esta clase fuesen aplaudidos con entusiasmo por los espectadores; pero Leon, con algun otro de esta época, alcanzó este triunfo, disputándose á la vez con sus contemporáneos el lugar más preferente que á semejante situacion era dada. Por ello mereció el nombre de sobresaliente que ninguno le disputó jamás.

Llegó una época para Leon, en que dominaba las suertes concernientes á su clase, y en la que era preciso ocuparlo en otras más difíciles, y se le propuso la de matar toros. Aceptó como era de suponer, y bien pronto se confirmó la idea de que esta elevada situacion, era la más compatible á la inteligencia de este diestro, y á fuerza de voluntad

con que al toreo se lanzase. Pocas advertencias fueron necesarias para imponerle de lo que debía practicar.

Una inteligencia consumada demostró bien en breve, y esta reunida á su agilidad y á la especialidad de sus recursos, lo elevaron en un corto tiempo, organizándose unas simpatías casi generales en cuantas plazas se presentaba. Negar que las consideraciones que el público dispensaba á Leon, no eran remuneradas por este, seria faltar á la verdad y no dicurrir sobre el aprecio que este buen diestro mereció de cuantos observaban su método en el toreo. Dificilmente puede hallarse más completa uniformidad de pareceres entre los espectadores, cuando se trata de un lidiador; y en Juan Leon era esto una consecuencia de las simpatías que inspiraba. Inteligentes y profanos, se declaraban por este célebre torero, porque á los primeros no molestaba con esposiciones, que siempre son repugnantes, y á los segundos complacia por la manera oportuna de aplicar el arte á las difíciles suertes que la res le presentaba. Tal concepto mereció en sus buenos tiempos, y desde poco despues de lanzarse á ocupar un puesto entre los matadores.

Nuestros lectores, al leer estos compendiosos apuntes sobre el juicio crítico del lidiador que nos ocupa, conocerán la imparcialidad que nos guía al tratar de un hombre, que cual este, dejó en su larga carrera tauromáquica consignados los hechos más notables que ofrecerse pueden á la vista del más ageno á la comun inteligencia de estos espec-

táculos. ¿Como negar á este célebre torero una superioridad á los demás que existieron en sus buenos tiempos? Sin competidor notable que le estimulase, sin elementos capaces de prestar alguna idea y sin más recurso que los antecedentes adquiridos del inolvidable Francisco Herrera, supo crearse un método, que á la vez metodizaba y conducia á su perfeccion; pero no digamos que este era forzado, no; era el más á propósito para la lidia, puesto que á todos agradaba y á todos satisfacía. Las notabilidades que en los primeros tiempos de Leon alcanzó este á ver, y el buen trabajo que otros antiguos diestros practicaron en época en que este pudo adquirir igual método, en razon á que se formaba su sistema, no sirvió nada; tal era la conviccion que abrigaba de que el adquirido de su maestro y regularizado despues con proporcion á sus dotes físicas, era el más útil y beneficioso. La esperiencia demostró más tarde, que su opinion en esla parte fué acertadísima, puesto que bajo niugun concepto hubiera disfrutado jamás otra reputacion más distinguida que la adquirida en su carrera, conservada integra en su larga vida torera y aun despues en el retiro.

Se ha dicho por algunos que Juan Leon fué siempre un matador de sorpresa, y vamos á combatir esta opinion en lo que posible es en el círculo de nuestra publicacion.

Será preciso que al manifestar nuestro parecer, contrario al que dejamos espuesto, aduzcamos razones fundadas y de un género sumamente claro, para persuadir á las que así opinan.

En tal concepto esplanaremos la causa fundamental que debe haber motivado tan equívoco parecer.

Juan Leon fué siempre uno de esos matadores que, ya escusados con su agilidad, bien por la natural defensa que desde luego se creó con la muleta, y últimamente por su valor para con las reses, se contentaba con muy escasos pases para lidiar y estoquear; si la res resultaba muerta de la estocada, su triunfo estaba ya conseguido, puesto que á la prontitud iba unido el lucimiento; pero si en contrario caso el toro necesitaba otra ó más estocadas, Leon no titubeaba en dárlas con la mayor precipitacion, porque sin duda obraba en él la conviccion de que este periodo en la lidia debe ser breve y pasajero. Otra causa existe, y es; de que este aventajado diestro utilizaba la suerte de volapiés con más frecuencia, y la anteponia á las demás que se han conocido. ¿Y es esta una razon para juzgarle así? Los que de tal modo opinan, ¿no vieron las cualidades físicas de Leon? En su talla, en sus elementos físicos y en todas las demás particularidades de este diestro; ¿cabe otro sistema que proporcione mayor seguridad y lucimiento? Contesten los que lo vieron, y digannos si es posible que Leon diese preferencia á otro método, cuando este satisfacía á los espectadores, y aun á él mismo. Pero no se diga por eso, que esos arbitrios son ajenos del arte. Por el contrario, son necesarias muchas cualidades y poseerlas con sobrada perfeccion, para adquirir en dilatadisimo periodo, el crédito y justa fama

que siempre mereció el matador de toros cuyo juicio nos ocupa.

Llaman matador de sorpresa al diestro que, con el auxilio de su muleta, arregla la cabeza de los toros en menos tiempo que otro que ha sabido regularizar su acción y manejo para adquirir una completa defensa; que sin eludir ninguna de las reglas establecidas en el arte de torear, consigue matar considerable número de reses, y que siempre se hallan ocasiones de aplaudirle y victorearle, no puede con justicia censurársele ni darle otro título que consumado matador de toros y distinguido diestro. Tal es nuestro parecer y el de cuantas personas reflexionen antes de aventurar una expresión, que sin duda alguna es ajena al mérito que reconocidamente poseyó este lidiador. Recordemos su manera de trastear á los toros, su defensa con la muleta para con todas las situaciones en que las reses se le colocaban, y esto sólo bastará para que le aclamemos con entusiasmo, porque tal es el efecto que produce lo bien entendido, lo útil, lo provechoso y lo que se adapta al gusto y capacidad de todos.

Sentimos doblemente que la falta de apuntes no nos permita decir de él cuanto se merece ciertamente en el concepto de los imparciales: un hombre cual el de que tratamos fué siempre apreciable para los que en algo tienen las especialidades de su país, y para las que distinguen el mérito donde quiera que lo hallen. Quisiéramos por lo tanto dejar consignados sus hechos más notables, para

que se inmortalizaran cual el de otros muchos que esponemos.

Résanos decir de este aventajado diestro, á quien hemos visto trabajar en Sevilla, en una corrida para su beneficio, que sólo á sus grandes conocimientos le hubiera sido dado, más que á niuguno de los de su clase, defenderse de las reses á tan avanzada edad. Creemos que pasaba de sesenta años cuando trabajó la última vez, y falleció el año de 1854 en Sevilla, no dejando á su desconsolada familia mas medios de subsistencia, que el recuerdo de su honradez.

ROQUE MIRANDA.

Justo es que nos ocupemos de la biografía de un lidiador, que por muchas simpatías que abrigase para con los hijos de la córte, no son menos las que siempre nos mereció: cualidades demostró en distintas ocasiones, que lo hacen acreedor al más sincero afecto y que sentimos la suerte de la fami-

lia que abandonó á su muerte, cuya situacion fué ciertamente deplorable desde aquella fatal vicisitud.

A Roque Miranda, antes de considerarle como lidiador, hay precision de juzgarlo como hombre, puesto que sus condiciones sumamente recomendables en este concepto, lo elevan á una altura sin límites, que las más veces se tienen presentes para dispensar más ó menos consideraciones en la sociedad á cualquiera que las posea.

El nombre de este antiguo matador de toros, en la época á que nos referimos, ya habia llegado á nuestros oídos, no como una notabilidad en el arte de torear, sino como un hombre á quien se debia cierto respeto y veneracion. Las causas que en ello influian, nos llamaban en algun tanto la atencion, y procurando averiguar antecedentes, nos persuadimos de que en este personaje resaltaban más sus buenas cualidades como hombre, que su mérito como taurómaco. Tuvimos poco despues la satisfaccion de verle trabajar en su profesion, y aun cuando no reconocimos en Miranda una especialidad, vimos á un diestro de buenos deseos, de bastante pundonor y de estraordinarias simpatías. Cualidades eran estas por cierto que proporcionan la distincion de un hombre para con el público, aunque en la profesion que se elija, sea en parte limitado: no sucedia así, sin embargo, respecto al lidiador que nos ocupa, como resultará de los antecedentes que á nuestras manos han llegado y que relataremos seguidamente.

Roque Miranda nació en la villa y córte de Madrid, quizá en el año que daba término al siglo XVIII último: fueron sus padres Antonio é Isabel Conde, que por demasiada pasion á su hijo, no pensaron en incomodarlo para que adquiriese una regular educacion, como probabilidades habia para ello, s atendemos á los elementos que en esta parte siempre tuvo la córte. Prefirieron abandonarlo, á la que el párvulo se proporcionase, limitando sus pretensiones á la crianza que de tan absurdo y criminal abandono se desprende. El niño, no obstante, era llamado por las buenas inclinaciones, y como su imaginacion le dejase vislumbrar la suerte que la está deparada al que se abandona á la holganza y á las consecuencias que esta produce, ansió una profesion donde ejercitarse y hallar en ella su porvenir. Algunos dias tardó en decidirse para optar por la ocupacion á que debia aplicarse. Finalmente, llegó Miranda á cumplir diez y seis años, y con el motivo de haberse acercado al matadero en varias ocasiones buscando distraccion que le sacara de la fluctuacion de ideas que le preocupaban, tuvo el impulso de abrazar el ejercicio de torero, aunque en sus propias convicciones notaba que le era necesario algun elemento de que carecia. Volvió despues á la misma inaccion y de ella le hubiera sido difícil salir, si por entonces no se hubiera presentado á su vista un célebre matador de toros como Jerónimo José Cándido. Otro no menos célebre que el de que hemos hecho mencion, contribuyó no poco á la decision de Miranda por la profesion de li-

diador, pues en él reconoció las distintas particularidades defensivas del arte. Este lidiador, tan célebre como el que más, era el distinguido Francisco Herrera Guillen, y su escuela airosa y preservativa, fué la que contribuyó á que Roque Miranda se decidiese enteramente por el ejercicio de lidiador. Pero ya contaba diez y seis años, segun hemos dicho anteriormente, y á esta edad principia la reflexion del hombre y se fija en cierto modo el pensamiento sobre el porvenir, y Miranda nada veia en el suyo que le fuera beneficioso. Abandonado en su educacion, sin aplicacion á cosa que le fuera productiva, errante, digámoslo así, en el circulo de la alianza y victima del hastio que resulta de semejante conducta, no vaciló en abrazar una determinacion que diese fin á su estado y situacion violenta, y en consecuencia á todo ello adoptó la profesion de lidiador.

En tal virtud necesitaba Roque, como ya digimos, un maestro del ejercicio á que se aplicaba, para, bajo su direccion, conseguir los necesarios conocimientos. Por algun tiempo no se presentó persona adornada de tal título que se hiciese cargo del aprendizaje de Miranda, hasta que al cabo el expresado Jerónimo José Cándido lo tomó á su cargo, formando desde esta época, que seria la en que corrian los años de 1814, parte de la cuadrilla que á tan aventajado matador pertenecia. Nada ofrecen de notables los primeros tiempos de Roque Miranda, relativamente á su vida artistica, pues le faltaba lo más esencial para merecer en este género

de ejercicio la distinción que llegó á adquirirse, luego que los conocimientos y la práctica forman al diestro y lo presentan en su verdadera apreciacion. Roque Miranda podia sólo hacerse acreedor á más ó menos simpatías del público por sus buenas disposiciones y el deseo que abrigase de practicar adelantos en su profesion; pero no á otra cosa, respecto á que del ejercicio que habia abrazado no poseia sino esos conocimientos muy superficiales que aun no constituyen mérito ni lugar de reputacion. El maestro Cándido le dispensaba algunas consideraciones y aun le daba preferencia que Miranda aprovechaba, correspondiendo siempre del mejor modo posible, lo cual le servia de mucha utilidad para ir paulatinamente organizándose, hasta llegar al punto, que por último consiguió, del buen concepto tauromáquico que con justicia se le concede.

No decimos por esto que el lidiador á que aludimos fuese una gran notabilidad, no; pero tampoco fué uno de esos matadores de toros que pasan desapercibidos del público, ni de los que militan en el ejercicio sin pruebas de aceptacion ni simpatías. Roque no se halló en ninguno de estos; fué por el contrario un torero á quien el público consideraba mucho, distinguiéndole sobre manera y apreciándole hasta el extremo que otros no han conseguido jamás. Su partido entre los concurrentes á las fiestas de toros era numeroso y cada momento le daba pruebas inequívocas del afecto que le profesaba. Y no digamos que en esta oposi-

cion quepa ninguna parcialidad; el público en general siempre es justo y clasifica con acierto. Para demostrar esta verdad, entraremos en el análisis de la vida taurómaca de este diestro.

Digimos que Miranda, tuvo entrada en la profesión de lidiador por los años de 1814, bajo la dirección del siempre célebre Jerónimo José Cándido, cuyos conocimientos en la lidia fueron infinitos y dignos en realidad de tomar á su cargo la enseñanza de cualquiera que á este arte se dedicara; pero réstanos esponer la causa principal y más influyente á la adopción de Miranda por el ejercicio de torear. Los padres de Roque se hallaban colocados en Palacio y formaban parte de la servidumbre del rey (q. e. d.) D. Fernando VII, cuando las huestes francesas penetraron en España á título de su buen deseo en *proporcionarnos la instruccion necesaria para alcanzar la felicidad*, y tambien en los momentos en que el monarca español fué conducido al extranjero sustituyéndole (¡qué vergüenza!) el conocido por José I. Este rey intruso hubo de respetar las disposiciones de su antecesor, puesto que fué compendiosa la variación que hizo en las personas que componian la servidumbre de Palacio, formando parte de los inamovibles los padres del lidiador de quien tratamos. Este, aunque jóven y sin edad suficiente para formar juicio exacto de la política francesa, determinó no volver á pisar los umbrales de la real casa, mientras en ella no habitase su legítimo señor. En esta conducta demostró el jóven la firmeza de sus

principios y el carácter con que á su mayor edad debia estar dotado. Un hermano mayor tenia Roque, que marchó á Francia en seguimiento del rey, y á su vuelta fué invitado para tomar parte en unas cuantas fiestas de toros que tuvieron lugar en varias plazas subalternas, en celebridad del regreso y libertad del *deseado* en aquellos tiempos.

De resultas de estos antecedentes decidióse Juan Miranda, que tal era el nombre del diestro á quien aludimos, por la lidia, y lo que contribuyó especialmente la decision absoluta de Roque por la misma profesion; una sola diferencia hubo no obstante, y fué de que Juan se aplicó á la clase de banderillero, y Roque aspiró desde luego á la de matador de toros, pues en su grandeza de alma no cabian términos medios en la carrera que emprendiera. Así lo conoció bien pronto su digno maestro Cándido, que luego de imponerlo en los primeros rudimentos tauromáquicos, gestionó para colocarlo de media espada, y como no pudiese conseguirlo por entónces, se dispuso Roque á matar en algunas funciones de las ejecutadas en varios pueblos, en las cuales se acreditó lo bastante para que al siguiente año se le tuviera presente y fuera ajustado en la plaza de Madrid. No digamos que Roque supo adquirirse desde luego el buen crédito que el mérito inspira; pero si reconoceremos las simpatías que se granjeó, puesto que á ellas debió el mismo ajuste en años posteriores con aprobacion del público que lo victoreaba frecuentemente. Estos antecedentes y la irregularidad y buen giro que á su educacion artistica le diera

su maestro, debió despues consideraciones que no tributan jamás al que no las merece. La poca edad de Roque y su caracter simpático, no dejó de influir tambien en la creacion de un partido que decidióse por Miranda, el cual era tan numeroso como escogido, y que en breve hicieron correr su nombre por toda España, inspirando á todos el deseo de ver á tan novel lidiador. Miranda, como hombre pundonoroso, comprendió la obligacion que este proceder de sus amigos le imponia, y quiso corresponder dignamente precipitando los periodos de su carrera; por eso le vimos alternar poco despues con matadores de gran fama y justamente adquirida, ante los cuales se le veia esforzarse para no aparecer en inferior escala, aunque esto le era bien difícil en atencion á sus cortos conocimientos; pero lo que á Miranda faltaba en este concepto, sobrábale de pundonor y vergüenza: y nunca quedó rezagado ante aquellos que bien podian oscurecer sus triunfos por la superioridad de elementos. Corrian por esta época en que Miranda se dió á conocer como matador, los años de 1822, y aunque desde los de 1814 habia aparecido como espada, no le fué posible perfeccionarse, por dos razones de mucha importancia. La primera, porque los acontecimientos políticos llamaban extraordinariamente la atencion del público, y anteponiase todo á lo demás que perteneciese á distinto circulo, menguándose el número de funciones de esta especie, y la segunda porque Miranda siguiendo al gobierno á Cadiz habia abandonado su profesion por obedecer á la obligacion que contrajo al ingre-

sar en las filas de la milicia nacional de caballería á las cuales pertenecía. Sólo una vez ejerció en este tiempo su profesion, y esta á petición del público; salió en Sevilla á banderillar y matar un toro con el traje impropio del cuerpo de que dependía. Más no por esta circunstancia retrasó su carrera, y aunque en algun tiempo despues no trabajó á consecuencia de las persecuciones que sufrieron los que á este extremo condujeron su patriotismo; tampoco fué causa influyente en su empeoramiento, pues en silencio, y desde el rincon del escondite que lo ponía á cubierto del furor de sus enemigos, meditaba la manera de adelantar; y organizando en fantasia una completa funcion de toros, veía los instintos y propiedades de las reses, y evadía á su modo el peligro que aquellas le ocasionaban.

De este modo trabajó algun tiempo, y sus meditaciones no dejaron de servirle en adelante, por cuanto él mismo confesaba que de ellas habia sacado siempre un escelente partido. Despues quedó probada esta verdad, puesto que en nada decayó del crédito que el público le concedía. Su partido crecía y las afecciones que habia antes inspirado, no le retiraron jamás su proteccion. ¿Y cómo negar á Miranda esa general simpatía, hija en todos conceptos de su natural carácter tan noble y pundonoroso? ¿Es acaso proverbial la dispensacion de consideraciones á un hombre que cual el que hablamos reuna todas las consideraciones que se exigen para merecer bien del público? Nó, y mil veces nó; el público las reconoce siempre, y nunca deja de satisfacer

con su aprecio las buenas cualidades. Así aconteció con Roque Miranda, y así sucede con todos los que se hallan en el caso de este. Pero abandonemos estas reflexiones, y sigamos el curso de la historia de este lidiador. Una vez dedicó al toreo y bajo unos auspicios los más favorables, adquirió adelantos de bastante consideracion, hasta llegar á organizarse un matador de número, digámoslo así. Hasta que este caso llegó, ocupóse Miranda en torear por los pueblos, granjeándose cierta consideracion de no escaso interés para el que en algo estima su crédito. Pasó despues á torear en algunas plazas de provincias subalternas, y para estas se le buscaba ya como cabeza ó jefe de cuadrilla, y con ella prestaba su asistencia á las funciones, donde por punto general dejaba satisfecho á los espectadores, tanto en su trabajo como en el trato que le era natural. Despues de estos acontecimientos y de haber trabajado en casi todas las plazas del reino, aspiró sólo á pisar el redondel de la de Madrid, su pais natal, donde además de conservar muchas simpatías, tenia el convencimiento de que alternando en ella con los más afamados diestros que por entónces se conocian, se perfeccionaría más y más; único modo de ocupar despues un lugar eminente entre los de su clase y profesion. No le fué fácil cumplir este deseo por algun tiempo, pues á ello se oponia tanto los compromisos que los contratistas tenian contraidos con otros espadas de esceleute reputacion, como así mismo los antecedentes de Roque Miranda, contrarios enteramente á los que por entónces disponian

en todo, en razon á su igualdad de opiniones con las que tenian á su cargo todas las dependencias del Estado.

Difícil situacion prometia estas circunstancias á Roque; pero este estaba decidido á sufrir sus rigores antes que faltar á sus convicciones, y por ello lamentaba su posicion, pero no se arrepentia de las causas que la originaban. Pasaron los primeros impetus de las ociosidades y de las horribles venganzas que ocasionan estos extremos, y unida esta particularidad á la reclamacion de infinito número de personas, hubieron de permitir que Miranda, fuese escriturado y saliese á torear en la plaza de Madrid, cuya poblacion le vió nacer. Efectuó su salida, pero ocupando un puesto inferior en la escala de matadores, y por eso nos abstenemos de mencionar los hechos que produjo en aquella época este lidiador. Pero el tiempo corrió velozmente, y concluida la temporada á que aludimos, ya se consideraba á Roque de distinto modo, y á consecuencia de ello pasó á torear despues á las plazas de Andalucía, y entre ellas la de Sevilla, considerada bajo todos conceptos una de las más principales de España, tanto por la inteligencia de los espectadores, como por la calidad del ganado que en ella se lidia. Ultimamente, llegó el año de 1834, y en la temporada de este, fué Miranda ajustado de primer espada, siendo su segundo el luego célebre Francisco Montes, que tan numeroso era el partido de sus amigos y adictos. Ya por esta época es lícito que nos detengamos de cierta manera para formular el

juicio crítico de este matador, puesto que ya no se trata de un bisoño en el arte, sino por el contrario, de un primer espada con todas las prerogativas de tal, y alternando con uno de los mejores toreros de la época, en el concepto general.

Roque Miranda no desmerecía del puesto que ocupaba: esta es la manera de juzgarle en globo, pero analizando sus particularidades, debemos confesar que además poseía cierto conocimiento y práctica que le recomendaba muy mucho y lo dejaba airoso en casi todas las situaciones difíciles que la casualidad le proporcionaba. Y á pesar de expresarnos así, también diremos que á Roque faltaba algo, que en este momento no es difícil definir, pero que á su debido tiempo lo echaremos de ver. No se mostraba cobarde ante las reses, y sin embargo, faltábale valor: tenía práctica en las distintas suertes que constituyen el arte de la lidia; y con especialidad en algunas que eran más favoritas y que por lo tanto ejecutaba frecuentemente; y no obstante dejaba que desear en su desempeño. Comprendía perfectamente su misión como jefe de una cuadrilla, y sus disposiciones no eran por lo regular las más atinadas: sus conocimientos en las reses no dejaban de ser grandes y cual puede apetecerse en un espada; y á pesar de esta circunstancia no correspondía en ocasiones á lo que de todo ello se esperaba; y en conclusion, tenía excelentes dotes é inspiraba una general simpatía y no entusiasma-
ba á los espectadores. Difícilmente podrá hacerse la clasificación conducente de un diestro de seme-

jante naturaleza, pero creemos que la única posible y que en nada rebaje la justa reputacion que dejó á su muerte, es la de que siendo buen torero, no era oportuno.

El arte debe en nuestro juicio, hallarse adornado de esta última cualidad, para merecer el título de excelente, la persona á quien se refiera. Pero no es esto sólo lo notable en Roque Miranda; lo que más llamó la atención en este diestro, es que tenia adquirido el más intenso convencimiento de si propio, lo cual es muy natural que todos conozcamos, así como difícil que lo confesemos; este aventajado lidiador no cedió jamás el puesto que por su antigüedad debía conservar en la plaza de Madrid, y sin embargo tuvo la condescendencia de permitir el ajuste en una ocasion, con la cláusula de que se le antepusiese otro matador de toros más moderno, al cual cedió generosamente su puesto, porque sin duda reconocia en él cierta superioridad, ó por lo ménos quiso que el público de la córte viese trabajar á uno de los más consumados lidiadores de la época moderna, aun á costa de tal sacrificio por su parte. El matador de toros á quien aludimos, fué el célebre y aventajadísimo Juan Yust, que á no haber ocurrido su muerte, se habria antepuesto á todos, porque á sus buenas cualidades morales, reunia las físicas más recomendables que elejirse pudieran. Miranda le cedió el puesto, y con ello, segun nuestro modo de pensar, ganó más de lo que á primera vista aparece, y acreditó con esa accion las buenas prendas que le atribuian sus amigos.

Distintas son las versiones de que Roque Miranda fué motor, que reafirmeremos por su órden de antigüedad, y en los terminos que puedan apreciarse en su justo valor.

Nos haremos cargo de lo ocurrido en el año de 1828. Anuncióse la corrida que debia verificarse en la tarde del lunes 15 de Octubre del referido año, y los carteles espresaban los nombres de los matadores que en ella debian trabajar, los cuales eran Antonio Ruiz y Manuel Parra. Estos espadas merecian ciertas diferencias de la autoridad encargada en la direccion de estos espectáculos, y por ello se les preferia en los ajustes, aunque el público reclamase á otros lidiadores. No diremos por esto, que los aludidos fuesen menos acreedores que los demás; convencidos estamos de lo contrario, y así lo prueba el juicio critico que de Ruiz (el Sombrero), hicimos al tratar de él en su respectivo lugar. Nuestro deber se concreta á referir los hechos y á desentendernos de las causas. Siguiendo, pues, en la descripcion de este acontecimiento, diremos que por razones de la aversion de esta autoridad hácia Roque Miranda, este estaba privado de trabajar, y pospuesto á otros más modernos y menos simpáticos para el público. Esta circunstancia produjo que muchas personas criticasen la parcialidad de que hemos hecho mencion, y la desaprobasen en todas sus partes, llegando hasta el punto de que se hiciera cuestion pública y casi general. No dejó de animar á Roque Miranda el giro que este negocio habia tomado, y por ello permitió á su mujer que se

presentase á S. M. el rey Fernando VII, mediante á que á esta no le era difícil en virtud á la protección que la dispensaban muchas personas de suposición en palacio, y le refriese al monarca el espíritu de intolerancia de que era víctima. La esposa del lidiador á que nos referimos, utilizó sus relaciones para el mejor éxito de la pretención, y como fuese presentado á S. M., y le refriese el interés que el público tenía en que Roque Miranda saliese á torear, y la oposición que para ello se presentaba por la autoridad que entendía en el permiso para ello, ofreciósele por el rey la reparación de semejante injusticia. En efecto, el día 11 de Octubre del mencionado año de 1828, que fué el cuarto posterior á la presentación de esta señora á S. M., se fijó con la mayor precipitación un aviso que, copiado literalmente es como sigue.

Aviso al público.—Habiendo mandado S. M. en su real orden de 7 del corriente, que se permitiera trabajar en la plaza de toros de esta corte al espada Roque Miranda, lo verificará éste en la corrida de la tarde del 15 del corriente, en cumplimiento de dicha soberana resolución, y matará los toros que le cedan sus compañeros. Madrid 11 de Octubre de 1828 »

Dos cosas se notan en la redacción del anuncio que integro dejamos copiado. La primera en nada favorece á su autor, por que deja conocer el disgusto con que cumplimentaba la real resolución que en él mismo se alude; y la segunda, la generosidad del monarca, que cedía á simples instancias por la sa-

tisfaccion de reparar una injusticia, que aun no siéndolo, se consideraba como tal por cierta parte del público que era decidido apasionado del lidiador Miranda,

Ocupémonos de la conducta de los compañeros de Roque en esta tarde. Antonio Ruiz le cedió el primer toro con el mayor gusto; Luis Ruiz tambien practicó otro tanto, y últimamente, Manuel Parra siguió la conducta de sus compañeros. Roque no olvidó la obligacion que este proceder le imponia, y supo corresponder de un modo que dejó enteramente satisfechos á los espectadores.

En esta ocasion lució Miranda su destreza, y el público se congratuló, consiguiendo ver en el redondel á un lidiador á quien en tanta estima tenia.

No queremos omitir tampoco, ya que de este incidente nos hemos ocupado, ni aun las ganaderias, á las cuales correspondian las reses que en esta funcion perecieron á manos del diestro que motiva esta boigrafia,

El primer toro que mató la tarde en cuestion, era procedente de la ganaderia de D. Diego Muñoz y Pereira, vecino de Ciudad Real; el segundo de la de D. Joaquin de Guendulain, vecino de Tudela de Navarra, y el tercero de la respectiva á D. Juan Zapata, de Arcos de la Frontera. Los picadores que trabajaron tambien debieron á Roque muy excelentes quites; eran estos los aventajados Alonso Perez y Juan Martin.

Ya hemos manifestado el júbilo que el público recibió al leer el anuncio ya transcrito, y ahora di-

rémoo que algunos de los aficionados al toreo y de los adictos á Miranda, condujeron su entusiasmo á un extremo que suficientemente dejaba manifestado el aprecio que le dispensaban. Muchos celebraron el permiso que á este diestro le fué concedido de real órden, y cada uno lo practicó á su manera, siendo una de ellas la composicion de unos cuantos versos que con profusion corrieron de mano en mano; pocos nos han sido posible reunir de los conservados desde aquella fecha; pero entre ellos haremos mencion de unos que espresan la situacion de Miranda, y la oposicion que habia existido para que ejerciese su profesion en la plaza de la córte.

A ROQUE MIRANDA (RIGORES).

He visto con gran placer
que ya te busca la suerte,
pues que para dar la muerte
la real órden te dió el sér:

No dejes de conocer
que el público te ha obsequiado
sirvele bien; más cuidado
que al momento de lidiar,
en lugar de ir á matar
no te veamos matado.

Es suerte que hayas triunfado
de quien tan mal te ha querido,
y tanto te ha perseguido

hasta haberte perdonado;
 si quieres seguir amado
 de todo Madrid entero,
 acuérdate de un Romero,
 del muy diestro Costillares;
 y si á aquellos unitares,
 serás siempre un buen torero.

No nos ha movido, al insertar estos versos, la idea sublime que de ellos hayamos formado, tanto de su mérito literario como de la originalidad del pensamiento; ambos extremos son bastante limitados, y no es ciertamente la consideracion á ello lo que hemos tenido presente; es sólo demostrar la importancia del sujeto de quien tratamos en su esfera tauromáquica, la que deseamos hacer valer para que nuestros lectores formen idea del numeroso partido con que este diestro contaba, y el poderoso elemento que tenia en su favor

No supo utilizarlo, sin embargo, pues en este caso ya habria sacado de ello mucho más partido del que en realidad consiguió; en lo que debemos culpar más á sus cualidades morales que á las físicas. A pesar de ello, este incidente que hemos relatado contribuyó extraordinariamente á que Roque Miranda adquiriese una popularidad sin límites; y á que en los años siguientes fuese buscado con avidéz para escriturarle en la plaza de la córte con el caracter que le pertenecía, lo cual sucedió en efecto como se deduce de la relacion que antes hicimos,

de las vicisitudes de las funciones de toros en la plaza de Madrid.

Desde esta época continuó Roque Miranda en el ejercicio de su profesion, tanto en la plaza de Madrid como en algunas de las de provincia para que era llamado, hasta que en la temporada de novillos del año de 1830, fué invitado por cierto número de aficionados para picar los dos toros de muerte que en la funcion correspondiente al dia 25 de Diciembre de dicho año debía tener lugar.

•Agradecido el espada Roque Miranda á los favores que le dispensa este respetable público, se ha propuesto picar en esta funcion los dos toros que su hermano Juan ha de matar por primera vez en esta plaza. • Despues decia: •Seguirán dos toros de muerte de la acreditada ganaderia de D. Mariano Garcia, que anteriormente perteneció á D. Ramon Zapater, vecino del Colmenar, con divisa azul turquí, los que picará Roque Miranda, y estoqueará Juan Miranda, acompañado de la correspondiente cuadrilla de banderilleros, etc. •

El público que á la fiesta anunciada acudió, estaba dispuesto á perdonar algo al improvisado picador de toros, puesto que no era aquella su verdadera profesion; pero nada encontró que le estrañase; y por el contrario, muchos motivos de aplaudir la perfeccion con que ejecutaba unas suertes ajenas enteramente para Roque. Sus adictos repetian y prolongaban los aplausos que la generalidad de los concurrentes tributaban á Miranda, y con la mayor aceptacion de todos terminó la fiesta en que

este diestro alcanzó muy señalados triunfos.

No es esta, sin embargo, la única vez que demostró sus disposiciones en el arte de la lidia, generalmente considerada, pues ejecutó en varias ocasiones otras suertes también ajenas á él, y que en su práctica mereció infinitos aplausos é inequívocas muestras de completa aprobación.

¿Pero debemos por ello fomar el juicio crítico de Roque? No, debemos conocer por estos hechos sus muchas disposiciones para la lidia, y su fuerza de afición y voluntad; pero esta circunstancia no nos debe evitar el conocimiento de su verdadero análisis como torero y matador.

Antes manifestemos las cualidades que en él reconocimos, y en ellas aparece cierta discordancia, que despues de explicarlas cual es conducente, veremos de dónde dimana la falta de perfeccion del diestro. Roque Miranda nació para ser un excelente torero, si á su costado hubiera tenido un buen maestro que, haciéndole comprender los extremos del arte en todos los casos difíciles que se presentan, con especialidad á la suprema hora de la muerte de los toros; más esto le faltó en el primer tercio de su aprendizaje, y necesitado á girar por sí, no pudo adquirir lo que de otro modo le habria bien sido fácil. Un ejemplo de ello tenemos en varias suertes que que se le veía practicar con el mayor acierto, porque á otro matador de su época se las habia visto y aprendido con la más consumada perfeccion. Hablamos de volapiés: los que recuerden este género de suertes en Roque Miranda y hayan visto al céle-

bre Juan Leon, no nos negarán nuestro tino en discurrir. Mas aunque en el sentido de matador de toros faltábale á Miranda esa generalidad, ¿habremos de negarle celebridad? No lo creemos justo; nadie lo esplica mejor que el crédito y reputacion que supo adquirirse, por cierto bastante distinguida. Y no digamos que esta reputacion se limitaba á determinados pntos: en Madrid es conocido el que disfrutaba, y si las circunstancia de ser hijo del país, y de reunir muchas simpatías, la consideramos causa principal de ese buen crédito, tambien podemos citar otras ciudades y capitales en que el público le admitia con entusiasmo que no disipaba despues de verlo trabajar. Díganlo Sevilla, Valencia, Reus, Brihuega, Albacete, Almagro, Ciudad Real, Murcia, Haro, Bilbao, Pamplona y otras plazas en que repetidas veces fué ajustado. Esta es la mejor prueba de su indisputable mérito.

Hasta aquí podemos avanzar en la definicion tauromáquica de Miranda; hasta aquí tambien lo que arrojan los apuntes y antecedentes que de este diestro hemos podido adquirir en el concepto de su verdadera posicion. Pasemos á otros de los incidentes que lo elevaron más, y por qué á su fallecimiento lo igualaron á los de más nombre en la lidia.

Serian los años de 1816 cuando Miranda era uno de los que contaban con la más decidida proteccion del distinguido Gerónimo José Cándido, lidiador de muchos conocimientos y de una consumada maestria. Ansioso este de que su discípulo se luciera y

que diera á conocer sus superiores disposiciones para la lidia, preparó en una funcion de toros la salida de uno, que por su extraordinaria configuracion le llamaban el toro *Enano*, el cual debia ser picado, banderilleado y matado por Miranda; este no repugnó aquella especie de prueba, y llegada la hora de la corrida y la salida de la res en cuestion, apareció Miranda á caballo vestido de picador, y con un desembarazo más propio de un acreditado caballista, que de un simple lidiador de á pié: ejecutó la suerte de varas hasta que la autoridad dispuso la de banderillas. Roque se apeó en el momento y despojándose con la mayor prontitud del pesado traje de picador que cubria al de banderillero, practicó las suertes que á este periodo competen, pasando últimamente á estoquear al toro con el mayor acierto y aprobacion del público, que sin cesar le aplaudia y colmaba de vítores y aclamaciones.

No fué en esta ocasion su maestro Cándido quien menos satisfaccion recibió al escuchar las significativas muestras que el público prodigaba á su protegido, tanto más cuanto que él mismo conocia á j usticia con que obraba. Tambien este buen torero dió parabienes á su ahijado y le anunció una ventajosa posicion en el arte, si continuaba en los términos que habia principiado.

Otros hechos notables se refieren de este diestro, que tuvieron lugar en varias plazas de provincias, los cuales no enumeramos por no molestar la atencion de nuestros lectores, Baste lo dicho, que sin

duda es suficiente para formar de él un verdadero conocimiento.

Progresando con bastante rapidez continuó Miranda hasta el año de 1828, cuya época fué en la que estuvo más feliz; pues consiguió rivalizar con cuantos matadores de toros se conocían por entonces. Antes hemos hecho mención de todos ellos, y por lo tanto creemos inútil recordar sus nombres. Limitándonos, pues, á la relacion del lidiador que nos ocupa, y habiendo demostrado lo más principal de cuanto se le ha concedido, pasaremos á hablar de los últimos años de su vida, no sin consignar antes que, como nuestros lectores habrán conocido, pasó de este diestro la más perfecta época de su lucimiento, en razon á que sus opiniones le privaron de ser admitido entre sus compañeros: hasta tal extremo era conducida por entonces la aversion á las ideas liberales.

Nos hallamos en el año de 1841, cuando Roque Miranda fué empleado por el ayuntamiento de Madrid, nombrándole administrador del *matadero*: más este cargo debía durarle poco, pues no era el más á propósito para sus instintos. No obstante, sirvió el destino hasta la temporada de toros del siguiente año de 1842, en que por razones de compromiso que él mismo buscó, fué escriturado como matador de toros en la plaza de la córte, sin fijar su consideracion en que este extremo estaba precisamente en oposicion á su calidad.

Anuncióse públicamente su salida á torear, y los concejales hubieron de pedirle esplicaciones que él

satisfizo cumplidamente, toda vez que aquellos señores le concedieron permiso para torear cuatro corridas. Trabajó en estas y otras posteriores, como no podía menos de suceder, atendiendo á su contrata, y entonces el ayuntamiento se vió precisado á disponer la separacion de Roque del establecimiento á que aludimos, la cual tuvo lugar seguidamente, quedándose reducido á su principal profesion. No queremos calificar esta conducta; pero á nuestro modo de ver, no fué por cierto la más atinada en quien como él hallábase ya en una edad en la que ha pasado la agilidad que se reclama para el ejercicio de la lidia. Bien pronto debió conocer los resultados de su indiscrecion: el día 6 de Junio del citado año de 1842 sufrió una cogida terrible en la plaza de Madrid, de la cual sacó tres cornadas del mayor peligro, por un toro de la ganaderia del duque de Veraguas. Mucho necesitó para su completa curacion; pero Miranda no atendia á esta importante circunstancia, y como fuese llamado á torear en Bilbao, emprendió su marcha para aquella poblacion, donde se hallaba Montes, que fundándose en que aun no tenia sus heridas cicatrizadas, no permitió que trabajase.

Regreso á Madrid, y mejorado trabajó dos funciones en esta última plaza, que fueron las últimas en que dejó verse de un público que tanto le apreciaba.

Achacoso ya y constantemente ocupado en una vida tan agitada como la de un diestro, formósele una fistula entre las dos vias. Los facultativos que

fueron buscados para su curacion, eran quizá de sus más apasionados, y tal vez el deseo de sacarlo cuanto antes de la situacion que le ocasionaban sus padecimientos, fueron causa de que equivocasen el método y contribuyesen á su muerte. Por último, despues de graves sufrimientos y tres operaciones crueles que sufrió, exhaló Miranda su último quejido en la noche del 14 de Febrero de 1815, en los brazos de su tierna esposa y una hija que ignoramos si hoy existen.

Tales son los antecedentes de Roque Miranda, á quien fáltanos juzgarlo como privado, en cuyo análisis no entraríamos seguramente, si temiéramos no quedar completamente airosos en la relacion descriptiva de sus costumbres particulares.

Su conducta pública estaba en completa consonancia con la privada, y así es que si del público recibia muestras de un aprecio y consideracion ilimitada, entre su familia no era menos querido, por la razon de que además de poder titularse buen jefe de ella, era al propio tiempo el más amable esposo y razonado padre y favorecedor de los demás parientes. Favorecia á estos aun más allá de lo que sus facultades le permitian; no vacilaba nunca en sacrificar sus intereses, con tal de que resultase en provecho de aquella; y últimamente, podia llamarse el mediador y conciliador. ¿Y qué diremos de su conducta pública? ¿Qué de sus tratos, de su formalidad, de su buena fé y de las demás cualidades que recomiendan al hombre en sociedad? Nadie se ha lamentado aun de perjuicios que por el procedi-

miento de Roque se le hayan ocasionado en ningún tiempo; todos le concedían estas dotes, y nadie pronuncia su nombre sino para hacerle en esta parte la debida justicia. Jamás se vió amnestado por autoridad alguna, y habría seguramente pasando á la eterna mansion sin conocer los rigores, ni aun de la persecucion, si no hubieran mediado las circunstancias politicas que tanto influyeron en perjuicio de sus intereses. Podemos decir sin incurrir en equivocacion, que Roque Miranda era uno de esos hombres de instintos los más benignos y excelentes, y que al paso tenia formado un verdadero concepto de lo que vale un hombre de bien, y dándose este aprecio, no se separó jamás de la senda que está marcada por la ley de la sociedad á los que á semejante título aspiran.

Por todo ello se nombra á Roque Miranda con cierto respeto, que será conducido con su nombre á la más remota posteridad.

FRANCISCO MONTES.

(PAQUIRO.)

Circunstancias excepcionales hacen que no siempre pueda un escritor presentar sus trabajos al público con la exactitud que deseara, y todo lo nutrido de antecedentes que fuera de su agrado, para satisfacer cumplidamente á los lectores; pero por la misma razon de que en ello hay un especial em-

peño, pocas veces se consigue sin descender en cierto modo y determinadas particularidades. Hoy no es esta nuestra posición en un concepto, más quisiéramos al tratar del lidiador de quien hemos de hacer mención, demostrar minuciosamente todos y cada una de las causas que hayan podido influir en la revolución que en el toro causó y en todas las demás que contribuyeron á su sobresaliente crédito. No obstante, el buen deseo que nos asiste subsanará mucha parte del inconveniente contra quien tuvimos que luchar.

Nos vamos á ocupar de la biografía del lidiador que más reputación ha conseguido en los tiempos modernos. Esta circunstancia ocasiona naturalmente que sea en realidad la que más meditación necesite, puesto que además de la importancia que á este diestro se le concedía, y que ciertamente tuvo también un indestructible apoyo en la opinión pública, que á fuerza del afecto que se le profesa, suele en ocasiones aparecer parcial hasta el punto de negar ó conceder todo y no parte. Resvaladizo es el terreno por donde debemos transitar para fundarnos en el juicio crítico que del matador de toros cuyo nombre figura por cabeza de estos apuntes, debemos hacer con la franqueza é imparcialidad que acostumbramos; pero por más delicada que esta misión parezca, no desistiremos de continuar nuestra marcha, basada en profundas convicciones y en el resultado que la experiencia nos ha proporcionado.

Al tratar de este célebre lidiador, quisiéramos

haber podido reunir todos los datos más esenciales de su vida tauromáquica, para consignarlos en nuestra publicacion; pero esto, que con tan buena fé hemos ansiado y procurado poseer, no nos ha sido posible adquirir, bien á nuestro pesar. Ni buscando la mediacion de los más íntimos amigos de Francisco Montes, ni las reclamaciones que directamente hicimos al mismo, ni ninguna otra diligencia de las practicadas, fueron suficientes para que se nos dieran los antecedentes de su vida política y artística.

Es verdad que jamás nos fueron negadas; pero es tambien exacto que no se concedieron. Sin ellas, ¿qué recurso quedaba al biógrafo? Recurrir á muchas de las personas que con su amistad se honraron desde que abrazó la profesion de lidiador y que estos nos facilitáran lo limitado que les era dado y posible y contentarnos con esta simple adquisicion. Dudamos al propio tiempo que semejante conducta fuera hija de la voluntad de Montes, que nada habia de temer de nuestra pluma, toda vez que su reputacion estuvo á mayor altura de la que pueden alcanzar los dardos de un juicio critico, siempre fundado y nunca parcial, como se vos debe suponer.

Repetimos que por ello abrigamos un sentimiento, siquiera porque no nos es posible complacer á nuestros lectores, dándoles una biografia exacta en todas sus partes de los acontecimientos más esenciales de un lidiador tan acreditado como Montes; pero en medio de esta imposibilidad, pro-

curamos cumplir en el concepto de criticos, de modo que poco dejemos que desear.

Es indudable que Francisco Montes nació para lidiador de toros, si atendemos á las dotes físicas conque la naturaleza lo adornó; pero tambien es cierto que si estas facultades no se hubieran hermanado con algunas cualidades morales, tampoco se habria distinguido tanto, ni merecido el crédito que llegó á disfrutar.

Puede atribuirse asimismo la cualidad de afortunado, porque en los tiempos de su agilidad, hubo una decidida proteccion por el arte de la lidia la cual se condujo hasta el extremo de haber creado una escuela de tauromaquia y colocado en ella para la enseñanza de los alumnos á este ejercicio á dos hombres eminentes en el arte, que no economizaban sus lecciones y que supieron dar á la escuela la forma más conducente para el aprovechamiento de los que á la misma asistian para seguir despues la profesion de torero.

Importante fué para Montes este elemento de educación, pues sin él tal vez no habria jamás llegado á la altura que ocupó. Esenciales eran á la verdad para un aprendiz de lidia, las lecciones que recibia en el terreno de la práctica bajo la direccion de los dos maestros Pedro Romero y Gerónimo José Cándido, los dos á cual más dignos para un cargo de semejante naturaleza.

Consultemos los resultados y estos nos demostrarán la exactitud de lo que encomiamos. Estas particularidades reunidas, parecen que indicaban

la oportunidad para abrazar la profesion de lidiador á todo el que tuviese disposiciones para ello. Asi era en efecto; ni un solo alumno de aquella época ha dejado de manifestar el aprovechamiento que le sirvieron aquellas lecciones que le fueron dadas en los primeros ensayos de tareas artisticas. Y es asi los dos antiguos diestros que utilizaron para la direccion de aquel establecimiento, fueron sin duda alguna los más autorizados de la época: sus vastos & profundos conocimientos en las reses y en el arte de lidiar, garantizaba la eleccion del nombramiento, porque á ellos nadie igualaba.

Despues de los conocimientos más ó menos latos, más ó menos exactos que Montes adquirió en la escuela de tauromaquia, hubo de cesar aquella y verse nuestro hombre precisado á continuar por sí en el ejercicio, tanto porque ya habria formado la intencion de abrazar la profesion de torero, cuanto porque su situacion parecia exigirlo en razon á sus inclinaciones tambien. En este caso parecia prudente que Montes se proporcionase un matador acreditado, para á su lado y bajo su direccion perfeccionarse lo más posible y poder seguir luego adelantando en el terreno de la práctica; pero si tal era la obligacion que tenia, la desentendió sin duda segun la distinta conducta que siguió, si el relato que de estos sucesos nos han hecho, no es todo lo verídico que lo conceptuamos.

Crejó sin duda que se encontraba en camino de adquirirse por si propio lo que para su perfeccionamiento faltaba, y aun opinamos de que sus de-

deseos fuesen los de no merecer nada á ningun otro matador de los que actuaban por la época de su aparicion. Dificil le fué la particularidad de que fijasen la consideracion sobre él, como asi parece consiguiente atendiendo á las ningunas noticias que el público tenia de este hombre, oscuro todavía en el concepto de lidiador; pero antes de estacionarse bajo la tutela de otro, quiso sufrir los rigores de la suerte, por más contraria que esta se le presentase.

Tales parecen ser los primeros acontecimientos que hubieron de tener lugar en la historia de las vicisitudes del matador de toros á quien aludimos, después que figuraba como uno de tantos en el gremio taurino.

Francisco Montes debia su nacimiento y crianza a la villa de Chiclana, y á esta poblacion se retiró para en ella aguardar la ocasion de manifestar la importancia en el arte de la lidia. Algun tiempo pasó sin que utilizado fuera en este concepto; más el sufría esta postergacion tan resignado como el que más, ocupándose una que otra ocasion en torear reses bravas que á aquel matadero eran conducidas. Asegúrase tambien por personas regularmente autorizadas, que Francisco Montes era por entonces buscado con avidez para conducir á su terreno á las reses estraviadas, lo cual practicaba con el auxilio de una capa ó manta, consiguiéndolo en todas ocasiones de una manera sorprendente, por cuya razon se le atribuye de estas causas, la procedencia de su acierto en el toreo de capa, que

fué sin duda al que más afición le tuvo desde que á la lidia se dedicó. Todos estos antecedentes y algunos que otros también de interés, dieron una idea á muchas personas de que Francisco Montes estaba llamado á figurar entre los matadores y á ocupar un puesto bastante aventajado entre los mismos. Por espíritu de inclinacion quizá, hicieron mencion de este diestro y la voz circulaba de boca en boca, comentada hasta el punto que suele acontecer; y aquí tuvo origen el principio del conocimiento del lidiador á que hacemos referencia.

Un cierto número de funciones se le proporcionaron por las mismas razones que llevamos expuestas, y en ellas demostró que no era favor que se le dispensaba lo que se referia entre sus adictos, sino justicia y verdad deducida de sus hechos. Parecia muy natural que segun se aumentaba su reputacion fuese este también adquiriendo posicion, avanzando por consiguiente en categoria y ocupando asimismo otras plazas de las de primer orden y mayor importancia. Se oponia á todo ello la circunstancia de que tres muy acreditados matadores de toros, eran reconocidos como lo más sublime del ejercicio, y los públicos preferian estos conocidos á otros cuyo mérito fuese problemático; pero habia un término medio que adoptar, y este era prestarse á trabajar sin pretensiones y sólo con el objeto de darse á conocer; más también á la realizacion de este medio se ocurrían inconvenientes que vencer, los cuales, si bien no eran de entidad, podían no ser valederos, pues pendían en el aprecio

más ó menos positivo de personas cuya situacion lo alejaban de toda influencia presente, si no de anteriores consideraciones. Francisco Montes determinó pasar á la córte despues de proveerse de una recomendacion para el conocido y simpático matador Roque Miranda, la cual procedía del distinguido Gerónimo José Cándido que, en efecto, no dejó de servirle de inmensa utilidad.

En unas funciones de toros que debian verificarse en la plaza de Aranjuez, practicó Montes su primera salida para ser reconocido por el público de estas inmediaciones, y no puede lamentarse seguramente de haber pasado desapercibido. Infinitos aplausos se le prodigaron en aquella tarde, en la cual no estuvo por cierto desatinado. Regresó á la corte nuevamente, y como se dispusiesen distintas corridas fué Montes escriturado por las funciones de aquella temporada, haciendo su primera salida en la misma, la tarde del 7 de Mayo de 1832. El primer espada Antonio Ruiz (El Sombrero), bajo cuya direccion estaba la plaza, no dejó tambien de influir en favor del diestro que nos ocupa para su ajuste, y desde entonces nada podremos decir que iguale á la velocidad con que Montes consiguió crearse la más distinguida de las reputaciones, aumentando en la misma proporcion el número de sus amigos y adictos.

Antonio Ruiz dejó de llamar la atencion al público de Madrid, y al siguiente año Francisco Montes fué ajustado con Roque Miranda, á quien asimismo se antepuso. Los que hasta esta época lo

habían mirado con una glacial indiferencia, ya aspiraban á un simple saludo del nuevo matador de toros; los que antes de su crédito negaban sus buenas cualidades, ya se ocupaban en elogiar hasta la más insignificante de sus acciones en el redondel, y todos á una voz encomiaban á Montes donde quiera que al mismo se mencionaba. No es extraño de que este matador de toros metodizase su conducta en tamañas circunstancias, pues se le presentaba la ocasión más favorable de utilizar y hacer valer la habilidad, destreza y maestría debida á su inteligencia. No queremos dejar abandonada la senda de imparcialidad que nos hemos trazado desde luego, y por lo tanto debemos decir, que no obstante lo merecido por Montes en aquella época, aun le restaba algo que observar en las reses para titularse un completo lidiador. Despues avanzó á este último esremo, y unidos sus conocimientos al valor y serenidad, cuyas dotes tan características le fueron siempre, llegó al apojeo que podía aspirar. Su nombre corrió por todos los ángulos de España y del extranjero: todos ansiaban la ocasión de conocerle, y este deseo fué tan vehemente hasta para las clases más elevadas, que procuraron una ocasión para admirarle, y tuvo su realización en una de las poblaciones más inmediatas al conflu de España, donde concurrieron principes y dignatarios que se disputaban la ocasión de prodigar obsequios al lidiador español.

Notable revolucion causó Francisco Montes en el arte de torear; notable tambien fué siempre su

sistema que jamás alteró por ningún motivo; pero más notable y extraordinario fué el furor que causó en el público de España, generalmente hablando, durante los buenos tiempos de su carrera tauromáquica. Ni un sólo hombre de los que afición profesan á este género de espectáculos ha dejado de desear la amistad de Montes, por preocupado que fuese en las rancias ideas de los antepasados. ¿Y no explica esta parcialidad mucho más de lo que nosotros pudiéramos decir de este diestro en abultados volúmenes? Ciertamente que sí; nada más espresivo que el lenguaje de los hechos; y nada más significativo que la observacion de los resultados. Francisco Montes supo adquirirse un crédito casi general; también supo sostener á gran altura las simpatías que el público le hubo una vez dispensado, y de este modo las cosas, optó por retirarse, cuya conducta debió haber seguido sin alteracion, puesto que nada le restaba que añadir á su corona triunfal. Algo debemos dispensar también al que nunca se deslizó del terreno que debía ocupar, y por lo tanto, no queremos censurar este último mal paso de su vida taurina.

Volviendo, pues, á tratar sobre las consideraciones que este matador ha merecido por razon del perfeccionamiento que dió á la lidia, diremos al propio tiempo, que juzgado bajo este solo aspecto, no habria seguramente alcanzado tan señalados triunfos, como la esperiencia nos lo demuestra, al consultar la de otros diestros tan acreedores como el de que tratamos, si la época no le hubiera favorecido

tanto. En los años de la aparición de Montes, yacia la afición á toros en un estado particular de postración, que reducía considerablemente el número de los adictos á este espectáculo, y aun reinaba también una indiferencia en el gusto de los concurrentes, que no parecía sino que era llegado el tiempo de que las corridas de toros tocaban á su término. En este caso, parece natural que á la simple presentación de un diestro desconocido, podría ser fácil una completa revolucion en estas funciones, asi como la reaccion del gusto antes perdido por los aficionados, siempre que el nuevo campeon mereciese alguna distincion ó algun valor de extraordinaria especie; por lo tanto, el tiempo en cierto modo favorecia á este diestro en el concepto de oportunidad para constituirse el regenerador del arte. Montes no dejó de comprender su situacion, y aun cuando su estado de adelantos por entonces no era el más distinguido, tenia sin embargo muy excelentes condiciones para quedar airoso en el cometido que se habia impuesto, las utilizó como debia y todos conocen el crédito que supo adquirir por esto á que damos el nombre de cuestion de oportunidad.

Pasando ahora á la cuestion de habilidad y maestria, ¿qué diremos de Montes? Diversas son las opiniones que existen sobre el fundamento de su reputacion. Unos la atribuyen á las muchas facultades físicas de que siempre hizo alarde, otros á este elemento y á su mucho corazon para las reses, y los más, últimamente, á su método y otras diferentes particularidades. Nosotros tenemos tambien

formada nuestra opinion, y en nuestro concepto acertada, porque es hija de la observacion más justa y desinteresada, la cual emitiremos más adelante; pero entre tanto quede consignado, que Francisco Montes nos merece el juicio de un buen torero en toda la significacion de la palabra, para cuyo convencimiento no hay más que fijar la atencion sobre determinadas operaciones que practicó en infinitos casos, á los cuales adorna siempre una serenidad á toda prueba, hija del más escelente y consumado valor. Ya hemos dicho en más de una vez, que no queremos bajo ningun concepto que se nos considere parciales en la clasificacion de ninguno de los diestros cuyos apuntes nos ocupen ó hayan de ocuparnos, y aunque si bien es cierto que no estamos completamente de acuerdo con las opiniones más generales relativamente al lidiador de quien tratamos, no por eso habremos de desconocer su excesivo mérito. Se nos podrá decir que somos incompetentes y desautorizados para clasificar á Francisco Montes, puesto que hasta carecemos de la inteligencia necesaria para conocer el verdadero valor de muchos de los procedimientos de Montes ante una res, y que podrá ser tal vez de suma importancia lo que á nuestra vista pase enteramente desapercibido. Muchas contestaciones se ocurren para desvanecer esta reprobacion, toda vez que el arte en cuestion es ya bien conocido, y aunque esa circunstancia no existiera, baste que esté sujeto á reglas para formarse de sus operaciones un juicio exacto y verdadero. No creemos tampoco que ni

aun los más decididos amigos de Montes se opongan á nuestro juicio critico, cuando desde luego confesamos su importancia y reconocemos sus vastos y profundos conocimientos.

Siguiendo, pues, en la descripcion de la historia de este lidiador, diremos algo sobre su particular mérito en la direccion de una plaza, en la parte concerniente á un primer espada. No desconoció jamás las obligaciones que como jefe de lidiadores tenia en el redondel, y siempre se le vió fijo en su correspondiente lugar, sin abandonar por eso la atencion de que sus subordinados ocupasen asimismo el lugar conveniente. Este cuidado le dió una preferente importancia entre los inteligentes y se inclinaron con más interés en favor del lidiador á quien aludimos. Sus banderilleros, sus picadores, todos sus dependientes, en fin, se encontraban siempre en su puesto, porque á cada uno de ellos sabia marcárselo con la debida anticipacion, señalándole al propio tiempo sus bien entendidos deberes.

Analizado este extremo, pasemos á considerar á Montes en otras particularidades.

La capa de esta celebridad taurina fué sin duda alguna la más eficaz para los quites á los picadores, en cuyas suertes manifestó siempre una distincion especial, pues, en no pocas ocasiones se le ha visto que no siendo suficiente su capote y sus oportunas llamadas á las reses para hacerlas separar del picador y el caballo, agarraba al toro y lo sugetaba por el rabo, antes que ocasionase una desgracia. Cuando

no era necesario conducir á tanto extremo sus cuidados, se concretaba á la practicaion de estos quites, de la manera ordinaria que todos conocen; pero siempre con el cuidado de despedir al toro por el costado que proporcionase su facil salida, y dejando en completa seguridad á los que de otro modo pudieran temer una de-gracia. Y es bien seguro que por esta razon mejoraban de condicion muchos de los picadores que con él trabajaban; ese elemento de confianza para el diestro de á caballo, influye muy poderosamente en su mejoramiento, pues se lanza sin temor de peligro hasta el extremo que no es fácil discurrir. Tambien aprovecharemos esta ocasion para prevenir á quien corresponda, de los buenos efectos que produce en favor de los diestros estos y otros extremos de cuidadosa conducta, que tanto sirve para adquirirse una buena reputacion.

Hemos reconocido en Francisco Montes estas recomendables cualidades, que á la verdad no dejan de ser de valia, y ahora nos ocuparemos de su mérito particular en el capeo. Tenia suertes favoritas, digámoslo así, el diestro en cuestion, las cuales fueron ejecutadas por él de una manera admirable y una perfeccion poco comun pero otras se han practicado con el mayor lucimiento por diferentes diestros de su época, y en razon á ello no le encomiaremos como en otro caso haríamos: mas en las suertes llamadas al natural, estuvo Montes, sin disputa, á la altura de su reputacion; mucho se necesita hoy para igualarle. Con su capote entretenia

á la rés y aun la sujetaba segun á la voluntad del torero cumple, y esta es una de las cosas que no debemos desentendernos para juzgarle con acierto y en toda su estension. Pasemos á tratar del matador de toros y veamos lo que del análisis resulta.

Considerado Montes como matador de toros, deja algo que desear en los primeros momentos de este periodo; y nos esplicamos así porque un hombre que disponia de una reputacion tan considerable, justo parece que se le exigiera cuanto cabe de ejecucion á quien tanto se le tributaba. Fundando nuestra opinion, diremos que una de las primeras circunstancias del diestro es reconocer el terreno que la res prefiere durante la lidia, porque como á él conserva más querencia, en él debe tambien dársele la muerte, lo cual proporciona en muchas ocasiones el mayor lucimiento de la operacion; pero Montes, á mayor altura que este principio de arte quizá, y con sobrado valor para no fijar su consideracion en esta parte, pocas veces obedeció á sus conocimientos, y aun con esposicion las trasteaba y las obligaba con su mano izquierda á que perezcan donde quiera que á sus deseos cumplia. Ignoramos si esta circunstancia le produjo algunas cogidas que pudiera haber evitado; mas es lo cierto que tal fué su sistema y que ni la experiencia le dió motivo á la correccion de tal defecto. Juzgada despues la defensa de su muleta, nos parece asimismo admirable; ¿pero qué notábamos en ella? Lo diremos: la muleta de Montes, por muy perfecta y defendible que fuese, necesitaba el auxilio de su antigua agili-

dad para complemento del arte. Era franca, sencilla, inmejorable en estos conceptos; pero que por sus mismas condiciones ha de menester mayor agilidad y tal como la poseia este célebre matador en sus buenos tiempos de ligereza. Y para probar esta verdad, consúltese la esposicion en que se colocaria otro lidiador cualquiera, que profesando el mismo método ó manejo de este elemento, no tuviera la serenidad de Francisco Montes. La esperiencia nos demostraria que á su sola serenidad corresponde aquella, puesto que con la oportunidad que solamente permite el escesivo valor, es el único medio de precaver los peligros que origina su método en trastear. ¿Y podrá negársenos que los muchos conocimientos que Montes tenia en la condicion de las reses, es quizá una razon de mucha utilidad para que no haya sido antes víctima del furor de un toro? Contesten todos si en el concepto de muleta de defensa fué la de Montes cual puede desearse. Asimismo diremos en obsequio á la justicia, que no por eso la conceptuamos indigna, ni falta de un mérito especial; por el contrario, la creemos tan digna de un buen reputado lidiador, y á tanta altura, que creemos tambien que para quien no posea profundamente sus conocimientos en las reses y en la lidia, y no tenga una gran serenidad, un escesivo valor y muchas facultades físicas es incompetente, espuestisima, comprometida en fin, y sin resultado de utilidad.

Ocupándonos de Montes como estoqueador, nada podremos decir que le favorezca. En nuestro juicio

y en el de muchos de sus más entusiastas apasionados, no parece el mismo hombre que ha trasteado la res; más claro, no corresponde á sus otros antecedentes. Si nos detuviéramos aquí y nos hiciésemos una esplicacion más lata, y cual exige nuestro criterio en esta parte, podríamos aparecer parciales, y aun interesados en el descrédito de Francisco Montes; pero con el fin de salvar toda inculpacion, daremos todas las razones que nos asisten en apoyo de nuestra opinion, y con el fin de demostrar en el concepto que este célebre torero nos parece inferior á su buena reputacion. Como hemos dicho antes, fué un torero de valor, de conocimientos, de serenidad, de buenas suertes y de todas las demás condiciones estimables para singularizarse; pero ¿este lidiador aparece siempre que estoquea á la altura del que posee tantas y tan distinguidas cualidades? Creemos que no; el que como él estuvo tan ayudado de la naturaleza, no debió dar jamás estocadas atravesadas. Pero hay más, y en esta parte nos confunden nuestras observaciones y el resultado de aquellas. Este mismo diestro, cuyo procedimiento en ocasiones, y aun en las más veces, nos dejó tanto que desear, en otras se nos presenta á mayor altura si se quiere que lo que exige su buen crédito. Le hemos visto recibir toros á la muerte de una manera que causaria envidia al mismo Pedro Romero, perfeccionador de esta suerte: le hemos visto consentir al toro de que iba á dejarse coger, y cuando la res persuadida enseñaba el sitio de su muerte, Montes le acertaba una magnífica esto-

cada por todo lo alto y sin moverse ni una línea del sitio que ocupara. Muchas veces le hemos visto practicar esta misma operación de una manera especial; pero infinitas también lo ha ejecutado como el malador de toros más adocenado, comparativamente á la extraordinaria reputación de que gozaba. Dificilmente podrán deducirse las razones que influían en semejante inconsecuencia; y nos esplicamos así, porque hemos notado que la cualidad de ciertas y determinadas reses no tomaron participación en esta conducta, toda vez que le hemos observado estar mucho más oportuno é inspirado en los recursos á que ha apelado en no pocas ocasiones para triunfar de un toro de pésimas condiciones, durante el período de la muerte. Y entonces, ¿qué causas pudieron motivar tales procedimientos? Delicado es el asunto; pero decididos á no omitir explicación alguna, diremos lo que alcanza á nuestra pobre inteligencia. Montes fué siempre un torero de génio más que de arte; generalmente hablando, y en justificación de nuestro aserto, fijemos una mirada sobre su último período y veamos qué resultado nos dan las más prudentes observaciones.

Después de haberse dedicado este célebre lidiador por algún tiempo al cuidado de los intereses que supo adquirir durante su vida tauromáquica, volvió otra vez á la activa de su ejercicio, ¿y qué encontró en ella? El desengaño que era consiguiente; halló la falta de sus facultades físicas que tan oportuna y hábilmente había antes combinado con

el génio, producto de su anterior celebridad; y desnudo del mérito que ambos extremos le proporcionaban apareció en inferior escala no obstante sus buenos deseos y lo que de su parte puso para no desmentir la razon de su buena reputacion. Sacrificios son estos que á la verdad tienen un mérito especial, dignos de que Montes no desmerezca de lo que una vez se le tributó; pero con relacion al juicio que estos antecedentes reclaman, sólo diremos que queda justificada la opinion que antes omitimos.

Sin que nuestro ánimo sea el rebajar en lo más mínimo la celebridad de Montes, ni menos presentarlo á los ojos de nuestros lectores con el carácter de un usurpador del crédito que no le pertenece, diremos tambien que en este diestro no hemos observado otra cosa en esta última ocasion de su vida taurina, que al lidiador de esperiencia y conocimientos, y al de valor y buenos deseos, interesado á veces en sostener la posicion que antes se habia adquirido. Estos buenos deseos fueron conducidos hasta un extremo que no hay necesidad de recomendar, porque nadie ignora que los antepuso hasta su existencia.

Sentiríamos sobre manera que se nos pudiera atribuir parcialidad en la aplicacion del juicio crítico que de Montes llevamos hecho; le concedemos esa especialidad que todos sus decididos amigos le han reconocido y aun confesamos que dedicado con asiduidad al arte de torear desde su más tierna edad, que habríamos visto reproducidos en él

aquellos perfectos diestros cuyos nombres se han inmortalizado y llegarán á la más premota posteridad, siendo siempre respetados de cuantos adopten ó pertenezcan al ejercicio de la lidia.

Volvemos á repetir lo que al principiar estos apuntes dijimos: quisiéramos ser dueños de todos los antecedentes de su vida pública, para haber hecho de ellos una amplia narracion, y para referirlos con los que tienen relacion con su vida artistica con la imparcialidad que nos es propia: de este modo tendríamos lugar de tratarlo cual sus buenos antecedentes reclaman, y haciéndole la justicia que ellos deben merecer.

Este diestro para nosotros tenia el mérito particular del aprecio que tributamos á todos los que se distinguen en la profesion, porque entusiastas de las glorias de nuestro pais, no podemos menos de tener afecciones á cuantos las consigan, sea cualquiera el concepto en que merezcan la celebridad.

El lidiador que nos ocupa ha merecido por su aventajamiento en el toreo distinciones y obsequios de personas de muy alta gerarquia y otras muy notables por su posicion social, y de consiguiente, para nosotros tiene este atractivo de simpatias; pero ni aun esta razon tan de suyo poderosa y de una estremada importancia, nos hace separarnos ni un ápice de la senda del deber. El concepto que Montes nos merece desde que tuvimos la satisfaccion de verle trabajar la primera vez, y que despues la experiencia nos ha confirmado en repetidas ocasiones, es el único que hemos emitido, reservándonos mu-

chas y muy poderosas pruebas que lo justifican. Al propio tiempo que así nos esplicamos, conviene hacer una aclaracion que nos ponga á cubierto de toda idea que nuestros lectores puedan formarse, la cual influya en perjuicio del concepto que hasta ahora hayamos podido merecerle. No es una nécia pretension la nuestra al decir que Francisco Montes fué más torero de génio y facultades que de arte; no es tampoco el deseo de figurar en el bando opuesto al que pertenecen tan crecido número de personas, como el célebre lidiador contaba en sus más decididos apasionados; no es tampoco el efecto de una condicion discola, ni nos mueve el ánimo de pugnar contra la pública opinion: nada de esto influye en la clasificacion que de este diestro llevamos escrita: es sólo la conviccion de que su verdadero análisis es, el de que la celebridad de que disfrutó y mereció siempre, fué producto de su génio. Antes no queda duda que lo habriamos callado, porque en nuestro apoyo no era fácil encontrar razon de importancia que nos dejara airosos; pero despues que el mismo Montes lo ha demostrado en distintas funciones que le hemos visto trabajar, ¿por qué no emitir con toda franqueza lo que parece y es realmente la verdad? Es evidente que el célebre lidiador no debió lanzarse al redondel en en este último tercio de su vida, porque así habria conservado el crédito de torero de génio y arte, y que despues se puso en duda hasta por los mismos que siempre le prodigaron sus afectos.

— Mas al conducir nuestras aclaraciones hasta este

estremo, y confesar al mismo tiempo que la reputacion de Montes es justa, y su celebridad dignamente adquirida, ¿se nos puede apellidar de parciales? No y mil veces nó. ¿Se negará quizá que un artista de génio es menos sublime que otro de arte? Nó, por eso no creemos rebajar en lo más minimo la buena reputacion de Francisco Montes, colocándolo en su puesto y no concediéndole ni negándole más que lo suyo y lo que le pertenece. Algunos entusiastas de su opinion, mal avenidos con la agena y esclavos de la que le transmiten otros, nos acusarán de parciales por lo menos; pero el lector que nos medite y consulte, nos concederá la razon, que es cuanto apetecemos y á todo lo que procuramos aspirar.

Al hablar de otros diestros contemporáneos de Francisco Montes, hemos elogiado el arte con que han practicado las distintas suertes que constituyen el toreo, y de su génio nada hemos dicho, porque no reconociamos en ellos esa cualidad; pero ahora, sin entrar en comparaciones que son ajenas á este lugar, ¿qué se desprende de todo ello? que la única diferencia que existe entre un torero de arte y otro de génio es, en que la vida artistica de los que poseen la primera cualidad es mucho más larga, mucho más duradera, y bastante menos espuesta que las de los dueños de esta última propiedad. ¿Se nos podrá negar la verdad que encierra esta opinion?

Emitida nuestra franca opinion, réstanos manifestar algunas particularidades de este acreditado

diestro que queremos dejar consignadas, como justo tributo á la razon y la notable fama que llegó á disfrutar. Estas tienen relacion á los numerosos obsequios prodigados á Montes por la mayor parte de los públicos de las plazas que en sus buenos tiempos recorrió, que son las de toda España, con muy pocas escepciones. Esto es indudablemente una satisfaccion para este diestro, que ha encontrado una general simpatia entre sus conciudadanos, y para nosotros, á la vez que hallamos ocasion de reconocer los triunfos que constantemente ha sabido adquirirse. Además de esta circunstancia, puede gloriarse de que pocos lidiadores han sido tan favorecidos como él, tratándose de amistades, pues las sostenia con un escaso número de personas de suposicion y valimiento; y tanto de estos como de otros de elevada posicion y alta gerarquía, conserva recuerdos su familia de inequívocas pruebas de consideracion y afecto que ostenta con satisfaccion.

Hasta aquí la vida artística de Francisco Montes, juzgado, no con severidad, sino con el detenimiento que exige su distinguida reputacion, y á la altura de su crédito, en cuya situacion hemos debido considerarlo para formar el juicio critico de este diestro. Más tolerantes seriamos con otro cuyo crédito fuese más inferior para el concepto del público en general, porque en semejantes circunstancias no estaba tan marcada la mision del escritor que consigna los hechos para todas las épocas y los más remotos tiempos. En tal virtud hemos creído como un deber nuestro la clasificacion de Montes como

lidiador, que segun hemos insinuado tenemos pruebas solemnes para reconocerlo como un diestro aventajadísimo y perfecto, cuando su cualidad de torero de génio no lo elevó á tanta altura.

Basta lo dicho, y ocupémonos de este mismo hombre fuera del círculo tauromáquico.

Persuadidos hasta la evidencia de que Francisco Montes desapareció para siempre del redondel al retirarse en su primera época, se nos permitirá juzgarlo como hombre, en lo que este célebre lidiador no deja tambien de ser digno del mayor aprecio. Su vida privada es de todo punto justificada y altamente recomendable, siquiera por la preferencia con que atendió al mejoramiento de su familia, á la cual prestó cuanta proteccion le fué posible; pero no parece esta conducta lo más especial de Montes, ni fué en efecto extraño que así procediera en virtud de su situacion, constituyéndose en el más firme apoyo de aquella, sino que prodigaba tambien sus favores á los extraños que, necesitados imploraban su compasion, sin que tales generosidades las mencionara jamás. Acciones son estas que exigen una esmerada educacion, ó al menos unos instintos sumamente bondadosos para la observancia de semejante conducta. Y no se crea que en esta parte comentamos los hechos en favor del diestro que nos ocupa. Su generoso y delicado comportamiento en esta parte no necesita comentarse para aumentar su importancia; así nos lo han asegurado muchas personas que nos merecen entera fé y crédito y no dudamos de su exactitud.

Otras cualidades no menos recomendables en sociedad, lo adornaron tambien, y como prueba infalible de ello, queda demostrado en las amistades que durante su vida conservó con personas cuya honradez y virtudes son notorias.

Concluiremos los apuntes de este célebre diestro, indicando á nuestros lectores que, con el beneplácito del Sr. D. José Velazquez y Sanchez, autor de los *Anales del toreo*, publicados en Sevilla, vamos á añadir á nuestros antecedentes algunos apuntes más sobre el lidiador Montes, hallados en la citada obra *Anales del toreo*.

Dice así nuestro particular amigo Velazquez y Sanchez:

Francisco Montes era un torero de escuela especial, porque su cuarteo, su quiebro, su galleo, sus quites, sus cambios y sus recortes, se fundian en una fuerza hercúlea de piernas y en una ligereza muscular de cintura, como la potencia especial que disfrutaba Sanson por su cabellera de nazareno. Sus saltos de garrocha y al trascuerno, su capeo particular, sus galleos originales con los toros y sus rasgos de serenidad y audacia, tenian por esplicacion estas dotes superlativas, porque al llegar al punto de perfilarse con el testuz y herir en los rubios. *Paquito* cuarteaba, se escupia de la rés y las estocadas resultaban por lo comun atravesadas en el lado contrario ó cortas.

Francisco Montes era un hombre de claro entendimiento, y que resolvia las cuestiones de su interés con prontitud y precision en sus cálculos.

Entró en sus miras distinguirse en la profesión que había abrazado, y para ello estudió cuidadosamente los pormenores de la existencia pública y privada de los toreros hasta su época, á fin de reformar prácticas y costumbres sin desnaturalizar por eso la esencia de la clase á que pertenecía.

Como lidiador revistió de autoridad, energía, mando y preeminencias la categoría de primer espada, frodeándose de gente escogida, sumisa y atenta á seguir sus indicaciones, subordinando todos los lances de la lidia á su dirección, sin permitir á ninguno iniciativas ni pruritos de señalarse, atrayéndose el aprecio y la estimación de su cuadrilla en la doble calidad de entendido jefe y de maestro celoso, elevando el lauro y la representación social de los toreros á medida que cundían en el público la consideración y el afecto hácia aquel personaje extraordinario. Como individuo huyó Montes de círculos estrechos, compañías viciosas y compadrazgos vulgares, recibiendo y visitando al noble y al rico; accesible al humilde y al indigente; digno sin altivez; reservado sin hosquedad; prudente sin suspicacia; franco sin alarde; valiente sin demostraciones ni alharacas; disfrutando de su gloria sin parecer apercibirse de ello.

Tampoco quiso captarse la simpatía de la muchedumbre de profanos á costa de riesgos y bregas aventuradas con las reses. Adoptó una marcha consecutiva de reposo, disciplina y tacto que surtió prodigiosos efectos en el ánimo de los espectadores por la organización acertada de la lucha. Nadie co-

mo él para rodear de ostentacion y de aparato aquellas lucidas suertes, en que su ligereza y seguridad no encontraban competidor posible en el ejercicio. Ninguno quebró jamás á los toros boyantes tan á tiempo, en menor espacio, ni tan réciamente, quedándose así encunado, vuelto de espaldas, sobre la posibilidad de nueva acometida de la jadeante y apurada flera. Los únicos accidentes de la lid en que Francisco Montes era inferior á algunos de sus contemporáneos, solia realizarlos con invenciones del momento, que tras de la sorpresa producian el entusiasmo en la concurrencia impresionada.

Desde 1832 en que se ajustó en la plaza de Madrid de segundo espada, hasta 1846 en que se marcó el descenso de sus facultades en rápida y sensible gradacion, su carrera fué una série de triunfos y de ovaciones sin limites. Juan Yust, que parecia á eclipsar el astro de su gloria, pasó por su horizonte como deslumbrador y fugaz meteoro. Juan Lúcas Blanco, que empezó prometiendo ser un nuevo Costillares, sucumbió á su falta de manejo y pericia. Francisco Arjona Guillen, que aun median-do el fuero de la celebridad, hubiese podido ganar el terreno al prohombre de la tauromaquia española, tuvo que atender á disputar en una y otra jornada la estimacion pública á José Redondo, protegido, discipulo y hechura de Montes, y una de las más lisongeras esperanzas del festejo nacional.

Roque Miranda estableció en Madrid la antigüedad entre los matadores, siendo primer espada Mon-

tes, y último Pepe de los Santos; pero bien pronto anuló en el coso de Madrid á los diestros que le precedian en escalafon, negándose á renovar el compromiso en 1858, é hizo á esta empresa y á todas las de España poner en sus escrituras que se le habia de reconocer preferencia sobre todos los diestros, sin escluir de semejante cláusula más que á Juan Leon en Aranjuez, Valencia y Sevilla.

En 1849 las empresas de Cádiz, Sevilla y Málaga trataron de sacarle de su retiro; pero ninguna lo consiguió; mas habiendo errado en el negocio de la compra de una bodega en su pueblo, y encontrándose falto de capital, se vió obligado á escriturarse en Madrid el año de 1850.

Al anunciar la prensa periódica tan fausto acontecimiento, de todas partes le escribian para disputarse el lidiador.

El recibimiento que tuvo en Madrid fué una solemnidad, pues trabajó en compañía de Redondo y Cayetano las dos primeras corridas. En Sevilla tambien trabajó con aceptacion.

En la corrida de 21 de Julio del citado año de 1850 en Madrid, lidiándose ganado de D. Manuel de la Torre y Rauri, sufrió una tremenda cogida en el tercer toro, que se hallaba abanto y descompuesto, no recibiendo varas, por lo que fué sentenciado á banderillas de fuego, lo que aumentó su malicia y descomposicion de cabeza.

Despues de un pase natural y otro cambiado, porque le buscaba el bulto, intentó otro; pero se le coló derribándole, hiriéndole instantáneamente en

la pantorrilla izquierda, levantándole por dos veces, pisoteándole la cabeza y el pecho. Después de libertado en cuanto fué posible de aquella angustiosa situación, se levantó brotando sangre de la heridas, que tenia un palmo de superficie y una pulgada de profundidad; siendo trasportado á la enfermería y despues á su casa, calle del Amor de Dios.

José Redondo concluyó á la fiera de una estocada arrancando que cayó á sus piés.

Restablecido despues de muchos meses de convalecencia, le fué prescrito por los facultativos que le asistieron un plan severísimo en su conducta futura, y que renunciase al ejercicio de la lidia, pues que la torpeza de la pierna lastimada le impediria la soltura que reclamaba la profesion.

Hombre de razon y cordura, Montes obedeció los preceptos de sus médicos, y salió de Madrid en Setiembre, despues de haber sido obsequiado con cuidadoso esmero por infinidad de amigos, dirigiéndose á Sevilla y luego á Chiclana.

Por consecuencia del último fracaso en la plaza de Madrid y la inaccion, contrajo unas tercianas que degeneraron en calenturas perniciosas, sucumbiendo á esta dolencia el dia 4 de Abril de 1831, á la edad de 46 años.

El dia de su fallecimiento fué de verdadero sentimiento general para sus amigos y estraños, á quienes consideró siempre.

¡La sombra de esta celebridad ha desaparecido, pero sus recuerdos quedan!

ISIDRO SANTIAGO

(BARRAGAN).

La populosa villa de Madrid ha sido tambien la cuna de muchos hombres que con más ó menos aceptacion han seguido la profesion de lidiadores, adelantando algunos de ellos hasta el punto de figurar como espadas en las principales plazas de la nacion. Entre estos debemos hacer mencion del que figura por cabeza de estos apuntes, que por sus condiciones supo adquirirse un crecido número de adictos, que con satisfaccion concurrían á las funciones en que este tomaba parte.

Principiemos sus vicisitudes para continuar despues con el juicio critico que nos ha merecido en su profesion,

Isidro Santiago, conocido vulgarmente por Barragan, nació en Madrid el dia 23 de Febrero de 1811, de padres que, aun cuando opuestos á que el niño se dedicase á la lidia, no demostraron una tenacidad extraordinaria que produjese el desistimiento por parte de Isidro. Concurría este al matadero casi diariamente, y en este establicimiento se ocupaba en torear á las reses bravas que á él eran

conducidas, en lo que demostraba cierto tino y perfeccion que los espectadores le aplaudian,

Estimulado por las demostraciones de aprobacion que Isidro notaba á cada paso, crecieron sus deseos de dedicarse á la lidia, aunque para ello pugnaba con el inconveniente de no tener persona á quien agregarse para recibir las conducentes instrucciones que un diestro necesita en el primer período de su vida artistica. Algo retrajo á Santiago de su intento esta circunstancia, mas ya habia tomado su aficion demasiado incremento, y no era fácil que desistiera de lo que en su imaginacion formaba una ventura ideal. Se le ocurrió por ello la adopcion de un término medio, como único recurso al logro de sus deseos, y no tardó en ponerlo en ejecucion: este era que la práctica supliese á la teoria; y desde entonces, no perdonó ocasion de torear constantemente, tanto en el matadero como en los pueblos pequeños, donde para amenizar sus fiestas y hacerlas más variadas, ejecutaban tambien funciones de toros ó novillos. Asi continuó Isidro por algun tiempo, progresando rápidamente en las primeras nociones de la lidia, segun lo exigía la decidida aficion que habia adquirido.

No por eso negaremos que este diestro recibiera su primera educacion tauromáquica en el matadero de Madrid; pero como debe considerarse, esto no seria bastante á perfeccionarlo para poder figurar despues entre otros lidiadores de más consumados principios en el toreo. Pero el aprovechamiento de Isidro fué tal, que en breve se le vió

contratarse de banderillero, y alternar con los más acreditados sin desmerecer en la buena reputacion que desde luego supo conseguirse. Tras esta época habia otra de mayores triunfos para Santiago, pues los conocimientos prácticos que adquirió le colocaron en primer término y al nivel del más distinguido de los banderilleros de su época.

Luego que Isidro se vió á esta altura, no se contentó con su situacion y aspiraba á más: trató de elevarse á la clase de matador de toros, y aunque luchó con algunos inconvenientes, al fin pudo conseguirlo, mereciendo una regular aprobacion. Con dificultad podrá verse en el curso de la vida artística de este diestro, rasgos de proteccion hacia él, y por ello podremos asegurar, sin temor de padecer equivocacion, que Isidro Santiago se lo debe todo á sí propio, ya lo conceptuemos como una notabilidad, ya tambien como una modesta medianía. No nos detenemos en minuciosas esplicaciones sobre lo que se desprende de esta particularidad, porque todos conocen la falta de apoyo que para todas operaciones ocasiona el aislamiento de un hombre á quien nada se le dispensa. Situacion lamentable es por cierto, y preciso tambien para determinadas profesiones en que hay una imperiosa necesidad de ser hábilmente dirigido, para llegar algun dia á figurar en un término honroso y aventajado.

Recorramos la vista por todas las notabilidades de los pasados y presentes tiempos, en casi todos hallaremos que el origen de sus triunfos es más bien debido á una mano protectora, que al mérito

material de cada uno de los que han carecido de este elemento.

Por último, Isidro Santiago, á pesar de esta circunstancia, ha alternado como espada con los más distinguidos diestros de nuestra época; así es que puede llamar compañeros á Juan Jimenez, Francisco Montes, Francisco Arjona Guillen y José Redondo. Ha trabajado asimismo en las principales plazas de España, y en algunas ha sido bastante considerado, merced á su trabajo. Ansioso de conquistar triunfos, fué celoso en las operaciones arriesgadas y cuidadoso con los picadores: bregaba bastante en la plaza, y su muleta no carecía de importancia, principalmente en ciertas condiciones de toros en que se necesitan precauciones ilimitadas. Los públicos de Madrid, Sevilla, Cádiz, Puerto de Santa María, Jerez, Córdoba, Ecija, Zaragoza, Valencia, Calatayud, Albacete, San Felipe, Murcia, Valladolid, Teruel y Tudela, le conservan bastantes simpatías.

Teniendo presentes las luchas que sostuvo para llegar hasta conquistar un puesto entre los que figuraban en aquella época, no seremos tan severos como con otros; pues fué tanta su modestia, que jamás se le oyó una frase con referencia á las muchísimas ocasiones en que por su lucido trabajo el público le honrara con sus obsequios y aplausos; pero no por esto dejaremos de formular nuestra opinión, en lo cual no creemos mancillar al que por lo ya dicho, nos mereció su privilegiado aprecio.

Isidro Santiago, que á la vez de sus buenos de-

seos reunia ciertas cualidades físicas de no escasa importancia para su profesion, debia en nuestro juicio seguir un constante sistema y no saltar, cual lo practicaba, sin fijarse en sus operaciones: hubiéramos deseado los aficionados verlo constituido en la escuela que más se adaptaba á la agilidad de que podia disponer, y de este modo quizá hubiera logrado lo que anhelaba. Por otra parte, sus conocimientos no fueron nulos; discernia perfectamente las cualidades de las reses, y por ello le hubiera sido más fácil sacar mucho más partido de las suertes que ejecutaba, y con especialidad la de la muerte de los toros. Comprendia tambien las buenas máximas sostenidas en todo tiempo por los más distinguidos lidiadores, y, últimamente, fué acreedor á que se le dispensara consideracion por hacerse simpático, ya en el circo por el deseo de agradar, bien en su trato particular por su comedimiento y compostura.

Todas estas beneficiosas cualidades reunia el lidiador Isidro Santiago (Barragan), á quien hemos procurado reseñar lo más acertadamente posible en el anterior juicio crítico que concluimos, no sin apuntar la causa de su desgraciado fin.

En 1849 comenzó su periodo de decadencia en unas proporciones harto evidentes por desgracia.

En 4 de Abril de 1851 sucumbió por consecuencia de una cornada, jugándose en una novillada toros de D. Dámaso, de Miraflores de la Sierra; fué en la suerte de matar, recibiendo una horrible cornada en la pierna izquierda.

FRANCISCO ARJONA GUILLEN

(CÚCHARES).

Ninguna influencia es más poderosa para el porvenir del hombre que la mayor ó menor simpatía que desde luego sabe inspirarse: entremos, pues en el terreno que constituye nuestra misión.

Francisco Arjona Guillen fué un hombre simpático, y lo fué desde bien pequeño, y por esta circunstancia siempre se creyeron de él grandes adelantos en la profesión que eligiera; la cual, por razón que se desprende del ejercicio de toda su familia, debía ser la de lidiador. Es verdad que para ello tuvo poderosos elementos que contribuyeron á que se considerase así; pero sin las simpatías que siempre inspiró, quizá se hubiera colocado en situación de poder aprovecharse de ellas. Mas obraba aquella causa y debía producir beneficiosos resultados.

Veamos la historia de sus vicisitudes, con relación á las utilidades que le resultaron de su carácter simpático.

No daremos principio á nuestra narración esponiendo la situación de los padres de Francisco Ar-

jona Guillen, porque naturalmente se desprenderá esta particularidad de nuestro relato.

Es muy general en la mayor parte de las familias, que los hijos adopten sin repugnancia los mismos ejercicios ú ocupaciones que sus padres; pero esta regla se generaliza con menos escepcion en aquellas que figuran en la profesion con alguna especialidad.

La familia de Francisco Arjona perteneció en su mayor parte al ejercicio de la lidia, ocupando respectivamente un buen concepto. En los que á esta familia correspondian hubo notables matadores de toros; los hubo tambien aventajados banderilleros, y finalmente, todos ó la mayor parte se dedicaron desde luego á la tauromaquia, ya por costumbre hereditaria, ya tambien por una afeccion intuitiva. Así corrieron los tiempos por espacio de cuatro generaciones por lo menos, hasta el nacimiento del lidiador que nos ocupa. Esta consecuencia no parecia debia sufrir alteracion en la persona de Arjona Guillen, cuando desde sus primeros años ya denotaba una decidida aficion al toreo, quizá más espontánea y pronunciada que la de sus antepasados. En virtud á semejantes antecedentes, tambien podian esperarse de este niño grandes adelantos en la profesion, toda vez que su inclinacion y las dotes que reunia lo daban así á conocer. No fueron defraudadas las esperanzas de los que así opinaban, ni tampoco falsa la suposicion de que estos antecedentes producian aquel convencimiento como su legitima consecuencia. Pero no es únicamente este extremo

del que deseamos tratar; nuestra intencion es la de probar que Guillen, llamado por los antecedentes de familia y por los suyos propios á ejercer la profesion de lidiador, estaba asimismo designado para no desmerecer del crédito de sus antepasados; sino por el contrario, á robustecer el renombre y concepto que á aquellos se les dispensó. Escusadas son en verdad todas las razones que antes de tiempo aduzcamos en favor del justo credito de este diestro, porque parecerán más bien dictadas por afeciones particulares que merecidas por el verdadero mérito que le caracterizaron. Abandonemos este propósito para cuando la oportunidad de nuestro relato lo exija, y sigamos en la descripcion de las causas que influyeron en los adelantos de sus primeros años en el jercicio de la lidia.

Habiendo sentado los motivos que existian para que Curro fuese torero antes que adoptar otra ocupacion, veamos ahora los favores que desde luego mereció por razon de su carácter.

Existia en la capital de ese fecundo suelo de Andalucía una autoridad que tomaba el nombre de *Asistente de Sevilla*, la cual se representaba en la persona del Excmo. Sr. D. José Manuel de Arjona, hombre infatigable en proporcionar á aquella ciudad cuantas mejoras eran susceptibles á su posicion topográfica: realizó muchas de inmensa importancia, que aun se conservan hoy para recordar su memoria con satisfaccion. Entre ellas merece particular mencion, y permitasenos esta parte digresiva, el delicioso *Paseo de Cristina*, los *Jardines de las*

Delicias, llamados así por su fertilidad y hermosura, y otras cuantas beneficiosas creaciones, donde los habitantes del país disfrutaban los gozes tan sencillos como positivos que ofrecen los cultivados terrenos del Mediodía. Este mismo señor fué también elegido para velar por el éxito de la Escuela Tauro-máquica, que de real orden se estableció en Sevilla; y aquí tuvo principio la vida artística de Francisco Arjona.

De corta edad todavía, y en situación no la más próspera, tuvo necesidad de procurar por una aplicación que le proporcionase la subsistencia, y al mismo tiempo ayudase á su pobre madre, que á consecuencia de su viudez, también ocupaba una situación lamentable: la más á propósito, como hemos dicho, atendiendo á los antecedentes de familia, que era la de aspirar á hacerse lidiador. Ninguna ocasión más favorable y propicia que aquella para la consecución de sus intentos con un buen éxito. Solicitó la madre de Arjona Guillen una plaza para su hijo en calidad de alumno de la citada escuela, y como le fuese concedida, presentóse el nuevo diestro á recibir lecciones bajo la dirección y maestría de los siempre entendidos toreadores Pedro Romero y Gerónimo José Cándido. Desde luego les inspiró Arjona Guillen á estos célebres directores una particular estimación, ya fuese por el aprecio que les merecieran los antepasados de aquel, bien porque su corta edad y el atrevido deseo de aprender así lo ocasionase, es lo cierto, que sin temor de incurrir en falsedad, podemos asegurar que Guillen, (conocido

despues por Cúchares), era el discipulo más favorecido y considerado de cuantos existian en la Escuela de tauromáquia, por aquellos que más influian en ella, por razon de sus destinos ó circunstancias. Así permaneció Guillen por algun tiempo, continuando su aprendizaje con notable aprovechamiento, relativamente á los primeros conocimientos que para el buen lidiador son necesarios, tanto de las reses como de las suertes. Esto no parecia extraño para un niño, que no obstante sus cortos años, no se le escuchaban otras palabras que las que tendian á sus grandes deseos de aprender para ganar dineros y subvenir con ellos á las necesidades de su madre. No dejaba de influir esta máxima de Arjona para que se aumentase la inclinacion que le profesaban todos, y así se comprendia el lugar preferente de que era merecedor. Muchas otras personas de suposicion y valia, se decidieron tambien por entonces en favor de este diestro, y de todas, con muy cortas escepciones, recibió muestras de aprecio.

Pasó la época en que el Gobierno estimó la extincion de la Escuela tauromáquica, y ordenada que fué su disolucion, quedó Francisco Arjona sin otros medios de aprender que el que proporciona un matador de toros recibiendo en su cuadrilla al que lo desee. Le faltaban muchas circunstancias para apellidarse torero, y no era fácil por esta razon encontrar quien le permitiese formar parte de su gente; pero en Cúchares estaba vencida esta dificultad, pues existia Juan Leon, que era uno de los matadores de toros más acreditados, y merced á la amistad que

constantemente habia conservado con la familia de Arjona, y muy principalmente con el célebre Curro Guillen, tio á la sazón de Arjona, sólo aguardaba saber la resolución del niño para manifestar sus deseos en llevarlo á su lado, y no sólo de enseñarle la profesion, sino de concluir su educacion perfeccionándole en la suerte de matar y conduciéndolo de este modo al extremo que formaban sus ilusiones. ¡Llor eterno al agradecimiento! Esta conducta del célebre Juan Leon, estaba fundada en el agradecimiento que tenia á Curro Guillen, de quien habia recibido la instruccion tauromáquica que despues le elevó al puesto que supo ocupar. No bien habia formado Arjona parte de los que componian la cuadrilla de lidiadores del aventajado Leon, ya le asignó á este una cantidad igual á la de otros banderilleros, en cuyo concepto figuraba, para que con ella atendiera á sus urgencias y á las de su madre; pero hecho cargo aquel advertido diestro de que su nuevo discípulo ansiaba llegar á matador, que es realmente el término de la carrera, no omitió medio de adiestrarlo y facilitarle los conocimientos oportunos é indispensables á este objeto; así fué, que estos elementos de tan trascendental utilidad, y los buenos deseos del discípulo, produjeron bien pronto que Francisco Arjona figurase como segundo de su maestro Juan Leon en cuantas plazas se le buscaba para trabajar. Mas no se limitó á esto sólo su distinguido aprecio hácia su discípulo; quiso conducir su generosa accion á mayor altura, y convencido de que el nuevo diestro reunia ya condiciones para pre-

sentarse por sí en una plaza de toros y lidiar con las seguridades que proporciona el arte y los conocimientos, practicó diligencias para que Arjona saliese á torear sin su auxilio, con lo cual podia reunir más brevemente recursos que le proporcionasen aumento de fortuna y el crédito que resulta del carácter de único en tales conceptos. No fueron en balde las intenciones del agradecido Leon, pues que en el año de 1858 ya vimos á Arjona toreando y matando toros en un corto número de funciones que se dieron en una plaza que con esta fecha se habilitó en Cádiz. En iguales términos practicó Arjona al siguiente año otras cuantas salidas por diferentes puntos de España, y de este modo fué adquiriéndose la reputacion y el nombre que despues ha sabido justificar y sostener de la manera que todos recordamos.

Así podemos asegurar que tuvo principio la vida artística de Francisco Arjona Guillen, si bien con la diferencia de algunos otros incidentes de otro género y condicion, pero que en resúmen produjeron el mismo resultado.

Por lo que llevamos relatado, es evidente que Arjona no se lanzó al toreo sin un auxilio de bastante entidad; pero que necesitaba tambien el poderoso que constituye la buena aceptacion por parte del público. Esta circunstancia no se desdeñaba de Arjona, toda vez que antes de hacerse un lidiador consumado, y de que el tiempo y la práctica lo condujese á la clase de tal, ya los diferentes públicos ante quienes se presentaba, lo admitian con señaladas muestras de aprecio, y aun antes de que los hechos pro-

basen el extremo de perfeccion en que rayaba. Quizá esta razon abonaba á la conducta del matador, porque su influencia alcanzaba hasta más allá de lo que muchos nos figuramos. Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que Arjona aumentaba su crédito de una manera extraordinaria, y tan ventajosamente, que ya se le deseaba por todos para admirar su destreza.

Podria contar *Cúchares*, cuando tales cosas ocurrían, la edad de veinte y dos años lo más, y la reputacion que se habia conquistado era tal, que lo hacian alternar con los más afamados lidiadores de aquella época. Una cosa se observaba sin embargo en el método más favorito de Arjona, y era que no copiaba nada de lo que veia practicar á sus contemporáneos, si se exceptúa al célebre Juan Leon, y esto daba á conocer que estaba enteramente conforme con su sistema, al cual debia inclinarlo alguna particular conviccion. Despues de lo expuesto, que parece á primera vista el juicio crítico del lidiador de quien tratamos, aunque considerado vaga y confusamente, pasaremos á decir algo sobre su nacimiento, para despues hacer en los distintos períodos de su vida taurina, las aclaraciones conducentes que nos ha proporcionado el verdadero conocimiento de su mérito.

Ya hemos dicho que su familia perteneció, generalmente hablando, al arte de torear, y que por esta causa era más probable que su aplicacion fuese á este ejercicio antes que á otro alguno. Veamos ahora quiénes fueron sus padres y de donde proceden.

Existia en Sevilla un banderillero y medio espada en determinadas ocasiones, á quien conocian por su apodo especial mejor que por su verdadero nombre, este era *Costura*, y padre tambien del lidiador de quien tratamos. En su esfera de banderillero no desmerecia en su opinion y buen crédito; pero considerado como espada, dejaba mucho que desear, quizá por la particular circunstancia de no haberse dedicado con asiduidad á este género de suertes. Casado este diestro con Maria de la Salud Herrera Guillen, hermana del siempre memorable Curro Guillen, tuvieron varios hijos y entre ellos el Francisco Arjona á quien aludimos. Ya digimos que este niño emprendió su carrera tauromáquica bajo los más escelentes auspicios y ahora nos resta manifestar que al emprenderla contaba apenas doce años, edad tierna é insuficiente para tan espuesto ejercicio; pero Francisco Arjona, merced á sus dotes y á la notable perfeccion con que le dirigieron en su enseñanza, pudo vencer este obstáculo de suma importancia.

Parécenos haber cumplido con lo expuesto en la parte que constituye nuestro deber con relacion á la descripcion del primer tercio de la vida de Arjona, si esplicamos el punto de su nacimiento que lo fué en Madrid por los años de 1815 al 1816 próximamente. Aunque nacido en la córte, pasó con sus padres á Sevilla, y en esta capital, que siempre adoptó como país natal, fué donde adquirió su enseñanza y aun la idea de la lidia.

Ocupándonos ahora del juicio critico que este

diestro nos merece con relacion á su profesion, diremos lo que á nuestra mision cumple y nuestra conciencia exige. A Francisco Arjona puede considerarse bajo dos distintos aspectos: primero, como hombre de destreza y habilidad; segundo, como de método y arte. Al esplicarnos así, estamos persuadidos hasta la evidencia que contraemos la obligacion de justificar esta opinion de una manera razonada y concluyente para que no sea sospechosa ni aun de aquellos que puedan mostrarse contrarios á ella; por lo tanto, emprenderemos esta tarea con la satisfaccion que proporciona la seguridad de la victoria.

Juzgado este diestro como matador de toros, y como torero en general, no se necesita recomendar su destreza, pues es bien notoria de cuantos le han visto en el redondel, que es sin disputa la mayoría de los españoles. Recuérdesese por estos su procedimiento ante las reses en los distintos periodos de la lidia, sea cuales fuesen las condiciones de aquellas, y esta sola observacion por parte de inteligentes y profanos, dará el resultado de que *Cúchares* fué aventajadisimo en habilidad y digno de figurar en un término privilegiado. Pero considerémosle como lidiador de arte, y procuremos averiguar sus perfecciones y sus defectos.

¿Qué es en Francisco Arjona la muleta? Un elemento de defensa, tan exacto como el que más y un recurso de inmensa utilidad para arreglar á las reses preparándolas á la muerte y colocándolas en su verdadera sazon para esta suerte. ¿Y este ele-

mento constituye mucha defensa en el diestro de quien tratamos? No creemos deber dar más razón, sino la de que los hechos, y nada más que los hechos, facilitarán la más espresiva contestación.

Francisco Arjona fué superior á sí mismo y á su inteligencia de arte con este mueble en la mano, que por instinto aplicaba como recurso, á cuantos lances y peligros se le presentaban. Tal es, en resúmen, la calificación de este lidiador, generalmente juzgado, pero esto no nos satisface lo bastante y vamos á hacer su verdadero análisis.

En el trasteo de las reses aparece Arjona inmejorable y á una altura inmensa; así continuó ostentando su fuerza de arte hasta el momento de *liar*. Alguna y no poca variación se le notaba entonces al diestro: no estaba en este caso tan perfecto, pero siempre bien colocado; y aun puede disculparse esta circunstancia si se atiende á su escasa talla. Algunos le calificaban de matador de sorpresa, y en esto descúbrese una equivocación que tiene su origen en la misma maestría y perfección que se le nota en el primer período de la suerte de matar. No obstante, diremos en honor á la justicia, que *Cúcharos* fué de los espadas que más consintieron á los toros, y por esa razón le descubrían el sitio de la muerte con más confianza; sin cuya particularidad este torero no hubiera conducido sus triunfos al extremo que sabemos. Públicas son también otras especialidades relativamente á las suertes de *vuelapiés*, lo cual prodigaba con una consecuencia que esplica por lo ménos la demasiada confianza

con que la ejecutaba. Sentado este precedente como el punto más principal para la comprobacion de nuestras observaciones pasemos á juzgar á este diestro bajo el verdadero mérito que realmente tenia, sin aventurar más que lo que se desprenda de las más justas deducciones. Reconocido es de todos el mérito que Arjona poseyó con la muleta, el cual tuvo ciertamente una especialidad acomodada á sus facultades, pero de un inmenso provecho, que alcanza á conocer hasta el más consumado profano al arte; tambien es público su método en el *trasteo*, que no fué, como se asegura, de *sui generis*, pues ya notamos la misma particularidad en Juan Leon, cuya circunstancia nos denota que este método es enseñable y trasmisible de unos á otros, y que, por consecuencia, constituye arte y regularizacion. No puede acusarse á *Cúchares* de hombre afortunado sólo, sino de diestro de defensa y de consumada habilidad para preparar las reses á la muerte. Ahora bien: se le acusaba no obstante de que sus estocadas fueron de una sola manera, es decir, dadas en su mayor parte en la suerte de *vuelapiés*; y nosotros, que estamos muy lejos de negar lo que es exacto y verídico, diremos á la vez: que si bien adoptó esta suerte para estoquear, ¿aparece en ella más inferior de lo que su buen crédito le elevó? No, pues de este modo rivalizó con cuantos matadores de toros habia en sus tiempos, y porque en esta suerte estuvo á la altura que supo adquirir. Esta es la verdad y lo que la experiencia nos ha demostrado. Mas prescindiendo de todo ello, ¿qué se nos con-

testará de este diestro cuando se le veia trabajar con un toro de condicion *celoso* y *cambiarse en la cabeza*, fuese cualquiera su condicion? Muchas veces le hemos admirado en estas suertes á la perfeccion; pero no es tampoco aquí donde Francisco Arjona demostró todos sus recursos de defensa y facultades: donde los ostentaba con satisfaccion de los que lo veian trabajar, era en toda ocasion en que se le presentaba una res pinchada, digámoslo así, y que pegada á los *tableros*, se defendia á su vez del diestro que le ataca. En estos momentos supremos presentaba *Cúchares* un espectáculo interesante, y adictos y no afectos se precipitaban á aplaudirle, sin que obrara otra causa en ellos más que la que produce la satisfaccion que se experimenta á la vista de la lucha. Se le acusaba asimismo á Arjona de prodigar otra de las suertes que le fueron muy favoritas, cual es la de *descabellar*; pero á fuer de justos é imparciales, debemos confesar la justicia que para ello existia en muchas ocasiones: á las reses que no dan juego para ninguna suerte, y que lejos de ello pueden en su último período de lidia originar una desgracia, parece hasta necesario el *descabello*: en otras más vigorosas aun y con casi toda su agilidad, es una suerte de mérito, porque para practicarla sin un eminente riesgo es indispensable toda la seguridad que Arjona tenia de acertar; por ello nos merece esta suerte la mayor consideracion y la damos la importancia que en nuestro concepto tiene.

Antes de ocuparnos de su muerte, concretémonos

al hombre; ¿qué diremos, pues, de Arjona? Aprovechado en la buena y cristiana crianza que sus padres le dieron, fué humano, caritativo sin ejemplo, honrado, buen amigo y agradecido y excelente padre de familia: pruebas dió en su vida de ello, las cuales no pueden negársele por nadie. Se dedicaba en las estaciones del año que no son admitidas las funciones de toros, al cuidado de sus intereses y al de su familia, siendo el amparo de todos.

Sin entrar en pormenores que pertenecen á la vida privada, y en el último periodo de ella, tomó la resolución, en mal hora, de marcharse á la Habana, con el objeto de dar algunas corridas de toros, segun le oímos decir en Madrid un mes antes de su partida, y que á su regreso terminaria la carrera tauromáquica y se dedicaria exclusivamente al cuidado de su esposa é hijos.

Llegado que hubo á la Habana con su cuadrilla, fué contratado por seis corridas, cuyo abono fué tan excesivo, que casi todas las localidades fueron arrebatadas en el momento de anunciarse que Francisco Arjona Guillen (Cúchares) debia trabajar en ellas con sus correspondientes cuadrillas; empero la vispera del dia en que debia presentarse á un público que tanto anhelaba conocer como lidiador, se sintió indispuerto, al extremo de que hasta los momentos de dar comienzo el festejo se estuvo esperando el resultado de su enfermedad.

Concluiremos este triste relato manifestando á nuestros lectores que dichas funciones se suspendieron por haberse agravado su enfermedad y de-

jar de existir en la citada Habana el día 4 de Diciembre de 1868, á los 54 años de edad.

No cerraremos estos apuntes sin consignar la proteccion que dispensó á infinidad de familias desgraciadas, así como tambien el haber dado la alternativa para matador de toros á algunos que hoy empiezan á figurar en el arte.

Séale la tierra ligera, y reciba su familia, como muestra de singular aprecio hácia el finado, este recuerdo.

JOSÉ REDONDO,

(CHICLANERO).

Precisamente vamos á ocuparnos de un aventajado lidiador, con quien nos unian relaciones de franca y sincera amistad; pero que no por esa circunstancia nos valdremos del circulo que desde luego nos trazamos al emprender la publicacion de los apuntes biográficos. No seremos, si se quiere, demasiado severos en el juicio critico de José Redondo, pero tampoco parciales. Procuraremos, sí, censurarle lo que en nuestro juicio merezca reprobarse, y asimismo elogiaremos lo que en el diestro fué bueno y notable, sin prescindir tampoco de la rigidez que reclama la distinguida reputacion que que mereció del público, justamente adquirida en verdad.

Con semejante declaracion y poniendo desde luego por base que las tres notabilidades tauromáquicas que en estado hábil existieron años anteriores en nuestra España, fueron Francisco Montes, Arjona Guillen y José Redondo, parécenos que nuestros lectores podrán formar una idea bastante aproximada de lo que de este último diremos

en lo concerniente al mérito que con justicia nos merece. Pero abandonando esta parte digresiva y ajena de este lugar, entraremos de lleno en los apuntes de su historia taurina, que según los antecedentes de que somos dueños, son los siguientes:

En la biografía de este distinguido lidiador, de quien tratamos en el lugar que su antigüedad reclama, digimos que á tres leguas de la ciudad de Hércules, existe una pequeña poblacion conocida con el nombre de Chiclana, de cuya situacion topográfica no tratamos por considerarlo ajeno de nuestro propósito y de la índole de la publicacion que nos ocupa. En esta villa y por los años de 1819, abrió los ojos á la luz del mundo José Redondo, hijo de otro y Dolores Dominguez, los cuales, poco favorecidos por la fortuna, pasaban su vida llenos de privaciones y penalidades; pero esta circunstancia no impedia de que procurasen dar al niño una educacion en lo que era compatible con sus escasos medios. Aprendió Redondo los primeros rudimentos de la enseñanza primaria, y á pesar del respeto que tenia á su padre, ya daba á entender la aficion que profesaba á la lidia de reses, pues siempre que le brindaba la ocasion, se ocupaba en sortearlas aunque fuesen mansas; que, á [impulsos de su decidida aficion las impacientaba hasta conseguir su objeto. No habia en el niño esos síntomas de propiedad ó perfeccion que inspira el instinto natural en determinadas operaciones; pero en cambio se observaban en él arranques de condiciones

especiales que denotaban clara y terminantemente la decidida inclinacion que tenia á la lidia.

Por espacio de algunos años fué reprimida esta aficion, merced al temor y respeto de Redondo hácia su padre, la cual, fomentándose en silencio, adquiria cada momento más fuerza en el ánimo de aquel.

Difícilmente podria asegurarse que hubiera otra idea más dominante en José, que la de ser lidiador; pero encadenado por la veneracion á los mandatos de su padre, no podia nunca satisfacer sus deseos. Crecido que hubo en edad, lo dispusieron á seguir en otro ejercicio, en época que la muerte le arrebató á su padre. Pasaban los años de 1856, y aquel desgraciado acontecimiento empeoró considerablemente la situacion de su familia, que no tenia otro amparo que los auxilios de la Providencia. ¡Triste posicion por cierto! La madre de este jóven huérfano, procuraba sacrificarse por sus hijos; pero esta resolucion no fué bastante para satisfacer las necesidades de aquellos, ni podia impedir la esposicion en que un jóven está situado cuando yace en tan angustiosa situacion. Temia además la facilidad con que sus hijos podian abismarse en principios más hondos del en que transitaban, y sentia á la vez las desgracias que de todo ello podrian sobrevenirles. Luchaba, por ultimo, esta pobre viuda con el infortunio de la manera más admirable, y aun cuando es grandioso para el observador este género *de tanto padecer*, en lo ocasion presente lo era heróico; porque en una mujer desamparada que no conoce

sino muy limitados medios para defenderse de tan crueles enemigos, pronto faltan las fuerzas, y el abatimiento sustituye á todo infructuoso proceder. Su hijo José, que es precisamente el que motiva estos apuntes, hubo de fijar su imaginacion en el triste y lamentable estado de la que le habia dado el ser, y pronto se le ocurrió una determinacion capaz de poner un eficaz remedio á cuanto por su casa y familia pasaba. Meditó, pues, su capacidad para toda ocupacion respecto á que su aficion por la lidia lo habia distraído completamente de aplicacion á cosa alguna: pues bien, discurrió Redondo; «si mi vehementemente inclinacion al toreo me ha privado de que me dedique á otra ocupacion, ¿por qué no dedirme á seguir este ejercicio?» En efecto, desde entonces dió rienda suelta á sus deseos y adquirió cierta práctica que poco despues debia acreditar.

Se hizo en Chiclana una funcion de toros en el año de 1838, y Redondo debia presentarse á lidiar en clase de aficionado. Tuvieron efecto ambos extremos, y fué tal la aceptacion que este mereció por su acierto en las distintas suertes que le vieron ejecutar, que el mismo Francisco Montes, se declaró su protector, eligiéndolo desde luego para banderillero de su cuadrilla. La escasa edad que Redondo contaba, su caracter especial y sus condiciones apreciables, hicieron que Montes hiciese de *Joselito*, que tal nombre le daba, una particular deferencia, y aun se dedicase á perfeccionarlo siempre que se presentaba ocasion oportuna.

Desde 1838, en cuya época se dió á conocer Re-

dondo como lidiador asalariado, ó torero de profesión, hasta el de 1842, en que Montes le declaró como espada ó matador de toros, son incalculables los triunfos que este diestro adquirió en cuantas plazas se presentaba, en la suerte de banderillas principalmente. Animado este torero con las inequívocas muestras de aprobacion que del público recibia á cada paso, y en vista de la poca utilidad que proporcionaba su ajuste en la clase de banderillero, de la que no podía dedicar suma alguna al mantenimiento de su familia, no vaciló en aceptar la categoría de matador, por más espuestas que para él fuesen las suertes que á esta clase corresponden.

La primera temporada del citado año de 1842. apareció Redondo con el carácter de media espada de la cuadrilla de Francisco Montes; y tales fueron sus trazas, que su mismo maestro quedó absorto de la notable habilidad del discípulo. No fué efecto de la casualidad el acierto con que Redondo desempeñó su cometido de matador; era un tino instintivo de imposible definición; pero de cuya existencia no puede dudarse, segun nos lo enseñó la experiencia en diferentes ocasiones. Los hechos posteriores convencieron también á Montes de que su discípulo practicaba por impulsos de su natural discernimiento, y en este caso no tuvo duda en colocarlo á su lado, para que en la clase de tal matador de toros alternase con él, lo cual tuvo efecto la segunda temporada del mismo año, siendo la plaza de Bilbao donde se estrenó con tal carácter. Un incidente desgraciado debía señalar la época del ascenso de Re-

dondo, y se realizó, recibiendo una cornada en la misma plaza á que hemos aludido, la cual ofrecia tanto peligro, que puso en cuidado á su familia y amigos. Por fortuna, esta no fué tan grave como pudieran figurarse, y en breve curó, si no completamente, al menos lo bastante á permitirle la continuacion del ejercicio aquel año. Concluidas las funciones de toros en esta poblacion, pasó la cuadrilla de lidiadores á las de Vitoria y Tudela, y Redondo continuaba formando su segundo jefe de la misma, y desempeñando sus atribuciones con la misma aceptacion que hasta entonces, y aun algo más si se puede decir, en razon á que cada día se notaban progresos y adelantos considerables en el moderno matador. Desde este último punto pasó Redondo á Madrid, y el público de la córte tuvo ocasion de admirarlo y de prodigarle sus consideraciones. Concluyó la temporada de estas fiestas, y nuestro hombre regresó á Chiclana para consuelo de su afligida madre, que sin cesar temia un acontecimiento desgraciado para su hijo, como consecuencia de la constante esposicion y riesgo que tal ejercicio proporciona. A la vista de Redondo desaparecieron para su madre y familia todos los fundados temores abrigados hasta entonces, y todo fué júbilo y alegría. Redondo no era ya aquel jóven imposibilitado de favorecer la situacion de su casa, era el jefe de la familia, que provisto de recursos, aunque á gran precio adquiridos, venia á mejorar la posicion angustiosa de su madre, y á trastornar, bajo un aspecto de buena especie, el carácter detestable de la

pobreza. Hasta aquí la primera época de la historia de este distinguido lidiador. Pasemos á la segunda ó última, que nos facilitará los verdaderos antecedentes para juzgarlo con acierto en el juicio que su mérito reclamó.

El último tercio de la vida artistica de José Redondo es, bien examinado, uno de aquellos fenómenos que la naturaleza dá á conocer bien de tarde en tarde, como se dejará comprender por nuestro relato. Este aventajado diestro demostró sus excelentes propiedades para matador de toros en la primera temporada del año de 1842. En la segunda del mismo año, ascendió á alternar con su maestro, y en la primera del siguiente año ya hacia ajustes por sí; y sin más director que sus conocimientos y facultades, trabajaba en plazas de primer orden á satisfacción completa de los concurrentes. Esta velocidad con que el bisoño matador de toros comprendió todos los secretos del arte, hasta el punto de ser considerado desde luego como una notabilidad, y para crearse una reputacion en cierto modo justificada, es, á todo juicio, un acaso especial de que no creemos se conozca otro ejemplar. Por esta razon quizá, creció tambien su fama con la mayor rapidez, y en tal concepto fué reclamado para torear en la plaza de Madrid, donde su triunfo fué completo, puesto que unánimes le concedian una distincion y aventajamiento extraordinarios.

Creóse en la córte un numeroso partido, que se disputaban la amistad de Redondo, y por esta causa le vió el público de la misma por tres años conse-

cutivos trabajando en las funciones que tuvieron lugar, mereciendo siempre aprecio y consideracion.

Un incidente que algunos officiosos prepararon sin saberlo, vino á alterar la estancia de Redondo en Madrid, que en vista de algunos disgustos, determinó trasladarse á Andalucia, donde permaneció dos años consecutivos; en aquel país fué tambien aplaudido y aumentó sus triunfos de una manera considerable. El año último, ó sea el de 1850, se le volvió á ver en la córte ajustado con su maestro Francisco Montes, hácia quien se le notó un afecto particular, debido sin duda al agradecimiento que le profesaba; y este ha sido conducido por Redondo hasta el extremo de haber espuesto su existencia en más de una ocasion por salvar la de Montes en momentos de escesivos compromisos y peligrosas particularidades. Una herida recibió por ello en la temporada á que aludimos, que pudo muy bien haber dado fin con su vida; pero en cambio tuvo la satisfaccion de haber llegado el caso de poder dispensar servicios á quien todo lo debia.

Redondo fué ágil y escelente figura en la plaza; por esta circunstancia supo captarse las simpatias del público.

Practicó la suerte de *galleos* y quites á picadores como pudiera atribuirse al más distinguido de los diestros pasados y presentes.

La suerte de matar la ejecutaba Redondo, bien *recibiendo*, bien á *volapie*, pero de cualquier modo, siempre en su terreno.

Daba muy buenas estocadas, generalmente hablando, y fué de los que más *pararon los piés* cuando la situacion de la rés lo permitia.

Ultimamente, este aventajado diestro fué, como hemos dicho en un principio, uno de los más notables de aquella época, y con mayor motivo de la presente, si existiera. La posicion que Redondo supo conquistarse, la conservó y sostuvo constantemente á satisfaccion de sus adictos en particular y apasionados en general.

Despues de los apuntes biográficos que llevamos hechos del malogrado José Redondo, vamos á permitirnos tomar de los ANALES DEL TOREO (con el beneplácito de su autor), la decadencia de su último período tauromáquico y la enfermedad que le llevó al sepulcro.

Antes de su regreso á Andalucía en Setiembre de 1852, firmó José la escritura para la primera temporada de 1853 en Madrid, cortejado obsequiosamente por aquella empresa, que fiaba su lucro al inmenso partido del diestro de Chiclana en todas las clases de la populosa capital de la monarquía; pero la esperanza del restablecimiento de su salud salió fallida, y cuando á principios de Marzo se presentó en la córte el famoso matador, comprendió la empresa, consternada, que era imposible su presentacion en el circo, y que el sello de la muerte marcaba ya su pálido y demudado semblante. Dejemos al *Clamor Público* del dia 29 de Marzo de 1853 el triste encargo de referir el desenlace de una existencia tan distinguida por brillantes títulos, y traslademos

aquí la sentida y detallada relacion que conservo esmeradamente desde entonces y para este objeto.

— Los afiliados al gremio tauromáquico y cuantos se ocupen con algun interés de la postracion y decadencia en que se encuentra el arte que hicieron célebre los Romeros, Costillares, Pepe-Hillo y Montes, no podrán saber sin sentimiento la prematura muerte del torero más animoso, inteligente y mejor plantado que habia en España. José Redondo (el Chiclanero), discipulo y pariente del insigne Francisco Montes, heredero de su justa fama y diestro el más airoso entre todos los diestros que han pisado el redondel, sucumbió ayer 28 del corriente, minutos antes de las cinco de la tarde, despues de una larga y penosa enfermedad. Veinte dias hace que llegó de su país natal con una tisis tuberculosa que por momentos se fué agravando. Sometido primero el paciente al tratamiento de un empirico por voluntad propia, y más tarde á los cuidados de un entendido profesor, han sido ineficaces todos los recursos empleados para salvarle. Segun nuestras noticias, ayer mañana fué llamado á casa de Redondo el distinguido médico D. José del Prado, el cual sólo quiso encargarse, condicionalmente, del enfermo, en vista de su mal estado, y hasta tanto que se celebrase una consulta. Asistieron á esta los señores Toca y Guardia, quienes desesperando de la curacion del paciente, como el señor Prado, dipusieron, á propuesta de éste, que se le administraran los Santos Sacramentos, sin perjuicio de seguir con el plan que por la mañana

•le habia prescrito aquel facultativo. Así trascurrieron algunas horas, sin que al parecer se advirtiera alteracion sensible en la salud del enfermo; pero una reaccion fatal agotó momentáneamente sus fuerzas, y en un acceso del mal le sobrevino la hemorragia y exhaló el último suspiro. José Redondo ha muerto á la edad de treinta y tres años, rodeado de una familia que nada omitió por salvarle, y de amigos que le querian entrañablemente.

Completemos este lúgubre relato con un suelto de la seccion editorial de *La Correspondencia*, relativo á los funerales suntuosos del malogrado espada andaluz:

•Anteayer y ayer hasta las cuatro de la tarde estuvo expuesto en una capilla de la parroquia de San Sebastian el cadáver del célebre espada José Redondo (el Chiclanero). Ayer á las cuatro y media fué conducido con grande pompa al cementerio de San Ginés y San Luis, donde yace sepultado. La caja iba colocada en un magnífico carro mortuorio tirado por seis caballos, llevando las cintas del ataúd los cuatro diestros, Julian Casas, Cayetano Sanz, Manuel Diaz (*Labi*) y Manuel Jimenez (*el Cano*). El cortejo salió de la referida parroquia, dirigiéndose por las calles de Atocha, Carretas, Montera, Fuencarral, á salir por la puerta de Bilbao, en cuyas afueras está situado el cementerio. Seguian al carro fúnebre 104 coches, entre los cuales iban el del señor Gobernador civil y los de muchos grandes de España. Un gentio inmenso obstruia las calles, y los balcones estaban completamente llenos.

•La muerte de José Redondo es una pérdida irremparable para la tauromaquia.»

Al dar cuenta de la función de toros en la plaza de Madrid verificada en la tarde del 5 de Abril de aquel año, memorable por el prematuro fin de tan singular espada, empezaba su revista del espectáculo *El Enano* con las siguientes frases:

•Hecha la acostumbrada señal por la presidencia, salió al palenque la cuadrilla, vestida de negro en signo de luto por la reciente defunción del inclito diestro José Redondo; impresionando vivamente á los espectadores aquella novedad, que mereció los aplausos tan pronto como el público pudo reponerse de la sensación triste que la aparición de la cuadrilla le produjera.»

La cuadrilla del Chiclanero se compuso de lidiadores de primera línea, tanto á pié como á caballo; figurando en ella como picadores Juan Gallardo (*el Montañés*), Pedro (*el Habanero*), Juan Fuentes; y como peones, *el Raton*, Nicolás Baro, Aragon (*Paquillo*) y Juan José. Atendiendo al objeto principal de estas reseñas biográficas, hemos sacrificado á la cuestión de método en esta como en otras tareas de la propia índole, buen número de aventuras curiosas y pormenores interesantes, que respecto á José Redondo corresponden al raro tipo de un hombre, igualmente favorecido por la naturaleza y por el arte, y que tuvo una época de fascinación en todos los pueblos de España, semejante á la que disfrutaron en sus tiempos José Delgado (*Hillo*) y Francisco Herrera Rodríguez, conocido por Curro Guillen.

Terminado nuestro propósito, para lo que no hemos omitido medio á fin de que nuestros lectores tengan conocimiento aproximado de lo más importante de la vida tauromáquica de Redondo, réstanos sólo añadir á nuestro particular amigo D. José Velazquez y Sanchez, autor de *Los Anales del Toreo*, que le felicitamos por su publicacion, y le damos las gracias por la deferencia y galanteria con que ha distinguido á nuestro director de EL TÁBANO regalándole, firmado, el magnífico volumen ilustrado de tan costosa obra.

MANUEL DIAZ

(LAVI).

Quizá haya sido este matador de toros uno de los que más interés inspiraron en el redondel, no precisamente por el entusiasmo que produjera la perfeccion de su trabajo, sino por el concepto particular que al público en general mereció. En efecto, difícilmente podremos hallar un lidiador que con más fuerza de voluntad se lanzara á los peligros que ocasiona esta profesion, ni que más se desentendiera de los resultados: una circunstancia concurría al propio tiempo, que no debemos pasar en silencio,

y es, que habiendo sido Manuel Diaz lidiador de un extraordinario valor y de un corazón á toda prueba para las reses, no fué sin embargo el torero de más crédito por sus estocadas; pero dejando para despues el análisis del mérito artístico de Diaz, diremos algo relativamente á sus antecedentes.

Manuel Diaz (*Lavi*) nació en la ciudad de Cádiz por los años de 1812 aproximadamente, y desde su más tierna edad se dedicó á la lidia de reses bravas, con motivo á que sus ocupaciones lo precisaban á asistir en el establecimiento que lleva por nombre *Matadero* en la capital de que hemos hecho mencion. Pocas ó ninguna persona autorizada habia por entonces en esta plaza capaces de dirigir la educacion tauromáquica de *Lavi*, y por consecuencia de ello, el niño lidiaba sin un método acertado, ni otras reglas que las dictadas por su imaginacion, en cuyo reducido número sólo tienen cabida esas tan conocidas de todos, cuyo carácter vulgar y subalterno nos releva de explicacion. Bajo tan escasa influencia creció Manuel Diaz, siempre dedicado á este ejercicio, adelantando en él, aunque paulatinamente, cuanto era compatible á la escuela de la práctica, hasta que por último le habilitó este elemento para poder figurar como lidiador de profesion. Una vez reconocido con semejante carácter, se le vió como banderillero, cuyo puesto ocupaba á satisfaccion del matador de quien dependia, distinguiéndose en determinadas ocasiones, siquiera por su arrojo y valentía, y por la manera resuelta y voluntariosa con que se presentaba á los lances más comprometidos

y peligrosos. Reconocida esta particularidad por los amigos de Diaz, le inclinaron á seguir la profesion en el concepto de matador, á la cual se dedicó bien pronto, con mucha aceptacion por parte de los espectadores, de lo que resultó á poco la base de su reputacion. Algunas plazas recorrió Diaz, y en todas ellas consiguió ciertos triunfos de un inestimable valor, por cuanto todos han sido ajenos á intrigas, y sólo hijos de la mejor y más decidida buena fe. Por ello fué llamado tambien á ocupar una plaza en el circo de Madrid, donde trabajó diferentes veces, y creóse un partido que asistió gustoso á las funciones donde tomaba parte.

Establecido Manuel Diaz en la ciudad que le vió nacer, ocupóse en varias faenas que le ayudasen á vivir y sostener á su numerosa familia con una regular decencia, y proporcionar á sus hijos la educacion esmerada de su clase, de que él careció por abandono de sus padres.

Despues de habernos explicado de una manera franca y leal en lo que llevamos relatado, parece tambien justo que expongamos las razones que nos asisten para ello, cuya demostracion haremos, más bien que aislada, envuelta en el juicio critico que este diestro nos mereció durante su vida torera.

Su toreo fué, á no dudarlo, franco en demasia, y poco escudado por el arte; así fué, que con escasos recursos para evadirse de los inminentes peligros que ocasionan algunas reses, ya por su natural condicion, ó bien por la defensa que hacen de sí propias cuando experimentan castigo, parece probable

que este lidiador, como todos los demás en quienes concurren parecidas circunstancias, pase su vida artística con la mayor velocidad, puesto que debe reducirse al escaso período en que la agilidad es el principal elemento de su crédito. En el lidiador de quien tratamos pasó esta época como era natural, y si bien le hemos visto en sus últimos años envuelto en grandes peligros, de los que su serenidad y práctica lo han libertado, fácil es también que llegue el caso dado en que estos recursos no sean suficientes, y de aquí las consecuencias funestas de las desgracias. La buena fe que siempre reconocimos en Díaz nos obliga á esta narración, y para que sirva de advertencia á los que hoy tolean sin método ni concierto.

Terminamos, pues, estos apuntes, manifestando que, deseoso *Lavi* concluir sus días pacífica y cómodamente al lado de su familia, firmó en 1858 ventajosa escritura para Lima, embarcándose con una cuadrilla reducida, aunque selecta; pero á los diez días de su arribo á tan hermosa ciudad, sucumbió de una maligna fiebre, quedando sus despojos mortales en la tierra donde fuera á buscar aplausos y fortuna.

D. RAFAEL GUZMAN.

Nada más justo, nada más en razon que detenernos en la descripcion del personaje á que se refleren nuestros apuntes, porque claro es que alguna consideracion merece el que todo lo sacrificó, hasta su posicion social, por abrazar el ejercicio de lidiador de toros. No nos pareció preciso colocar su biografía en el lugar que reclamaba la antigüedad de que era dueño, y preferimos dejarlo en el último término, siquiera por las circunstancias especiales que concurrían en aquel cumplido caballero. Llegado ya este caso, y provistos de los antecedentes que demuestran la verdadera procedencia del lidiador de que tratamos, pasaremos á la historia de sus vicisitudes.

En la antigua y rica ciudad de Córdoba, y el 16 de Noviembre del año 1803, nació un niño á quien se le puso por nombre Rafael, el cual debia su existencia á D. Enrique Perez de Guzman, y á doña Dolores Fernandez de Córdoba, condes de Villamanrique del Tajo, naturales tambien del país que antes hemos citado. Desde bien temprano fué puesto al cuidado de un preceptor acreditado, que despues de enseñarle los extremos que constituyen la educacion

primaria, le dedicaron al estudio del latín, en cuyo idioma no hizo nunca señalado progreso. Así continuó hasta la edad de trece años, que pasó á Madrid con dos de sus hermanos, en cuya época tuvo entrada en un colegio donde debía dedicarse á los estudios que se exigían por entonces para ser admitido en el distinguido cuerpo de Guardias de Corps. Algunos años permaneció al servicio de la real persona, hasta que ansioso de adelantar en su carrera, determinó pasar al ejército, lo cual solicitó, siéndole concedido con destino al regimiento del Príncipe, de caballería, en el que dió á conocer un especial valor y un carácter á toda prueba. La educación puramente militar que D. Rafael Guzman había recibido, y sus naturales inclinaciones por otra parte, influyeron muy mucho en que su método de vida fuera también de particular condición y en nada parecido al que exigía su ilustre nacimiento, y por ello vivía constantemente en el mayor aislamiento, y sin sustentar relaciones con aquellas familias á quienes uníanlo ó bien parentesco ó ya razones de otra especie. En tal estado pasaba D. Rafael su vida, hasta que cambios políticos produjeron un órden del monarca, por la cual quedaba éste con otros muchos oficiales del ejército separado del servicio, y sujetos á una purificación que Guzman rehusó siempre.

Llamábase á esta clase indefinidos, y ninguna obligación se le impuso, por lo que D. Rafael se retiró á su país natal, donde contaba con suficientes recursos para vivir con las más apetecibles como-

didades. El hastío que proporciona una vida sin ocupaciones, unido á la vehemente afición que Guzman profesaba á la lidia de reses bravas, produjo que dedicase muchos dias á este género de distraccion, con lo que, lejos de saciar su deseo, aumentábase proporcionalmente, y en términos que á ninguna otra cosa era posible inclinarle. Pasada esta época, y calmadas las disposiciones del Gobierno absoluto en razon á las seguridades que tenia de su conservacion hubo más tolerancia en la nueva admision de ciertos oficiales de los antes separados de sus respectivos cuerpos, y D. Rafael Guzman fué destinado por segunda vez á su antiguo regimiento. Hallábase este de guarnicion en Sevilla, y el edificio destinado para su acuartelamiento estaba situado á muy escasa distancia del establecimiento ó Casa-matadero, razon por la cual asistia D. Rafael á presenciar la lidia que los toreros ejecutaban diariamente, siempre que se encontraba de guardia en la prevencion. La desmedida afición de Guzman, unida á la familiaridad que se adquirió con muchos de los lidiadores de profesion que al matadero concurrían, y otra infinidad de circunstancias debidas á la casualidad, formaron en D. Rafael la resolucion de lidiar algunas reses, lo cual ejecutaba con tal acierto, que en más de una ocasion lo examinaron con asombro los mismos que poseian aquel ejercicio como esclusiva profesion. Corrió así el tiempo, y un nuevo incidente se presentó para que D. Rafael se resolviese á abandonar para siempre la carrera militar. Un disgusto habido con sus jefes le hizo solicitar la licencia ab-

soluta, y como le fuese concedida, no pensó desde entonces en otra cosa que en abrazar la profesion de matador de toros. Contaba con sobrados elementos para ello, y sólo podia resentirse de falta de práctica, la cual procuró adquirir bajo la direccion del acreditado Juan Leon, que no rehusó en instruirlo sobre el terreno de cuanto podia serle de ventajosa utilidad. Este pensamiento siempre fijo en D. Rafael Guzman no tardó en realizarse, pues á poco se le vió figurar como espada trabajando con aceptacion en varias plazas de las de primer orden en España, consiguiendo triunfos de extraordinario valor: díganlo sino los públicos de Madrid, Sevilla, los Puertos, Valencia y otros. Distintos años ejerció esta profesion, de la que no habria desistido tan pronto, si en el año de 1838 no hubiera sido victima del furor de la faccion de la Mancha, donde fué vilmente asesinado quizá por su escesivo valor, en ocasion que se dirigia por segunda vez á Madrid, donde debia torear con el célebre y malogrado Francisco Montes.

Hasta aquí la historia de las vicisitudes del hijo de los condes de Villamanrique del Tajo; hablemos ahora del hombre privado, y despues del lidiador y de las razones de sus triunfos.

Como hemos manifestado, la educacion aislada que desde luego se le dió al niño, produjo los efectos consiguientes en su porvenir, pues á ser aquella distinta, no dudamos que habria corregido sus instintos, y tal vez lo hubiéramos visto dedicado á ocupaciones de otro género y mejor avenidas á la

ilustre prosapia de un descendiente de *Guzman el Bueno*; pero no por eso dudemos un momento de los buenos sentimientos y distinguido proceder de don Rafael Perez de Guzman (que tal era su completo apellido); atento y caballeroso, no dejaba nada que desear en su trato particular; pero virgen en sus instintos, carecia de este temor ideal que en cierta educacion inspira hasta en los hombres más resolutos, y que por él se atienen sirviéndoles de freno para todos y cada uno de sus procedimientos. En el personaje que nos ocupa no existia esta circunstancia á pesar de lo que para ello pudiera influir su educacion militar. Ninguna consideracion tuvo fuerza bastante para hacerle retroceder de su proyecto, y al fin abrazó esta ocupacion, en la que por razon de pundonor, que sin disputa era una de las cualidades que le distinguian, se conquistó una gran posicion en su carrera adoptiva, como no podia menos en quien ya de alguna edad se sometió al aprendizaje de un arte, que cual este de que tratamos, reclama ciertas condiciones contrarias á las que indudablemente debia poseer D. Rafael.

Pero concretándonos á su mérito artistico, ¿cómo negar la perfeccion con que concluia las más dificiles suertes del toreo? No era uno de esos diestros sobradamente hábiles y en los cuales se nota una fuerza de arte á toda prueba; pero en cambio conocia todas las situaciones de la res, y sabia aplicar sus medios de defensa con una oportunidad que designaba la notable aficion é interés con que las habia aprendido en el corto periodo de su es-

cuela práctica. Educado también de una manera perfecta en equitación, comprendía como muy pocos diestros la suerte de quites de varas, y así es, que á su lado lucían los picadores y trabajaban con el desembarazo que inspira la persuasión de que habían de ser librados en el momento de acercarse el riesgo de la suerte.

No podemos juzgarlo como banderillero porque jamás se dedicó, que sepamos, á esta suerte; pero como espada, sólo diremos que era matador de mucho valor aunque de bastantes medias estocadas, siempre bien dirigidas. La muleta de D. Rafael no era de especial defensa, pero franca y poco revoltosa. Trasteaba á las reses con serenidad y las más veces se abstenía de *liar* hasta que el bicho se encontraba en su terreno. Prefería, generalmente hablando, los volapiés, á la suerte de recibir, y sólo lo examinamos partidario de este último método en las reses bravas y boyantes.

Tales son las propiedades que reconocimos en el matador de toros D. Rafael Perez de Guzman, con otras dotes además de la mayor importancia que le grangearon una reputación taurina no común en la generalidad.

Su desgraciado fin nos priva de mencionar otras cualidades especiales que poseía respecto á su valor, el cual conducía las más veces hasta un extremo temerario. Descanse en paz en la mansión eterna, mientras su numerosa y distinguida familia le tributa el homenaje que reclama su azarosa y desgraciada existencia.

ANTONIO DEL RIO.

El diestro que figura á la cabeza de estos apuntes nació en Madrid, siendo su padre Isidro, y su madre Inés Jordan. Aplicado el niño á la escuela de primera educacion, fué separado de ella antes de haberse perfeccionado en los rudimentos necesarios para colocarlo en el aprendizaje de un oficio, que más adelante debia proporcionarle la subsistencia: el elegido por Antonio fué el de carpintero; pero apenas lo hubo conocido aunque sin perfecta regularizacion, ya lo observaba con indiferencia porque no era ciertamente la ocupacion á que más apego denotaba. Dependiente el padre de Rios del establecimiento conocido por *matadero*, y criado en él por esta razon el lidiador de quien hablamos, fué despertando cierta aficion al toreo, que creciendo paulatinamente y en proporcion á la manera que ejecutaba, concluyó por decidirse á adoptarla como un ejercicio; en balde intentaron los padres de Antonio separarlo de esta aficion que tan perniciosa podria serle; en balde tambien prodigaron castigos al niño; él no les daba valor de ninguna especie porque en su imaginacion no fermentaba más idea que lle-

gar á figurar en la lidia, y de aquí la razon de que cuanto sus padres practicasen era enteramente nullo y de ninguna significacion.

Persuadidos los padres de Rios de la firme resolucion del niño, accedieron por fin á tolerar su práctica en el toreo, y muy poco tiempo despues ya se le vió concurrir con su tio Gregorio Jordan á una funcion de toros que tuvo lugar en el pueblo de Espinar, bajo la direccion del lidiador Colilla, bastante distinguido en aquella época. Esta salida fué ejecutada por los años de 1824, y Antonio del Rio nació en el de 1811; por consecuencia á los trece años de vida, bien temprano ciertamente, inauguró el niño la profesion que despues debia sostenerlo con decencia.

Estos primeros ensayos, que como tales debian considerarse, fueron continuados hasta el año de 1834 que un incidente ajeno á su prevision lo separó del ejercicio por algun tiempo.

Llegado que hubo el año de 1839, volvió Rios á torear, y su primera salida la efectuó con Francisco Montes en la plaza de Madrid en clase de banderillero, donde consiguió adelantos bien notables que lo distinguieron en varias ocasiones. Ya se habia creado un numeroso partido que animándolo progresivamente le decidieron á dedicarse á las dificiles suertes de matador, constituyéndose al poco tiempo como segundo de Montes en las funciones ejecutadas aquel año en las plazas de Orihuela, Alicante, Zaragoza y otras, hasta que hallándonos en el siguiente de 1846, fué contratado en Madrid ce-

diendo la antigüedad á José Redondo, por un rasgo de deferencia hácia aquel, y como prueba de la singular amistad que los unia.

Difícilmente hallaremos un matador de toros que cuente anualmente con más ajustes que Antonio del Rio, si bien estos fueron de poblaciones subalternas; pero de ellas sacó el necesario producto para atender con esplendidez á sus atenciones, sosteniendo al propio tiempo un crecido número de familias que dependian del citado Antonio.

Fáltanos decir de este diestro las propiedades artísticas que más le recomendaban, y á quién debió principalmente su educacion tauromáquica que, en obsequio á la razon y á la verdad, queremos publicar.

Antonio del Rio fué justamente querido de su tío Gregorio Jordan, hombre muy célebre en la lidia, tanto por razon de sus muchos conocimientos prácticos, cuanto por la suma habilidad que siempre supo demostrar en las distintas suertes de la lidia. Este ha sido el más eficaz maestro de Antonio, y al que debió las buenas propiedades que poseyó; de modo que con toda la verdad podremos decir, que Antonio del Rio, si no progresó más en la carrera del toreo hasta ocupar más distinguida situacion, fué por culpa de las vicisitudes que mediaron en su existencia, las cuales entorpecieron la marcha de sus adelantos, influyendo asimismo en el acrecentamiento del crédito que de otro modo habria disfrutado.

No obstante, Antonio fué un buen espada, y en

determinadas suertes estuvo á una altura inmensa. Díganlo los que lo han visto estoquear á volapié aun con las reses de más cuidado y mala condicion, y nos concederán la razon sin ningun género de obstáculos. Merced por ello á Jordan, que jamás dejó de explicarle los experimentos adquiridos á costa de tanta y tan constante práctica.

Y ya que de Jordan hablamos, debemos reiterar una observacion que antes hemos hecho en más de un circulo de aficionados, cual fué el mucho tiempo que estuvo retirado de la plaza de Madrid, desconociendo, como hoy sucede, á los decanos del ejercicio. Cosa fué y es, que llamó mucho la atencion de los inteligentes, toda vez que creemos, y con justicia, que algun aprecio y consideracion debe tenerse á los que mucho han contribuido á los progresos que hoy se experimentan en el arte de la lidia. Dicho esto, concluiremos expresando que Antonio del Rio, no mereció una proteccion cual debiera en concepto de colocarlo en situacion de que le hubiera estimulado. Por estas y otras razones que no debemos publicar, se vió precisado á solicitar una plaza en el matadero de Madrid, en el que hoy continúa colocado y considerado de sus antiguos y modernos compañeros.

Los incidentes ocurridos desde 1855 en que dejó de torear y fué colocado en el Matadero de Madrid, hasta hoy 4.º de Julio de 1874 que terminamos los apuntes de Antonio del Rio, han sido no pocos, habiendo perdido un hijo en quien fundaba sus esperanzas, el cual, regresando de una caceria se cayó,

y con su misma escopeta se dió un tiro en el pecho del que murió instantáneamente. Le deseamos larga vida, y que las personas que atienden á conservar le en su destino no le abandonen en el último tercio de su existencia.

JUAN LUCAS BLANCO.

La opinión que existe sobre este lidiador es tan vária y enteramente opuesta, que difícilmente pudiéramos hablar con acierto y justicia si nos atuviésemos á las noticias que de él circulan entre los más consecuentes aficionados á toros. A personas dotadas de una gran inteligencia las hemos escuchado en un sentido que nada favorece á Lucas, y otras también autorizadas se han explicado tan en contrario sentido, que en más de una ocasión hemos concebido la idea de que este matador de toros llegara á ser una de las más aventajadas notabilidades de su época. Para estas diversas opiniones existe una fundada razón; pero que no se explica por sí

sola, y que por consecuencia hay precision de analizarla tal cual nosotros la concebimos. El público de Andalucía, que es el que verdaderamente sostuvo el aventajamiento de Lucas, lo ha visto lidiar con un arrojo, valentia y cierta perfeccion digna de un privilegiado crédito, y el de Madrid, por el contrario, nada notable ha experimentado en su trabajo en ninguna de las épocas en que en el circo de la misma poblacion ha sido contratado. ¿Y qué causas pueden influir en ello? preguntarán algunos: nosotros diremos á qué obedece tales efectos. Es evidente que existe en las personas una preocupacion más ó menos grave, segun la idea que á cada cual domine, relativamente á la circunstancia que lo motive; esta preocupacion llega en ciertas acasiones á perseguirnos hasta en la vida privada, y aun en los más insignificantes procedimientos, porque tal es la natural condicion de la raza humana. A Lucas le sucedia esto cuando ante el público de Madrid se presentaba, al cual le tiene un pavor especial, que funda en el desgraciado acontecimiento de su padre, y asi sólo se infiere la dislocacion que en él se experimentaba cuando ante el público se presentaba á trabajar; dominado por un terror pánico, nada practicó que nó fuera detestable y desordenado; pero visto y examinado este mismo hombre en otros puntos, se le notaban rasgos de consumada inteligencia y fuerza de arte que otros le conceden con razon y con justicia. Hecha esta clasificacion del lidiador, con referencia al circo de Madrid, podrán conocer nuestros lectores, que Lucas estaba

llamado á ser uno de los diestros que más acreditasen el mérito de la escuela donde fué enseñado á torear. No le juzgaremos en todas sus partes, por temor de incurrir en algunas equivocaciones que desvirtuasen la exactitud de cuanto llevamos manifestado; pero no por ello dejaremos de asegurar nuevamente que hubiera sido un aventajado matador de toros.

Añaden los *Anales del toreo*, con referencia á lo que fué Juan Lucas Blanco en casi todas las plazas de España, menos en la de Madrid, por las razones que anteriormente dejamos demostrado:

Al ocurrir la catástrofe de Manuel Lucas, padre del que motiva estos apuntes, en Madrid el año de 1837, quedó pobre y desamparada la familia; porque si bien es cierto que ganaba mucho el difunto matador en sus últimas temporadas, entonces los toreros tenían un orden de existencia muy diferente al de hoy, gastando sin medida en francachelas y siendo reparable el retraimiento en desbarros y jaranas, cuando Juan Leon, Juan Pastor y tantos otros, trazaban un tipo tan pródigo y desbordado á los lidiadores andaluces. El dolor y la vergüenza por la muerte de su padre en un cadalso, desterraron á Juan Lucas de la sociedad y en particular de sus maestros y condiscipulos. Apremiado por la necesidad buscó refugio en los compañeros de aquel desgraciado, hallándose propicios á proporcionarle trabajo Juan Leon, Juan Pastor, Juan Yust, Francisco Arjona y Juan Martin, prestándose á contribuir á la buena obra Francisco Montes, aunque el jóven

huérfano hubo de preferir á sus paisanos, más ó menos enemigos del héroe de Chiclana. Banderillero endeble con Leon y Pastor en los primeros vuelos, reconoció mayor interés por sus adelantos en Yust, y al emanciparse éste de la tutela de Juan Leon, formando cuadrilla, le hizo más que peon de ella un hijo adoptivo; concluyendo por vivir en casa de Yust á la muerte de la desconsolada viuda del desventurado Manuel Lucas. Este hizo por Juanito lo que Leon por Cúchares y Paquito por José Redondo, y en 1840 ya llevaba al chico de media espada á los circos de respeto y de segundo á las plazas de menos consideracion; dirigiéndole con una eficacia y un esmero que en poco tiempo transmitieron al educando la valentia y la firmeza que tanto realizaban entre sus contemporáneos al sobrino de Luis Rodriguez. En 1841 fué Juan Yust á Madrid contratado, y se opuso á llevar á Juan Lucas al pueblo en que se habia levantado el patibulo del autor de sus dias, dejándolo encomendado á Curro Arjona, que siempre le profesó grande cariño, y llevándolo de segundo á varios cosos de Andalucía y Estremadura en las salidas que le permitia su contrata con la empresa madrileña.

En 1842 y en el mes de Setiembre, sucumbió á la crudeza de un cólico, el protector de nuestro personaje, y al año siguiente contrajo matrimonio con la viuda de Yust; y hecho cargo de la cuadrilla del difunto, se lanzó al palenque de su cuenta y bajo brillantes auspicios.

Juan Lucas, en 1843, era un mancebo gallardo,

esbelto y de atractiva figura; produciéndose con ingenio y sobrada gracia, merced á su educacion; alegre, decidor y franco; heredero de la bravura y aplomo de Yust y de sus simpatias en todos los públicos de nuestra region; ligado á la seccion juvenil más bulliciosa de nuestra capital y provincias comarcanas; favorito de los toreros sevillanos, que fundaron en él esperanzas deslumbradoras; protegido por los aficionados de mayor prestigio, inteligencia y valer de Andalucía. Para colmo de la fortuna florecian entonces en las provincias andaluzas seis ú ocho castas de toros en todo el brio de la buena sangre, en el vigor de una tiente escrupulosa y en competencia de cria esmerada y de mejoramiento en las cruces entre razas de bien sentado crédito. Las ganaderias de Lesaca, Taviel de Andrade, Hidalgo Barquero, Arias de Saavedra, Castrillon, Martin, Barbero, Concha Sierra, Duran, Carrera, Nuñez de Prado, Romero, Balmaseda y Suarez, suministraban á las empresas corridas de bichos pujantes, francos de juego, ardientes de condicion y exentos de esa malicia que hacian á Costillares y á Hillo rechazar á los toros castellanos, declarándolos impropios para la lidia en Buena ley como lo permiten los nobles y boyantes bichos de la privilegiada Bética. Un matador por el estilo de Lucas, parco en el trasteo, aplomado en el citar, seguro en herir, y sin más táctica en lances de apuro, necesitaba toros de empuje y sin máculas de defensa; que entraran y salieran con arranque y voluntad; que no se esquivaran á las suertes, y que su fereza y

poderio no les permitiesen aprender en la lucha resguardos y evasivas del golpe final. El partido que sacó el jóven Blanco de estas inmejorables ganaderías andalzas, pareciera hoy una exageración de mi aprecio á su memoria si no hubiese tantos autorizados testigos de sus proezas en los cosos de Andalucía, donde extrañaban ya que tuviese que dar segunda estocada á un bruto, ó que le rematase el puntillero, porque habia tomado tal confianza en su sistema que era raro que diese tres pases; y la variación del trance de recibir, consistia en arrancar al animal, aguantándolo cuando acometia al bulto.

La reputación de Juan Lucas fué tan grande en Andalucía, que no sólo le ofrecieron ajustes las empresas, sino que diestros como Leon, Montes, Arjona Guillen y otros de segunda tanda, le brindaron participación en algunas de sus tareas, procurando así mayor efecto en las corridas, por la avidez con que se recibia en todos los circos al discípulo y sucesor del animoso Juan Yust.

Después de tan merecidos triunfos, y siguiendo los apuntes de nuestro amigo Velazquez y Sanchez, en que más hace resaltar el valimiento del que biografamos, añade:

En Setiembre de 1845 le ví torear en Cádiz, en la tarde del día 7, ocho toros de D. Eustaquio de la Carrera (de la Puebla, junto á Coria), con Juan de Dios Dominguez y Manuel Macías de medio espada; despachando sus tres bichos de tres estocadas recibiendo, y siendo objeto de una ovación que recordaba los juegos olímpicos de la Grecia. La empresa

de Sevilla dió un beneficio en el propio mes al diestro de moda, encerrándose seis toros de la señora viuda de Lesaca que remató de siete golpes, todos en rigor de escuela, y descalzo en el cuarto por el estado del piso á causa de un furioso aguacero, que no le impidió consumir la suerte con un éxito extraordinario.

En 1846 fué contratado para trabajar en la plaza de Madrid de tercer espada, con los diestros José Redondo (el Chiclanero) y Manuel Diaz (*Labi*); yendo á la capital de la monarquía precedido de una reputacion que prometia un nuevo Pepe Hillo á la espectacion curiosa de los inteligentes madrileños. Los temores de Leon y los vaticinios de Redondo no tardaron mucho en realizarse, y recibió en la tercera corrida de la temporada una cornada enorme en el vientre bajo que puso en inminente peligro su existencia; volviendo mustio y humillado á la metrópoli de Andalucía, porque para mayor desgracia del hijo adoptivo de Juan Yust, ni una sola vez consiguió en la citada plaza de Madrid dar una muestra de aquella suerte de recibir toros, tan ponderada en cartas, periódicos y referencias de la region meridional de España.

En 1847 trató de recuperar el crédito perdido y en Almedralejo quiso volver á su método primitivo de traerse á los toros sin cejar un paso y sufrió otra cornada horrible en el aparato genital, que le puso á los umbrales de la tumba, dando fin á los testimonios de su altiva intrepidez.

En 1848 empezó un periodo de angustiosa lucha,

en que Blanco se esforzaba en vano por recobrar aquella seguridad heroica en el aguardo de los brutos, que le habia valido una nombradía tan rápida como lisongera; pero ni con toros boyantes y sencillos de condicion era el mismo hombre que otras veces ni poseia recursos en el arte para variar de rumbo, renunciando á una suerte que le traía á la memoria la imagen de desastrosos escarmientos, ni atinaba á defenderse con especie alguna de cautelosas tácticas de esos brutos de maligna índole que ponen á prueba el saber de los lidiadores y sus más reservadas facultades.

En 1850 alternó con Juan Leon y Cuchares en Sevilla y otras plazas, notándose marcado y depro-
rable descenso en su método de lidiar.

Hasta 1852 duraron las infructuosas tentativas de Juan Lucas por formarse un sistema de toreo, aspirando á imitar los trámites ofensivos de Leon y Curro, y el primer toro, de la ganadería de Concha Sierra nombrado *Gorrion*, lidiado en Cáceres en la tarde del 29 de Agosto, le enseñó con una lesion terrible que no se improvisan las mañas habilidosas cuando faltan la inteligencia y sangre fria en el diestro. En 1853 menudearon los fracasos de menor cuantia, como varetazos, revolcones, puntazos y arrollamientos; manifestándose en la corrida de 25 Setiembre en Sevilla la inminencia de una catástrofe siempre que Blanco tuviese delante un toro de respeto, como lo era *Zahurdon*, de la ganaderia del Sr. Saavedra, que cogió por dos veces al espada, y en la tercera le causó una profunda herida en la nalga derecha.

En 1855 en las corridas del Puerto de Santa María, por consecuencia de salir al redondel embriagado, á cuyo vicio se aficionó hasta la denigración, se hirió en el pecho con el hierro de la muleta al ser arrollado por el cuarto bicho, de la grey de Martínez Azpillaga, en la primera tarde; y en la segunda, llevó un puntazo en la mano al pasar al quinto toro de Concha-Sierra, por cerrarse contra los tableros.

En 1857, y todavía halagado por un partido de rara consecuencia, alternó con Dominguez practicando cuanto le permitian sus escasas fuerzas, no sin disgustar al público, por estar en perpétua zozobra, temerosos de una cogida.

En Abril de 1858, lidiándose en Sevilla toros lesaqueños de la pertenencia del Sr. Marqués del Saltillo, salió Blanco tan fuera de sí, merced al abuso de las bebidas espirituosas, que en un quite de caballo se puso á la salida del primer bicho, y tomándole este de sobrado en la cabeza, le produjo una dolorosa herida en el sobaco derecho, siendo retirado á la enfermería en bien grave situación.

El decaimiento moral de Blanco se convirtió en una especie de fosca misantropía completada en sus aciagos efectos por el funesto hábito de la embriaguez, en la cual, si un tiempo buscaba tonicismo y vigor, sin calcular sus inmediatas y fatales reacciones, últimamente queria encontrar el olvido de sus penas en el rendimiento de sus facultades. Se apartó de los círculos en que se reunian sus constantes favorecedores avergonzado de su conducta, y se

esquivó el trato de ciertas personas, que ya combinaban los medios de colocarle en el gremio de la tablajería, procurándole una subsistencia ménos azarosa que el toreo, para el cual carecía totalmente de actitud en la situacion á que le reducian sus circunstancias. En la corrida de toros que tuvo lugar en Jerez en la tarde del 24 de Junio de 1864, el primer bicho cogió dos veces al desalentado Juan Lúcas, y en la tercera le infirió una herida intensa en el costado derecho, que se creyó mortal en los primeros instantes, aunque luego se declaró grave por los facultativos. En Setiembre de aquel año, le vimos en Sevilla pedir licencia para matar un toro, y sin la intervencion de Dominguez y los cuidados solícitos de sus peones, hubiera sido arrollado varias veces por la fiera; pues salió á la plaza enteramente ébrio, y en tal disposicion que daba lástima é ira á sus mismos partidarios en dias mejores. Desapareció el hijo de Manuel Lúcas de la arena de los combates taurinos, como se desvanece una lúgubre sombra; y en 1865 su nombre no pareció en cartel alguno de España cual si le contaran por muerto para los ejercicios del coso. Igual silencio guardaron los anuncios respecto á él en la temporada de 1866, y al término del invierno de 1867. dijo un periódico de Sevilla:—*Ha fallecido en el Hospital general y al rigor de una aguda bronquitis, el diestro Juan Lúcas Blanco, reducido en sus postreros dias á la última miseria.*»

JULIAN CASÁS,

(EL SALAMANQUINO).

Raras son las circunstancias que han concurrido en las vicisitudes de Julian pues, pocos de los que se han dedicado al ejercicio del toreo han contado con menos proteccion para hacer adelantos en este arte que el lidiador de quien nos vamos á ocupar.

Dedicado á ello por pura aficion y no por estímulo de ninguna especie, aprendió por instinto, y sin que una mano hábil é inteligente lo dirigiese en su carrera: de ello pudieron resultar dos males de bastante trascendencia como deja conocerse, al totero de quien hablamos, cuales pudieron ser: vicios que adquiriera capaces de inutilizarlo en términos de no poder ser corregidas ó su completa destruccion, causada por una res al sortearla, sin las reglas que enseña la práctica. Julian, puede decirse que desde luego supo colocarse á mayor altura para que la impericia no le ocasionase lo que era más lógico y natural. Dotado de una agilidad extraordinaria, evadió los primeros peligros que esta profesion acarrea, y pronto comprendió su mision

como deducirán nuestros lectores por la fiel reseña de sus apuntes biográficos.

Julian Casas nació en la ciudad de Bejar (Salamanca), el día 16 de Febrero de 1818, de cuya población también era natural la que le había dado el sér, hija de pudientes fabricantes y de una de las familias mejor acomodadas de la enunciada ciudad.

El padre del lidiador de quien tratamos pertenecía á la carrera militar, y en ella ocupaba el lugar de oficial con destino al batallón provincial de Murcia en la época que Julian abrió los ojos á la luz del mundo. Consiguiente parece que ayudada la familia de este por la fortuna, se procurasen dedicar al niño á los estudios para darle una decente carrera tal cual competente era á la clase que en la sociedad representaba su familia. Aplicado desde bien pequeño á la escuela de primera educación, se impuso de los rudimentos primarios que se cursan en esta enseñanza, y apto ya para ocupar un lugar en la de mayores facultades, dedicóse á la cirugía que era á la que demostraba más afecto.

Ocurrencias particulares de las que trastornan los más meditados planes de los padres de familia, hicieron que la de Julian trasladase su domicilio á la ciudad de Salamanca: allí fué aplicado á la continuación de su carrera; pero con peor éxito sin duda, puesto que ya había concebido una decidida afición por la lidia, la que difícilmente se le hubiera hecho borrar de su imaginación ni aun á costa de las más acertadas disposiciones. Así se deduce de la narración siguiente: por los años de 1832, épo-

ca la cual, Julian se ocupaba de los estudios que debian constituir su carrera, se negó decididamente á estudiar, y su único divertimento estaba cifrado en ocuparse de torear á cualquier res que la casualidad le proporcionaba. Sabedora su madre de la conducta de Casas, adoptó medidas severas para separarlo de esta senda, y como no pudiera conseguirlo apeló á reclamar el auxilio de las autoridades, pues que el carácter de madre era insuficiente para precisar á Julian al cumplimiento de sus mandatos. Reconvenido este por las personas de quien la pobre señora habia reclamado amparo, fingió cumplir sus preceptos, y dió palabra de no ocuparse jamás en la lidia de reses; pero aunque el jóven lo prometiese entonces de buena fé y con ánimo resuelto de no faltar, no le fué posible resistir á su violenta aficion, y poco tiempo despues, ya se le vió volver de nuevo á lo que ni él mismo podia rehusar. Cerciorada de ello la madre, solicitó para su hijo castigos los más severos, y Julian fué aprisionado en una cárcel, como esclusivo medio para impedirle continuar en la ocupacion que habíase elegido. Algunos dias estuvo privado de libertad y este recurso fué sin duda el que produjo mejores resultados, puesto que no volvió á lidiar reses por entonces.

Llegado el año de 1835, la madre de Casas pereció al cruel padecimiento conocido en el mundo por *cólera-morbo*, y entonces éste, libre ya de toda sujecion, se dedicó esclusivamente á la lidia como profesion y medio de vivir. En el mismo año

de 1835, unióse Julian á otro diestro llamado *el Fraile*, y con él asistió á una novillada que tuvo lugar en la poblacion de Toro, donde tambien debian lidiarse dos toros de muerte, de cuya operacion estaba encargado el compañero del lidiador que nos ocupa. Concluida que fué la fiesta en esta poblacion, pasaron á la ciudad de Valladolid, y poco despues á Palencia, y en todos estos puntos adquirió Julian señalados triunfos, no obstante sus cortos conocimientos en la profesion que se eligiera.

De este modo continuó Casas por mucho tiempo sin conseguir que una persona autorizada dirigiese su educacion tauromáquica; pero su aflicion y la práctica constante que adquiria eran los elementos poderosos que servian muy bastante para perfeccionarlo paulatinamente y conducirlo algun dia á la elevacion de alternar con las principales notabilidades en el ejercicio.

Pasados que fueron algunos años y llegado el de 1840, fué llamado á Salamanca el matador de toros José de los Santos, para dirigir la funcion que por la época de la feria se ejecuta en la misma ciudad, y este diestro admitió á Julian en clase de banderillero para la misma, cuyo desempeño fué á satisfaccion de cuantos concurrieron á la fiesta, prometiéndole tanto más, quanto que era la vez primera que Julian representaba tal carácter. D. Antonio Palacios, bastante conocido del público como empresario hace años de la plaza de Madrid, presenciando estos primeros ensayos de Julian, y como lo viese tan poco favorecido por la fortuna y lo conceptuaba

acreedor á mejor suerte, se decidió á dispensarle cuanta proteccion le fué posible, formando un empeño particular en que Julian trabajase en la plaza de Madrid. A pesar de las vehementes instancias de este señor, no fué posible que lo consiguiera hasta despues de trascurridos tres años, que lo fué el de 1843, época en la cual se le vió á Casas por primera vez en este circo (Madrid). La asignacion que se le dispensó fué la mitad de lo estipulado á los demás compañeros, pues que estaba completo el número y tenian la inmediata dependencia de sus respectivos matadores. Esta salida de Julian puede asegurarse, sin disputa, que fué ciertamente de las más desairadas que se pueden concebir, respecto á que ni á nadie conocia en el redondel, ni de nadie tampoco podia recibir inspiraciones ni enseñanza, toda vez que para todos era indiferente su éxito. Situacion triste, á la verdad, la de este intrépido jóven; empero no habia medios hábiles en él de poderlo remediar y debia resignarse y sufrir el rigor de la suerte. Despues de practicadas algunas funciones, en las cuales Julian adquirió cierto crédito por su asiduidad y buen desempeño en el trabajo, ocurrió un desagradable incidente, cual fué la cojida sufrida por un banderillero del matador de toros Angel Pastor, el que despues de infinitos sufrimientos falleció cuatro dias despues, y su lugar pasó á ocuparlo Casas por la espontánea eleccion del mismo Pastor, que ya reconocia las propiedades de Julian. De este modo concluyó la temporada á que nos hemos referido; y al acer-

carse la del año siguiente, el Salamanquino fué contratado por la empresa de la plaza en razon á que los matadores ajustados ya tenian compromisos adquiridos con otros, y Julian volvió de nuevo á su habitual aislamiento. Así continuó este diestro hasta el año de 1845, en que por consideraciones á la situacion de Casas, se le cedian algunos toros de gracia por los respectivos matadores, los cuales mataba bien ó mal; pero que en la práctica de la operacion recibia nociones que hasta entonces desconocia. El año de 1846 fué más fecundo en acontecimientos prósperos para Julian, pues visto su desamparo por los célebres Juan Leon y Francisco Arjona Guillen, se inclinaron á su favor y siempre contaban con Casas para las funciones que contrataban fuera de Madrid, haciéndolo figurar las más de las veces como medio espada, ya que no de banderillero. Un año consecutivo disfrutó de las lecciones que aquellos distinguidos diestros le prodigaban; y al fin de la temporada ya Casas tenia la aptitud suficiente para alternar con otro matador, segun así lo demostró en el siguiente año de 1847, época en la cual trabajó en una corrida con Manuel Diaz (Lavi), no habiéndolo hecho antes por haberse negado otros matadores á alternar por entonces con el de que hacemos mencion en estos apuntes. Todo parecia haberse conjurado contra Julian para embarazar sin duda los adelantos que en la lidia pudiera realizar; pero su voluntad de hierro no se entorpecia ante estos obstáculos y contratiempos, y por eso los sabia arrostrar con la mayor serenidad.

Tras esta época de azarosas complicaciones, vino la temporada de toros de 1848, y Julian fué escriturado como otro matador en la plaza de Madrid, practicando con Francisco Arjona Guillen y en calidad de segundo, cuantas funciones de provincias contrató aquel espada. Muchos adelantos proporcionaron á Casas estas fiestas y crédito á toda prueba, siquiera por darse á conocer de los públicos á donde trabajó. Lo prueba así la diferente situacion que este supo ocupar el año de 1849, en que ajustado en la plaza de Madrid, contrató por sí sólo varias funciones en provincias, en las que adquirió señaladas muestras de consideracion de los públicos que le veían, continuando del mismo modo en el año de 1850. Hasta esta fecha trabajó con el mejor éxito en las plazas de Salamanca, Valladolid, Palencia, Pamplona, Zaragoza, Bilbao, San Sebastian, Albacete, Málaga, Córdoba y otras que no recordamos.

Conformes con los *Anales del toreo*, dice á este propósito su autor:

•En 1850 puede considerarse á Julian Casas llegado al desarrollo de sus facultades y circunstancias en la profesion; siendo un torero incansable, inteligente, desenvuelto, dirigiendo á la cuadrilla con oportunidad y tacto, captándose las simpatías sin esfuerzos ni salidas de su órbita de accion; tipo grave y de dignidad exenta de orgullosas pretensiones, cumpliendo de la mejor manera que sus cualidades se lo permiten y alternando con todos los espadas sin dar nunca pábulo á choques ni rivalida-

des con alguno de ellos. Su juego de muleta es corto hasta pecar de insuficiente en los bichos maliciosos y resabiados; prefiere irse á los toros á atraerlos á sí aunque se lo persuada la indole de los brutos: no ciñe á los volapiés y cuarteá demasiado entrando al testuz: adolece de predilección hácia un tranquilo de recurso como el paso de banderillas, que es peculiar á casos extremos y de justa defensa en los matadores, y revela con el capote y con los rehiletos que se ha formado en el arte sin el auxilio de una pródica enseñanza, que al desenvolver sus prendas las purgará de imperfecciones y de inconveniencias. Tal fué el juicio que mereció en Sevilla en 1852 en las corridas de 29 y 30 de Mayo en que tuvimos ocasion de terciar en ciertas polémicas que suscitaron su ajuste y su toreo.

En los alegres puertos de Andalucía, en 1852, 53 y 54, alternando con Diaz (Lavi), Ezpeleta, José Carmona, Cúchares, Dominguez y Mendivil, recibió Casas ovaciones y agasajos sin cuento; estremándose Cádiz, Jerez y el Puerto de Santa María en colmar de obsequios y de presentes al Salamanquino. Como este lidiador es una persona de inteligencia cultivada, de carácter pundonoroso y tiene á su ejercicio ese amor que elevan á culto los ánimos perseverantes en sus pasiones y sentimientos, trató de corregir su método de lidia, esponiéndose no poco en sus ensayos á desgracias, bien fáciles de suceder al que renuncia á su sistema por adoptar el que menos conoce, y más en oposicion se encuen-

tra con sus hábitos y costumbres. En la corrida de 24 de Marzo de 1856 en Madrid, jugándose toros de la ganadería de D. Justo Hernandez, citó al primero tres veces para la suerte de recibir sin que acudiera el bicho; y empeñándose en dicha suerte con el tercero, y moviéndose al entrar en su terreno el bruto, sufrió un puntazo en el muslo derecho, obligándole á retirarse las exigencias unánimes del público y de la autoridad. En Tudela de Navarra, corrida del 27 de Julio de 1857, trasteando al tercer toro de D. Nazario Carriquiri, se obstinó en traérselo para matarlo encontrándose con él, y de tal manera se le vino, cerrándole contra las tablas, que el matador tuvo que tomar la barrera, salvándose gracias á su presteza maravillosa; pero hiriéndose un pié con la espada, de cuyas resultas estuvo impedido de trabajar por algun tiempo. Estos casos, que nos revelan de citar otros muchos, convencieron al Salamanquino de que era ya tarde para mudar de escuela, y su claro juicio y viva penetracion impidieron que se aferrára como Juan Lucas Blanco, en trazarse nuevo rumbo, libertándose de contingencias dolorosas y empleando mejor su ingenio de adquirir experiencia teórica y práctica, debiendo reconocer en este punto y con ingenuidad, que despues del maestro Juan Leon he tratado á pocos diestros que mejor se apliquen sobre principios y aplicaciones de su arte y que más sepan con relacion á la historia, episodios y alternativas de las lidias de reses bravas en nuestro país.

La reseña minuciosa de las plazas que Julian ha recorrido en calidad de jefe de cuadrilla fuera har- to dilatada, pues que duro y afanoso en sus tareas, lidiador apreciable y apreciado y modesto en sus condiciones y conducta, no ha desechado ajustes por ahorrar molestias y fatigas, ni ha reparado en categoría de cosas para aceptar compromisos, ni ha repugnado las alternativas con sus compañeros, entre los cuales se ha mantenido siempre con la mejor armonía.

Si no estamos equivocados, el año de 1869 fué el último que trabajó en España, y entre una de las plazas lo fué en la de Huelva, donde escitó el entusiasmo á un extremo que recordaba la época de auge de Francisco Montes, y es de esperar de su complexión robusta, arreglada existencia y conservación de facultades, que continúe sus días faustos, que libre Dios de trepizos y fatales accidentes.

En Noviembre de 1870, fué ajustado por el ciudadano Manuel Miranda, de origen peruano, para trabajar veinte corridas de toros en la capital de Lima, acompañándole con igual contrato el espada Gonzalo Mora y sus correspondientes cuadrillas de banderilleros, en cuyo punto continúa hasta esta fecha en que terminamos la obra. Por los informes que de este diestro nos han suministrado los periódicos y correspondencia particular, cumplió con sus compromisos, trabajando despues hasta el año de 1872 en varias corridas extraordinarias, unas en celebridad del nuevo presidente de aquella república y otras de origen piadoso para los zapadores vo-

luntarios de Lima. Creemos se ocupe hoy más que de toros, de comerciar con España en determinadas mercancías que abundan en nuestro suelo y escasean en aquel, donde cuenta con numerosos amigos por su trato jovial y caballeroso.

Estas propiedades naturales en el matador de toros cuya biografía terminamos, le han granjeado también en Madrid y otros puntos que le honran sobre manera, siquiera por la independencia que los componen. Nosotros asimismo debemos confesar que le apreciamos como hombre tanto ó más que como artista, porque en ambos conceptos le reconocemos propiedades de inestimable recomendación que en nuestro juicio lo elevan á otra situación más satisfactoria, como cumple á su constancia y excelentes deseos.

CAYETANO SANZ.

En el año de 1822, Luis Sanz, padre del lidiador Cayetano, fué llamado á mejor vida, dejando en la más penosa situación á su esposa Regina Pozas, que se encontraba en cinta al ocurrir aquel grave acontecimiento. Seis meses después dió á luz un niño que debía crecer y morir sin la satis-

faccion de conocer á su padre, y á este se le bautizó con el nombre de Cayetano, que es precisamente de quien hacemos mencion.

La viuda de Luis no contaba con recursos suficientes para la manutencion de su hijo, y no bien hubo salido de la edad de la lactancia lo envió al cuidado de sus abuelos, tomando su madre la determinacion de contraer matrimonio en segundas nupcias, tal vez con el fin de asegurar su porvenir y no verse precisada á descender á más penosa vida.

Desde esta época, se puede asegurar que Cayetano quedó fuera del círculo de familia del que su madre formaba parte, puesto que esta, por razon del nuevo enlace, habia variado su dependencia. Cayetano en tanto crecia al lado de sus abuelos, que en proporcion á sus escasas facultades, le prodigaban todo género de cuidados, y le facilitaban á la vez la educacion que era compatible con la posicion social que ocupaban.

Una vez aprendido por Sanz los primeros rudimentos de la enseñanza primaria, y apenas contaba diez años de edad, fué aplicado por sus abuelos al oficio de zapatero, en el que jamás hizo grandes progresos sin duda por la aversion que á tal oficio profesaba. Pasó algun tiempo y vacilaba sin una decidida aficion á nada; á todas las ideas ajenas se prestaba con una docilidad extraordinaria, porque aun no habia llegado á conocer la aficion verdadera que más se adaptara á sus instintos, hasta que un dia vió lidiar reses bravas.

Desde entonces parece que este niño habia encontrado la aplicacion que más en armonia estaba con su inclinacion, puesto que no le permitia dedicarse á otra cosa.

Innumerables fueron los castigos que recibia por parte de su familia que sin omitir medio alguno procuraba apartarle de esta senda, pero Cayetano decidido más y más, les hacia aparecer insuficientes para trastornar su voluntad de hierro.

Llegado el año de 1841, ocurriéronse varias funciones de novillos que tenian lugar en poblaciones sobradamente subalternas, y teniendo Sanz algunas relaciones de amistad con el diestro ajustado para trabajarlas, se ofreció acompañarle; aceptado lo cual, partió con él, y esta fué la vez primera que toreó en público, sin que de ello tuviese su familia ni el más remoto conocimiento. A su vuelta experimentó los rigores del castigo que sus parientes le propinaban por semejante conducta, y nada sirvieron estos tampoco para que variase su propósito. Continuó despues asistiendo en clase de lidiador á las corridas de novillos ejecutadas en el mismo año y en algunos posteriores en la plaza de Madrid, hasta que en 1844, se comprometió á trabajar en una funcion de toros que tuvo lugar en Aranjuez, los cuales pertenecian á la ganaderia de Veragua. Este señor le vió matar dos becerros en aquella corrida, y tanto por el acierto con que lo verificó, cuanto por la buena voluntad con que se lanzaba á los peligros de este género de suerte, el duque se interesó en su favor y lo recomendó al cuidado de José Cal-

deron (*Capita*), célebre banderillero y aventajado lidiador, cuyos grandes conocimientos podrian muy bien conseguir de Cayetano un torero perfecto. Así lo practicó este, y como prueba de ello fué Sanz ajustado al año siguiente de 1845, como banderillero de número, siempre bajo la direccion de *Capita*.

No disgustó Cayetano en esta temporada, aunque le faltaba bastante para torero, sin embargo de sus escelentes facultades físicas. Incidentes particulares del siguiente año de 1846, hicieron irrealizable el ajuste de Sanz por esta temporada ni hasta la siguiente del 47, en la cual volvió á presentarse de nuevo en la plaza de Madrid con el mismo carácter que dos años antes, aunque con más títulos de recomendacion, respecto á los notables adelantos que habia experimentado.

En este caso ya, probable parece que Cayetano aspirase á más, y en efecto, falto de otro recurso procuró su ajuste en la temporada de novillos del año 48, en calidad de espada, consiguiendo triunfos de tanta consideracion que le produjeron continuar en la correspondiente al año 49, con igual carácter.

En el mes de Febrero del mismo año, recibió una herida grave en el costado derecho; pero este incidente, lejos de contribuir á su empeoramiento, le afirmó más y más produciendo en él más la idea de concretarse á seguir un sistema fijo y regularizado en la lidia, tal como le habia sido esplicada diferentes veces por José Calderon (*Capita*), cuyos consejos artísticos no le habian faltado jamás.

El acontecimiento de la herida que recibió Sanz, hubiera influido en otros lo bastante para que menguase su afición, mas este diestro lo conceptuó como una consecuencia natural de la profesión, y si en algo pudo fijar la imaginación fué en examinar la condición de las reses en la temporada de invierno, que por razón de la estación son más espuestas por flojas y temerosas.

Aquí terminó el primer período del lidiador, en el que dejó señaladas muestras de estar llamado á figurar entre los diestros más acreditados de la época. Pasemos á relatar el segundo tercio de su vida y por él conoceremos más explícitamente las propiedades que la experiencia y la práctica le hizo adquirir.

Al segundo año del que llevamos hecho mención, ó sea el de 1849, fué escriturado Cayetano como espada y en alternativa del célebre lidiador Francisco Arjona Guillen (Q. E. P. D.) y Julian Casas (el Salamanquino); fué bien recibido del público y por esta razón quizá sus adelantos llegaron á conocimiento de varias empresas de provincias, quienes le hicieron proposiciones, aceptando Cayetano, entre otras, las emitidas por la plaza de Alicante, donde se trasladó con su cuadrilla.

Lidiábanse toros de Gaviria y de Veragua, y en una ocurrencia habida con una res de la ganadería primeramente espresada, corrió al peligro para evitar mayores catástrofes, y por desgracia fué herido en el muslo izquierdo, lo cual desagradó tanto á los espectadores que abandonaron la diversión

con el sentimiento que les infundió tan inesperado suceso.

Restablecido de sus heridas y como prueba de deferencia al lidiador, se le volvió á ajustar para dos corridas en el mismo punto, donde más afortunado que en la anterior fiesta quedó á gran altura, por lo que á cada momento recibia las más espontáneas demostraciones de cariñoso afecto.

Aun no completamente restablecido, cuando emprendió la marcha para Bilbao, y en cuya plaza fué donde podemos asegurar que completó sus triunfos. Acertado en todas las suertes, consiguió el aprecio de aquel público, en términos que los continuados obsequios recibidos lastimaban muchas veces su modestia.

En vista de lo que sabemos, fué invitado para contratarse el siguiente año en la misma poblacion, lo que no pudo efectuar por entonces por tener contraídos compromisos con otras empresas, aunque con notable disgusto.

Aquí terminan las particularidades de este lidiador en el año de su inauguracion como espada, y en obsequio á la verdad podemos decir que no á todos les es dado reunir tantos y tan merecidos triunfos en tan corto periodo.

Ocupándonos del año de 1850, diremos en relacion lo que hemos presenciado en la plaza de Madrid.

Ajustado Cayetano en la misma con Francisco Montes y José Redondo, cuyas especialidades fueron bien conocidas, diremos que cumplió hasta donde

sus fuerzas y conocimientos alcanzaron con relacion á las dos potencias con quienes alternaba. Logró, empero, hacerse aplaudir sin ningun género de mala fe y con la modestia que siempre tiene por distintivo.

Los aficionados sensatos que conocen su carrera tauromáquica, han presenciado despues todas las peripecias por que ha pasado el lidiador, llegando en su carrera al bien merecido nombre de *toreador de arte*, al extremo de llamarle *el torero fino*.

En sus últimos años, sufrió algunas cojidas, con especialidad en Madrid, de las cuales, como es natural, pudo quedar algo resentido, sin que por ello jamás haya preferido los aplausos á salirse de las reglas prescritas á la primitiva escuela.

En muy cortos intérvalos ha dejado de trabajar en la plaza de Madrid, sin que por ello lo haya efectuado en casi todas las plazas de España; pero en la córte, justos los aficionados é inteligentes, le han preferido siempre á ese cúmulo de matadores que al juzgarles en conciencia en la plaza de Madrid se han visto desvanecidas sus ilusiones.

En el año de 1872, siendo empresario de la plaza de Madrid el Sr. D. Antonio Hernandez, ajustó á Cayetano Sanz como primer espada para las temporadas primera y segunda en union de los diestros Rafael Molina (Lagartijo) y Salvador Sanchez (Fras-cuelo); terminando la primera temporada el dia 14 de Julio del citado año con una corrida extraordinaria del Sr. Bañuelos, en la cual Cayetano mató sus dos toros con admirable destreza, y dejándonos

el grato recuerdo de haber capeado con el mayor lucimiento el quinto toro llamado *Ligero*, aun cuando no le correspondia, aprovechando la codicia del bicho y satisfaciendo al mismo tiempo los deseos del público que tanto ansiaba verle ejecutar esta preciosa suerte.

Juzgado como hombre, Cayetano es acreedor á las mayores consideraciones, y privadamente en el seno de su familia digno de elogio. Sostiene á una numerosa familia y ha educado en la música á un hermano ciego; es, últimamente, el jefe de la parentela porque todos necesitan de su proteccion y amparo, y Cayetano no se los niega jamás.

Tiene un eterno agradecimiento al difunto José Calderon (Capita), porque á él debe sus adelantos, lo cual refiere con satisfaccion y deja por ello demostrado sus sentimientos.

Nota.—Innecesario parece que guardemos en la colocacion de las biografias de estos últimos diestros el orden que reclamaba la antigüedad de cada uno de ellos, porque además de ser corta la diferencia de tiempo que los separa, es en extremo suficiente conocido del público, y que en nada afecta al crédito y reputacion que hasta ahora hayan podido adquirirse. Cada uno es dueño del que sus hechos le han proporcionado y aun se ignora quien terminará su carrera con mayor número de triunfos y victorias.

Concretándonos ahora al lidiador que figura por cabeza en estos apuntes, diremos con nuestro amigo D. José Velazquez y Sanchez:

•En la inolvidable corrida de toros vista en Madrid el 20 de Abril de 1862, en la que sucumbió Pepete, se vió Cayetano tan acosado por uno de los bichos de Miura, que embrocándole iba á tirarle un derrote, que sin la serenidad y maestría con que se dejó caer burlando á la fiera, se cuentan dos catástrofes en aquella tarde infausta. En el festejo matritense de 20 de Julio del mismo año llevó un puntazo en la parte anterior del muslo por adelantarse descubierta á un toro rehacio que no llegaba hasta el centro de la suerte en los envites que se le hicieron para tantearle. En 31 del inmediato Agosto y en el mismo palenque, fué cojido Sanz por el quinto toro apenas desplegada la muleta, retirándose contuso á la enfermería. Cayetano es de los diestros que mejor conservan las facultades, quizá porque no prodiga sus esfuerzos, y en 1869, en el coso gaditano pude convencerme de que aun no se marca en él ese período de descenso que en otros toreros de su época y de menos brega ciertamente, siendo conjeturable que con el favor divino alcance una retirada honrosa.»

Despues de estos apuntes, ha sido escriturado para trabajar en la plaza de toros de Santander dos corridas, los días 25 y 26 de Julio del año de 1874 y otras dos en Alicante en dicho año.

JOSÉ ANTONIO CALDERON.

(CAPITA). (1)

A seis leguas de la capital de Andalucía, y en la misma carretera que conduce á la córte de las Españas, existe una antigua poblacion cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, la cual lleva por nombre *Carmona*.

Esta ciudad, pues tal es su categoría en el catálogo de los nombres apelativos, es sumamente populosa, quizá por la circunstancia de que su temperamento y posicion topográfica la hace productiva en los terrenos de su dilatado término. En esta ciudad, pues, y en la mañana del 6 de Abril de 1798, nació José Antonio Calderon, hijo de padres ilustres que debian la dependencia á una decente ocupacion que ejercian en la misma. Como era consi-

(1) Aun cuando hayamos invertido el órden de nuestra publicacion insertando en este lugar á *Capita*, no habiendo sido más que banderillero, séanos permitido hacerle esta deferencia en mérito á sus circunstancias especiales.

guiente recibió este niño la esmerada educación que á la situación de sus padres competía, respecto á los rudimentos que constituyen la enseñanza primaria, en cuya instrucción se ocupó hasta la edad de doce años en que sus padres cambiaron de domicilio, fijando este en Sevilla. Una vez establecida la familia de Calderon en esta capital, procuraron aplicar al niño á los estudios que forman la base de todas las carreras científicas; porque á tal extremo debía ser conducida la situación de Calderon, según la mente y voluntad de sus padres; pero eran estos los deseos del interesado, aunque omitió toda repugnancia. Sentía un particular desafecto á los estudios, y no obstante precavía lo necesario para no declarar su adversión, temeroso sin duda de causar con ello un disgusto á su apreciable familia. Así continuó por algun tiempo sin que hiciese notables progresos en sus estudios, hasta que llegado á la edad de diez y siete años se aficionó tanto á la lidia de reses bravas, que no se ocupaba de otra cosa. Innumerables fueron los disgustos que por esta resolución causó á sus padres y familia; pero ni esta particularidad ni la de otros distintos recursos empleados para separarlo de la senda que Calderon habíase trazado, fueron suficientes para que variase de resolución: tal fué el poder de la afición que al toreo profesaba.

Sabido es que entre ciertas gentes úsase generalmente improvisar un apodo conforme con la distinción que cada cual se adquiere en lo que se ejecuta, y así fué que por la propiedad con que Calde-

ron sorteaba á las reses, llamáronle *Capita*, y por tal se le conoció despues en el círculo de los lidiadores, á cuya clase correspondió este bien pronto, pues prescindiendo de toda consideracion, abrazó este ejercicio, haciendo sus primeras salidas con otros toreros subalternos á varios de los distintos pueblos que constituyen el término de *Aljarafe* y *Condado de Niebla*.

Hasta estos momentos nada de notable se experimentó en Calderon, si no fijamos la vista en la manera irreflexiva con que por su propio instinto cambió de posicion social; pero ambicionando sin duda un crédito que no le era posible adquirir entre tan adocenados diestros, resolvió su marcha á Madrid, que verificó por entonces en compañía de Manuel Parra, torero de cierta reputacion.

Trascurririan los años de 1818 cuando Calderon llegó á la córte, y en este mismo fué ajustado para trabajar (por primera vez) en la Plaza de Bilbao con el matador Francisco Hernandez (*el Bolero*), en cuyas funciones salió herido de gravedad. Restablecióse despues, y en la misma temporada trabajó igualmente en unas novilladas que tuvieron lugar en Valladolid. Llegó el año siguiente, ó sea el de 1819, y ya Calderon pertenecia á otras regiones, puesto que se ajustó para Santiago de Galicia con el célebre matador Francisco Herrera Guillen: ningun contratiempo experimentó este diestro en este año, ni en el sucesivo en que fué contratado para varias funciones en distintas plazas, hasta que en el año de 1821 vino á ocupar una pla-

za de banderillero efectivo en la cuadrilla de que era jefe el profundo Gerónimo José Cándido. Tres años permaneció Calderon con este distinguido matador de toros, hasta que en el año de 1824 pasó á formar parte de la cuadrilla á las órdenes de Juan Jimenez.

En esta época ya se encontraba el diestro á quien aluden estos apuntes enteramente perfeccionado en el toreo, y cada dia adquiria nuevos y más interesantes conocimientos que siempre le han sostenido á una altura de reputacion bastante bien aventajada; pero era indispensable ascender á más y aun cuando Calderon no reunia suficientes dotes para ello, no obstante, crecieron con la práctica sus buenas cualidades y en breve llegó á figurar en primer término entre todos los banderilleros de su época; así fué que todos los matadores de más crédito que han sucedido á lo que antes mencionamos, lo han tenido á su costado y jamás desatendieron sus consejos ni opiniones. Es cuanto podemos manifestar en obsequio á la verdad respecto á este diestro, que por otra parte no economizó en transmitir sus conocimientos á varios lidiadores, de los cuales hoy hay todavía quien recibe muestras de aceptacion por parte del público que los admira. Esta particularidad le honró mucho en vida á Capita, pues jamás desmintió las impresiones que causaron en él su primera educacion.

Omitimos todo comentario sobre esta circunstancia y tambien en lo relativo á la aptitud que en sus últimos tiempos tenia para la lidia; pero hasta

muy entrado en años su presencia en los circo siempre reportaba en utilidad aun cuando no se le viera trabajar con banderillas. Su capa fué siempre apreciada para el matador con quien se encontraba, porque en más de una vez les libró de eminentes peligros y contribuía en gran manera á su lucimiento.

Después de todo género de triunfos, y como hemos dicho ya que se complacia en aconsejar á sus compañeros la mejor manera de salir con lucimiento, tanto en la suerte de banderillas como con la del capote, los años le obligaron á dejar un ejercicio que sin facultades físicas no es posible librarse de una cojida.

Por espacio de algunos años estuvo atendido para su mantenimiento por algunos compañeros de profesion, y aun en sus últimos momentos se dió un beneficio en la plaza de toros de Madrid exclusivamente para Capita, en el cual se prestaron á trabajar la mayor parte de sus compañeros sin interés alguno. Muchas fueron las dádivas en su favor, empero los gastos escedieron á los deseos y por consiguiente los beneficios no aliviaron cual se deseaba la suerte de Calderon.

Por entonces se acababa de construir un hospital llamado de las *Cigarreras*, en el cual tambien se atendia con la mayor solicitud y esmero á todo el que con algun pequeño auxilio solicitaba su ingreso.

Vista su avanzada edad y los achaques consiguientes á ella, se le aconsejó pasar á dicho esta-

blecimiento en el que falleció el día 21 de Febrero de 1868 á los 69 años de edad.

Hubiéramos deseado ser más explicitos si los datos que se nos han manifestado hubieran sido más estensos; pero como un recuerdo á su memoria y á la solicitud de varios amigos del finado, lo hemos colocado en lugar preferente á su categoría.

Este es el verdadero juicio crítico que nos mereció el lidiador Capita, de quien escusamos hablar más por temor de incurrir en algun error.

MANUEL DOMINGUEZ.

El día 20 de Enero de 1816, Cristóbal Dominguez, padre del lidiador objeto de nuestra admiracion, pasó á mejor vida dejando en la más penosa situacion á su esposa Rosalia de Campos, la cual se hallaba en cinta al tener lugar el fallecimiento de su querido esposo.

Ambos eran naturales de Jelves, pequeño pueblo situado cerca de la imperial ciudad que con sus ondas baña el pintoresco Guadalquivir, y en este lugar pasaban sus días si no entre los turbulentos placeres que proporciona la opulencia, al menos con

la dulce paz que siempre ofrece el modesto fruto del trabajo.

El día 27 de Febrero del mismo año, y 37 días despues del fallecimiento del honrado labrador de Jelves, nació Manuel Dominguez, causando este alumbramiento una nueva pena á la desgraciada esposa, que no podia compartir con el que lloraba para siempre, la natural alegría producida por la contemplacion del fruto de sus amores.

No podia por mucho tiempo permanecer la afligida madre en aquel pueblo, donde los recuerdos acibaraban su existencia y donde no contaba con los suficientes medios de vida para atender á la educacion del pequeño vástago que acababa de dar á luz; así que trascurridos algunos días, trasladóse á Sevilla, al lado de su hermano D. Francisco de Paula Campos, capellan que era de las monjas de la Paz en aquella ciudad.

Inspirado este en sus nobles sentimientos y deseando para su sobrino un porvenir lisonjero, tomó á cargo su educacion, y despues de los rudimentos de la primera enseñanza, lo dedicó al estudio con los jesuitas; en contradiccion esto con su modo de ser, Dominguez no hubiera llegado á ordenarse nunca, aunque los esfuerzos de su buen tio hubiesen sido sobrenaturales; ocurrido el fallecimiento de este, hubo de dedicarse al oficio de sombrero; pero tampoco hizo grandes progresos en su nuevo oficio, porque siendo otra su predestinacion, faltábale la suficiente fuerza de voluntad para sujetarse á cuanto se dedicaba; esto es general, desde

que el hombre tiene uso de razon, se le ve dirigirse á aquello por que muestra más deseos de conocer y se identifica más con sus facultades: en vano intentaremos someter la ardiente imaginacion poética á los difíciles problemas que nos ofrecen las ciencias exactas, y en vano aquellas que se prestan á resolverlas podrán remontarse á los invisibles espacios del mundo ideal; así Manuel Dominguez, dedicado á cuantos ramos ofrece la industria humana no hubiera hecho progresos en ninguno de ellos puesto que su aficion decidida al toreo, despertó en él ese cúmulo de accidentes é impresiones, desconocidas en los diversos trabajos á que se dedicaba.

En efecto, tuvo ingreso en concepto de alumno supernumerario, en la escuela que se fundó en Sevilla bajo la direccion de Pedro Romero, Cándido y Antonio Ruiz (el Sombrero). Fué tanta su aficion y tantos los progresos que hizo en poco tiempo en esta escuela clásica de la pureza del toreo, que obtuvo la admiracion de todos sus compañeros y hasta sus mismos maestros, elogiando las facultades del escolar, hubieron de decir con ese tono de gravedad que tiene la inteligencia en el arte: «Este muchacho, no tiene desperdicio.»

Cerrada la escuela y diseminados los alumnos, salió trabajando de banderillero en Sevilla con Antonio Ruiz, y despues con Juan Leon, sobresaliendo en esta suerte como el que más; unido despues á varios jóvenes aficionados y decidido á correr fortuna, toreó en plazas subalternas obteniendo la mayor acogida y mereciendo las simpatias, de

cuantos guardaban en estima su trabajo. En 1835 toreó en clase de media espada con Juan Leon, siendo objeto de los mayores elogios.

Al año siguiente firmó un contrato de 28 corridas para Montevideo, verificando su marcha para aquella república en compañía de los picadores Luis Luque y Carlos Puerto, y de los peones Torrecilla, Botijo y Carnerero.

A poco tiempo de su llegada á aquel país y antes de terminar el contrato establecido, un incidente vino á desbaratar los planes de Manuel Dominguez; la guerra civil, ese cáncer que corroe las entrañas de las naciones más poderosas, minaba el corazón de aquel territorio virgen, y por consecuencia del armamento forzoso á todos los ciudadanos que formaban la república, Dominguez hubo de tomar parte en aquella lucha por más que fuese completamente extraño á ella.

Puesto al servicio del jefe Frutos Rivero, este tuvo ocasion de observar las excelentes cualidades que adornaban al diestro como soldado, cuyo valor estuvo á prueba en muchas ocasiones; terminada la batalla de Casero en Buenos Aires, fué hecho prisionero, escapando en compañía de otros á quienes cupo igual suerte por ser ya de noche, gracias á que sus contrarios no pudieron disponer del tiempo suficiente para quitarles la vida; á salvo ya del inminente riesgo que corrió en esta jornada, pudo incorporarse con la gente que mandaba el comandante Manuel Troncoso, donde permaneció hasta que dieron cuartel á todos.

Terminada la guerra, y á consecuencia de la coronacion de D. Pedro II, dió en el imperio del Brasil algunas corridas de toros, volviendo á conquistar nuevos lauros, y por consecuencia del armamento forzoso á todos los ciudadanos que formaban la república, Dominguez hubo de tomar parte en aquella lucha, por más que fuese completamente extraño á ella. Puesto al servicio del jefe Frutos Rivero, este tuvo ocasion de observar las escelentes cualidades que adornaban al diestro como soldado, cuyo valor estuvo á prueba en muchas ocasiones; terminada la batalla de Casero en Buenos Aires, fué hecho prisionero, escapando en compañía de otros á quienes cupo igual suerte reanudando con esto el interrumpido hilo de su ejercicio.

Acabadas las fiestas trasladose de aquel punto á Buenos Aires, donde le esperaban nuevas vicisitudes y penalidades; ya en la república Argentina, falto de medios para la subsistencia y cansado de agotar todo género de recursos, tuvo que dedicarse á enlazar reses desde el caballo, con cuyo ejercicio se ganaba el sustento, no obstante de tener que sostener grandes luchas con aquellos semi-salvajes, que á cada paso le disputaban el trabajo; pero Dominguez no se arredraba; dotado de un corazón valiente, y con una serenidad á toda prueba, nunca rehusó el ataque dirigido por cualquiera de sus contrarios, y esta fuerza moral, apoyada en la gran fuerza física que la naturaleza le habia concedido, bastó por sí sólo á rechazar y castigar aquellas agresiones dirigidas por los mordaces lábios de la

envidia; y tanta fué su preponderancia desde entonces, que aquellos mismos que le provocaban, llegaron á respetarle y temerle, apellidándole el señor Manuel el Bravo.

En este país ejerció Manuel Dominguez varios cargos que no es posible enumerar, llegando á ser por algun tiempo mayoral de negrada, en cuyo destino tuvo que luchar bastante con el carácter especial de esta raza.

Despues de 17 años de continuas fatigas, resolvió abandonar aquella comarca y regresar á España, verificándolo el dia 30 de Mayo de 1852, que llegó al puerto de Cádiz en la fragata *Rosas*; despues de 40 dias de navegacion desde su salida de Montevideo.

Apenas hubo llegado á Sevilla, se dispuso á continuar su primitivo ejercicio, por la carencia de recursos; á este fin visitó al célebre Cúchares que por aquellos tiempos estaba en todo el apogeo de su gloria; y sucedió lo que necesariamente habia de acontecer. Se observa generalmente, y con muy raras escepciones, que las grandes notabilidades en los diversos ramos del saber humano, aparecen desdeñosas ante aquellos que se proponen seguir la senda por ellos trillada; así que la visita de Dominguez al gran maestro, fué fria, recibéndolo con marcada indiferencia, y aconsejándole torease por los pueblos; no aprovechó mucho estos consejos el diestro que nos ocupa, porque en 1852 toreó en Sevilla, asociado al espada Conde; entonces pudieron observar los inteligentes que Dominguez no

había olvidado la escuela de Ronda, la cual carecía de verdaderos representantes en aquella época.

En 1853, interpretando el gusto general de los públicos, se propuso seguir la escuela de José Redondo, que indudablemente fué el diestro que más sobresalió en la suerte de irse á los toros y traérselos, desde que ocurrió la catástrofe de Curro Guillen.

Desde el citado año de 53 hasta el 1.º de Junio de 1857, que en el Puerto de Santa María sufrió la pérdida de un ojo, midió sus fuerzas ventajosamente con la mayor parte de los diestros que en nuestro país han sido objeto de admiración general; 53 días habían trascurrido, y Dominguez falto del ojo derecho, pero con el mismo valor y sin decrecer un instante esa serenidad ante el pèligro que siempre le distinguió, lidió en la plaza de Málaga seis toros del Sr. Concha y Sierra, con la misma aptitud que en sus mejores días; hasta el año 1860, sostuvo un combate desesperado con sus competidores, que juzgaron ciertas las probabilidades de superarle al fin, pero se engañaron completamente al ver que en Dominguez, sin embargo de faltarle una vista, y de tener tantos accidentes continuados, prevalecía ese espíritu que todo vencía y que lo colocaba siempre a la mayor altura; achacoso de un vicio humoral que ejercía su influencia principalmente en las articulaciones de las piernas, no obstante se le ha visto trazar con la espada un pequeño círculo, y dentro de él esperar impávido á uno de esos toros de quienes decía Juan Leon que eran

la *ira de Dios en un pellejo*, recibéndolo, dándole las tablas y cubriéndole la querencia, y con la más alentada resolución. ¿Qué diestro en condiciones tales, ha hecho una suerte en donde no obstante la inteligencia, tanto se espone la vida del hombre?

Ninguno; y no se crea que nos lleva hácia Dominguez un amor propio exajerado, ó una amistad exigente; nada de esto; bibiógrafos imparciales, nos proponemos dar á conocer á nuestros lectores las cualidades especiales del diestro, y de ningun modo separarnos de la verdad de los hechos; despues de un encuentro aciago con las fieras, se ha visto más bravura y más serenidad á la cabeza de los toros, cosa que nadie se esplica, mientras que en otros una cogida ha bastado para manifestarse despues recelosos, y con ese temor que deja un encuentro de esta naturaleza.

En 1858 y despues de varias corridas, resistió á la preponderancia de Antonio Sanchez (el Tato) que por aquella época se encontraba en toda la potencia de su edad y de su toreo; no obstante esta circunstancia, resucitó nuevamente el entusiasmo por la escuela de José Redondo. En estas continuas alternativas de decaimiento y arranques bizarros, menudearon las cogidas.

En 1862 toreó en Córdoba, Sevilla y Cádiz con grande éxito, conquistando en estos puntos merecidos aplausos; así pasaron tres años en los que Dominguez siguió dando á conocer á los diversos públicos que le admiraban, todos esos vastos conocimientos que siempre ha poseido en su ejercicio, has-

ta que en el año de 1865 tuvo necesidad de tomar los baños medicinales de Chiclana, por sentirse bastante resentido de las articulaciones.

Algo restablecido de este padecimiento que con tanta frecuencia le molestaba, trabajó en dos corridas que se hicieron en Sevilla el año 1869 en union de José Lara (Chicorro); en estas dos funciones Dominguez fué objeto de la más grande ovacion por parte de sus numerosos amigos, los cuales le aconsejaron renunciase á nuevos compromisos donde pudiera en un dia perder el fruto de tantos triunfos.

Seguramente no llegaríamos á terminar este trabajo con la brevedad á que nos vemos forzados, por el corto espacio de que podemos disponer, si fuésemos á detallar infinidad de consideraciones á que tanto se presta la historia del lidiador Dominguez. Pero, sin embargo, dejariamos un vacío en su biografía tauromáquica, si no precisáramos una por una las cogidas que ha sufrido.

El día 26 de Julio de 1854, en la plaza del Puerto de Santa María, estando *al quite* en la suerte de *vara*, confiado sin duda en que el *bicho* no remataría en las tablas, fué alcanzado y herido en el muslo derecho en la parte posterior.

En la misma plaza el 24 de Junio de 1857, y en la suerte de matar *aguantando*, fué enganchado por el costado derecho de la chaquetilla y arrojado al suelo, pero sufrió tan fuerte golpe en la frente que le produjo la salida del ojo y un puntazo debajo de la mandíbula derecha.

En la plaza de Salamanca, el 15 de Setiembre de 1860, estando al *quite* en la suerte de matar, Bocanegra se permitió indicar á su compañero lo que debia hacer con el toro que le buscaba el bulto; pero fué tan celoso en su iniciativa que se adelantó más que el matador al toro para marcarle la suerte; pero hizo por él y no por la muleta que al mismo tiempo le presentó Bocanegra, siendo euganchado y herido cerca del *ano*.

El 25 de Julio del 55, en la plaza de toros de Santander fué cogido al tomar el estribo de la barrera y herido en el muslo en la parte anterior.

En la plaza de Cádiz, la tarde del 15 de Agosto de 1862, en la suerte de matar, se hallaba el toro en los medios de la plaza, donde por más esfuerzos que hizo, no pudo arrancarle de una querencia, que por ser accidental, parecia debia abandonarla con el castigo. El matador Dominguez, celoso por su honra torera, que la estima en tanto como la de hombre pundonoroso en su vida pública y privada, le estendió el rojo trapo pisándole su terreno y en querencia ya natural marcadamente. Al segundo pase fué desarmado de la muleta, y haciendo el toro por él, fué cogido y herido en la nalga derecha.

En la plaza de toros de Bayona, el dia 20 de Agosto de 1856, recibió una cornada en la ingle que le impidió seguir trabajando. Esta cogida fué bastante singular por cierto: nos permitiremos reseñarla tal y como fué, pues además que podrá servir de enseñanza á los matadores en particular y á los

diestros en general, para que no intenten suertes con los toros que no tengan las condiciones que marcan los reglamentos, pues es difícil salir sin exponerse á una terrible cogida.

Estando pasando al toro en la suerte natural, hubo precision de cambiarse con él, pasándole con uno de pecho en las tablas; pero el toro cuando esto ocurría, tenía un pedazo de capote en el cuerno derecho y hubo de teparle la vista, no obedeciendo á la muleta del diestro. De aquí se desprende perfectamente que los toros llamados de buen TRAPIO tengan, como dice Montes, las verdaderas condiciones á que se destinan, cuales son, la *casta*, la *edad*, las *libras*, el *pelo*, el que estén *sanos* y con especialidad *que no se hayan toreado*. Ahora bien: el toro que cogió á Dominguez, suponiendo, como así fué, que estuviera en perfecto estado para correrse, no obstante vemos que el citado Dominguez confesó despues de la cogida que no debió intentar suerte alguna por el obstáculo que tenía en uno de los cuernos, y mucho ménos en un pase de pecho que tiene que hacerse rápido, ceñido y sin moverse del terreno.

Queremos, aunque ageno de este lugar, prevenir á los diestros, y en particular á las autoridades que presiden los espectáculos de esta naturaleza, que no consientan se lidien toros *burriciegos*, *mogones*, *tuertos* y contra-roturos, pues si bien es cierto que pueden sortearse es preciso un gran conocimiento del arte para no exponerse.

Separados por un momento de nuestros apuntes

biográficos, entremos nuevamente en ellos para terminar la série de cogidas que estamos apuntando.

El 15 de Mayo de 1863, en la plaza de Sevilla, también fué cogido por salvar al picador Coriano, aunque sin grandes consecuencias. Lo que hizo Domínguez en esta ocasión pudiera calificarse de temeridad á no haberlo ejecutado en varias ocasiones para salvar á sus compañeros. El caso fué, que el toro, desoyendo las voces del espada, ni ménos hacer caso del capote para quitarle de la querencia del caballo que cubria al picador en parte, se arrojó al toro saliendo con él hasta los medios, porque comprendió perfectamente que el bicho iba de huida; y tanto fué así que cuando se soltó siguió el viaje hasta las tablas, sin hacer por el bulto.

El día 10 de Julio de 1864, en la plaza de Sanlúcar de Barrameda, fué cogido y herido en el muslo en la suerte de la vara, estando Juaneca en ella y en el suelo. Tan codicioso estuvo el toro sobre el picador y caballo, que le fué preciso á Domínguez echarse casi encima de la fiera para que abandonara al hombre y caballo.

En el circo taurino de Sevilla, el 17 de Mayo de 1874, sufrió otra cogida en la parte media del muslo derecho, en la suerte de matar.

El toro á que nos referimos, aunque sencillo en la suerte de varas, pasó á la de banderillas bastante aplomado, y acostándose sobre los tableros; pero con tendencias marcadas á la querencia del toril. De ella no salió en banderillas sino despues del tercer par, pero volvió á la muerte á tomarla como en

defensa. El matador Dominguez, observando que el bicho no remataba los cites del trapo y que su querencia era, más que natural, forzada por la aproximacion al chiquero, pudo sacarle de ella y colocarse con la espalda al toril; cuya operacion sólo es dada á un matador consumado como el que nos ocupa, que tiene mucho corazon y posee en todas sus partes la primitiva escuela de Ronda. No obedeciendo el toro á la muleta, ni menos hacer por la querencia y sí por el diestro, que se fué con él, y alcanzado, le enganchó, segun dejamos ya dicho, por la parte media del fémur derecho.

Por manera, que hasta el año anterior de 1874 al 1875, en que cerramos estos apuntes, ha sufrido nuestao héroe la friolera de NUEVE COGIDAS, CON HERIDAS TODAS GRAVES.

En 1854 la primera, en 1855 la segunda, en 1856 la tercera, en 1860 la cuarta, en 1862 la quinta, en 1863 la sesta, en 1864 la sétima, en 1867 la octava y en 1874 la novena.

Hemos hecho este resúmen con el objeto de que nuestros lectores formen idea completa, en particular los que no han alcanzado sus buenos tiempos, del valor de este lidiador y en particular despues de haber perdido del ojo. No sólo causó el natural asombro á los aficionados despues de esta desgracia verle torear á los cincuenta y tres dias una corrida en Málaga de Concha y Sierra como en sus primeros tiempos, sino á sus compañeros, entre ellos á José y Antonio Calderon (*el Tuerto Capa*), que decia que cuando él perdió el ojo izquierdo andu-

vo dos años sin concierto ni lino, tropezando siempre, equivocándose en los bultos y medidas del terreno en las corridas.

Para terminar estos apuntes, baste saber que los hechos de más valor en la vida torera de Manuel Dominguez, datan del percance funesto de la pérdida del ojo, creyendo algunos que de sus resultas se retiraría de la lid.

Tanto sus amigos como el que ha trazado estos apuntes, en vista de tan satisfactoria campaña, le aconsejamos desista á nuevas aventuras en la *pelea* con los toros, pues pudiera en una hora mala perder el fruto de tantos afanes.

JOSÉ RODRIGUEZ

(PEPETE).

Con el lidiador á quien vamos á biografiar seremos breves en sus apuntes; primero por haberse ocupado muchos biógrafos de sus circunstancias especiales como diestro, y segundo que para con los muertos sólo tenemos una oracion por su eterno descanso.

Nació José Rodriguez en la ciudad de Córdoba,

el 11 de Diciembre de 1824, y fué hijo de José, conocido por *Pepete*, y de Maria Rosario.

Los padres del finado *Pepete*, tenían una regular posición y pudieron dar á su hijo mediana educacion, dedicándole despues al ejercicio de abastecedor de carnes para los mercados públicos. Con bastante edad el padre de José, le encargó de la fatigosa comision de la marchanteria de ganados, en particular del vacuno. Familiarizado con este nuevo cargo, y con la gente del Campo de la Merced de Córdoba, adquirió la aficion á torear reses de todas procedencias. El gran desarrollo de sus fuerzas físicas unido á su rudo ó indómito carácter, y el estímulo de los consejos y advertencias que le daban los principales lidiadores cordobeses, le indujeron á resolverse á ser torero; pero antes casó con Rafaela Bejarano, en Diciembre de 1844.

Resuelto como hemos dicho, á dejar la profesion que le trazó su padre, se dedicó á peon de lidia.

Los toreros de alguna nota *el Panchon*, Rodriguez (*Melaja*) y Sanchez (*Palco*), sólo le enseñaron las generalidades de la lidia que sirven únicamente á los que por aficion lo hacen, pero que no llenan el gran vacio que necesitan tener los toreadores de oficio, en la multitud de casos prácticos que ponen á prueba la inteligencia, serenidad y las facultades de cada uno.

Sin más conocimientos que los ya indicados y decidido á torear, aprovechó la proteccion que le dispensaba, como particular, Antonio Luque (*el Camará*), con el cual toreó en varias plazas, en clase

de banderillero, pero jamás pudo alcanzar el nombre de peon de brega. Pepete fué siempre más bravo que entendido, y de aquí el desconocer las tácticas cautelosas de la tauromaquia; pues el torero no consiste en el arrojó más ó ménos, sino en la prevision, y de estas observaciones crearse un método seguro conforme á los principios de su experiencia: y tanto es así, que en Sevilla el año de 1858, toreando con Dominguez, le volvió el toro por el lado contrario y estuvo en una línea que no sufriera una cogida contra las tablas sino llega á tomar el burladero.

La alternativa de espada se la dió Antonio Luque en 1847, lidiando despues en Córdoba los días 11 y 13 de Junio del 48, con Julian Casas y el *Camará*, toros de Guadalcázar, Muñoz y Escobedo.

Despues se interesó en algunas corridas, tomando parte como empresario á la vez que matador.

En 1850 se separó de Luque, contratándose por sí con su cuadrilla, que formó al efecto con los picadores Martinez, *Riñones*, (Alvarez) y *Onofre*, y como banderilleros á Rodriguez (*Caniquí*), Fuentes (*Bocanegra*) y Bejarana. Las plazas en que torearon ya formada su cuadrilla, fueron las de Cartagena, Alicante, Albacete, Bilbao y Cáceres; mereciendo en todas ellas aprecio y distincion.

En el año de 1852, el 4 de Julio, le dió la alternativa por primera vez en la plaza de Madrid, Francisco Arjona Guillen (*Cúchares*), en la corrida extraordinaria que se verificó en este dia, cuyos productos se destinaron á costear las obras de co-

modidad y ornato que se ejecutaron en la antigua plaza y el resto para el nuevo hospital de hombres incurables.

El desprendimiento de los que tomaron parte en la corrida, sin temor de equivocarnos, fué inusitado. Baste saber que ni éstos ni sus cuadrillas interesaron nada absolutamente.

En primer término figuraban las de *Cúchares*, José Redondo (*El Chiclanero*), Manuel Jimenez (*El Cano*) y la del infortunado José Rodríguez (*Pepete*), nuevo en la citada plaza de Madrid.

Dignos son en verdad de figurar en esta modesta y triste reseña los nombres de los héroes de esta función, que á no dudar formará época por no haberse visto otra igual hasta el día de la fecha.

PICADORES: Andrés Hormigo, que aunque retirado por su avanzada edad, se ofreció á trabajar gratuitamente, José Trigo y Juau Alvarez (*Chola*), primera tanda; Manuel Martín (*Castañitas*), Lorenzo Sanchez y Juan Uceta, segunda tanda; Bruno Azaña, Francisco Puerto y Manuel Martín, tercera tanda; Juan Martín, Francisco Minguez y Antonio Osuna, cuarta tanda.

ESPADAS: Francisco Arjona Guillen (*Cúchares*), José Redondo (*El Chiclanero*), Manuel Jimenez (*El Cano*), y José Rodríguez (*Pepete*); *Sobresaliente*, José Muñoz.

Así mismo debemos hacer constar que se presentaron con las cuadrillas otros lidiadores, cuyos nombres no recordamos, con el objeto de estoquear los toros que les cedieran los espadas.

BANDERILLEROS: Felipe de Osa, José de Osa, Blas Méliz, Matías Muñiz, Manuel Ortega, Manuel Bustamante, Nicolás Baró, Mateo Lopez, Juan Rico y Roque Torres.

PUNTILLEROS: Gabriel Caballero y José Perez.

Esta corrida duró cuatro horas, según se anunció por carteles, no fijando el número de toros que debían lidiarse; pero los diez primeros de los diez y ocho que se encerraron, fueron regalados por los señores marqués de Gavía, empresa de la plaza, duque de Veragua, D. José de Salamanca, D. Melchor Ordoñez, D. Juan José de Fuentes, ganadero, Puente Lopez, D. Félix Gomez, D. Saturnino Ginés, ganadero y D. Aafael José de la Cuña, vecino de Lisboa. Los ocho toros restantes de reserva, pertenecían á la vacada del Excmo. Sr. Duque de Veragua, de los que se lidiaron cuatro, si no estamos equivocados.

Las divisas fueron donadas por las Excmas. señoras duquesa de San Carlos, condesa de la Címera, duquesa de Veragua, doña Remedios Chacon de Alvarez, doña Rosalía Ortega de Ordoñez, doña Encarnacion de Camarasa, duquesa de Tamames, duquesa de Alba, marquesa de Villagarcía y condesa de Salvatierra.

Las cuatro bandas de música, de los regimientos de Ingenieros, Granaderos, Cazadores de Baza y Chiclana reunidas, amenizaron la función sin estipendio alguno, como igualmente lo hicieron la mayor parte de los operarios.

La corrida terminó sin el menor lance desagra-

dable, si bien más tarde, en la de 1862, fué la última en que el desgraciado Pepete dejó de existir.

En 1857 fué *Pepete* uno de los diestros, de segunda línea, bastante aventajado en su profesión.

En 1858 era conocido ya por todas las empresas de la Península, aunque apareciese inferior en el orden de antigüedad, pues lidió en Cartagena, y Murcia, llevando de segundo á Antonio Sanchez (*el Tato*). En dichas corridas mereció tanta distinción del público, que le concedió en ambas plazas dos toros, por su valentía y desplante en los lances decisivos.

En el año de 1858, el lidiador cordobés de quien nos ocupamos, puede fijarse la verdadera época de su apojeó y sus contratas á la altura de los matadores de primera clase.

En el Puerto de Santa María, deseosos de verle trabajar, fué ajustado para dos corridas, una en 21 de Mayo del 58, con Manuel Dominguez y Manuel Carmona, lidiándose toros de Romero Balmaseda; y en 12 de Setiembre la otra, con toros de Castriillon, y en compañía de Juan Lucas Blanco y Juan Jimenez. En dichas corridas se ganó las simpatías de los espectadores por su valor y atrevimiento de intentarlo todo sin reparar en el peligro.

En 1859 toreó con Dominguez en Granada y Antequera.

En 1860, contando ya con amigos, toreó otra corrida en Sevilla, en alternativa con Manuel Dominguez, pero que produjo disgustos, en que tomó parte la prensa para ventilarlos en hojas sueltas.

Despues de este desagradable incidente, promovido por los amigos imprudentes, continuó trabajando con bastante aceptacion en varias plazas y con especialidad en Córdoba, que, como natural de ella, le querian con pasion.

En 1861 se consintió tanto en su toreo *de poder á poder*, como dice mi particular amigo Velazque y Sanchez, refiriéndose al señor Juan Leon, que tuvo algunas cogidas en las que fué herido: principalmente las citadas cogidas fueron en la brega de los quites, capeos, quiebros y juguetes; pocas en la muerte de los toros.

En 1862 la empresa de la plaza de Madrid lo contrató para trabajar en la primera temporada, con Cayetano Sanz y Pablo Herraiz, de sobresaliente. Las cuadrillas que figuraban en dicha temporada, fueron: Picadores: Antonio Calderon, Cortés, Arce, Bruno, Osuna y Alvarez, y como banderilleros, Domingo, Torres, Yust, Garrido y Caniqui.

Se verificó la primera corrida en la tarde del 20 de Abril, con tres toros de D. Agustin Salido, vecino de Ciudad-Real, con divisa verde, y tres de Miura, de Sevilla, con verde y negra. El segundo toro, origen de la desgracia de Pepete, fué de Miura, llamado *Jocinero*, berrendo en negro, ensabao y botinero, corniveleto, buen mozo y de bastante romana. Se presentó en liza muy despacio, no remataba las provocaciones de los peones con el capotillo para traerle á la jurisdiccion de la suerte de varas, y más de una vez se les colaba si arremetía tras del engaño. A la tercera vara, si no recor-

damos mal ó el estado de los incidentes de lo que ocurrió en la corrida no es exacto, que lo dudamos, por haberse publicado aquella revista en el periódico *El Reino* y redactada por el que hoy dirige EL TÁBANO, D. José Santa Coloma, bajo el seudónimo de *El Tío Cándido*, observamos que el toro se hizo *seco, duro*, de mucho poder y *recarga*. Calderon le estrechó en su terreno, pues que se hallaba ya aplomado y de sentido. No se hizo esperar el bicho á la provocacion, acudiendo con tanta presteza, que levantó al caballo y picador como si fuera un cesto de plumas. La caída del jinete fué horrorosa y en descubierto; pero fuera del peligro el jinete, se encontró con el caballo el toro, en quien se cebó destrozándolo. José Rodriguz (Pepete), aunque en aquellos momentos criticos atendia á unas preguntas que le dirigian unos del tendido núm. 13, no obstante acudió al quite, pero por la salida del toro, y se encontró con él sin poder despues hacer uso del capote. Le recogió entonces con el piton derechos por el muslo izquierdo é infiriéndole un puntazo en el mismo, lo levantó para darle una cornada mortal sobre una costilla que le partió el corazon, arrojándole de la cabeza. Pepete, no obstante de los varetazos que sufrió durante el tiempo que le tuvo en la cabeza *Jocinero*, y del golpe que sufrió al ser despedido, se levantó y pudo andar algunos pasos; pero cayó, viéndosele arrojar la sangre por la herida, siendo conducido á la enfermería, donde espiró á los pocos minutos.

En el momento de la catástrofe la mayor parte

de los concurrentes abandonaron el circo, observándose despues, en los que quedaron, un profundo silencio sin tomar en cuenta las reglas de la lidia.

Cayetano Sanz, en esta sangrienta batalla, á pesar del sentimiento que le causó la desgracia de su buen compañero y amigo, infundió el valor bastante á sus subordinados, dirigiendo la corrida con la mayor serenidad y acierto, tanto en la muerte de los cinco toros cuanto en los quites á los picadores.

El último toro le mató Pablo, como es costumbre en semejantes casos, previo el permiso del espada.

Escusado es añadir que se le hizo un suntuoso entriero, al que asistieron muchos aficionados de todas clases y categorías y cuantos diestros se hallaban en Madrid.

Por medio de la prensa periódica supo detalladamente toda la Península la catástrofe, que fué sentida, porque supo el valeroso José Rodriguez (Q. E. P. D.) corresponder á los favores que le dispensaron.

ANTONIO SANCHEZ (EL TATO).

Antes de poner la pluma sobre el papel para hacer la historia taurina del lidiador que nos ocupa, hemos tenido necesidad de recurrir á varias publicaciones que con anterioridad á la nuestra se han dado á la prensa.

No hemos escaseado tampoco nosotros en adquirir nuevos datos á los ya publicados, al extremo de hacer constar, por medio de la prensa, y para que llegara á noticia de los interesados, nuestro propósito de publicar un libro, con los apuntes más esenciales de la vida torera desde el famoso matador de toros Francisco Romero, hasta á aquellos que por su destreza y buen concepto nos lo permitiera la fecha en que terminemos nuestra tarea.

No entraremos en citar los nombres de aquellos á quienes nos hemos dirigido particularmente y no se han dignado contestar, por que seria entrar en un terreno bastante espinoso, ageno á nuestro propósito y á la índole del pensamiento de nuestra publicacion.

Antonio Sanchez (*El Tato*), segun afirma el señor Velazquez en sus *Anales*, á cuya autoridad me refiero respecto á fechas, pues las apreciaciones de su trabajo en el ejercicio corren de nuestra propia cuenta, nació en Sevilla y fué bautizado en la parroquial de San Bernardo el año de 1832. Su padre, por consecuencia de no tener más fortuna que la que se ajencia un modesto jornalero, tanto al Antonio Sanchez como á sus hermanos, no le fué dado darles más educacion que los primeros rudimentos de la escuela primaria y destinar á los demás hermanos á las faenas de la casa. Antonio, sin embargo de los cuidados de la familia, más de una vez le habian observado al entrar en su casa, que iba enteramente con las ropas destrozadas, y otras acardeñalado el cuerpo, consecuencia de que se introdu-

cia en el matadero y, burlando la vigilancia de los matarifes, sorteaba á las reses en compañía de otros muchachos.

Más de una vez le habia visto Curro Cúchares y no dejó de agradarle, y decidió, con el beneplácito de sus padres, agregarle á su cuadrilla en clase de *puntillero*.

Cúchares, con la frecuencia que la índole de una res le permitía, le hacia salir con el capote á correr al toro y otras á parrear.

Observando el maestro que no hacia grandes progresos, ni con el capote ni con los palos, comprendió que el muchacho tenia más inclinacion á la muleta y el estoque.

El padrino de Antonio Sanchez sabia demasiado que si por regla general llegaban á la categoría de espadas los peones de primera clase de cada cuadrilla, tambien habia casos en que llegar á cierto grado de superioridad como banderillero, más bien perjudicaba que contribuía al rango de jefe; y tanto es así, que Juan Yust fué obligado por Juan Leon á dejar los rehiletos y el capote en que cifraba su porvenir, para tomar la alternativa de segundo espada, en la que adquirió el aplomo y práctica de parar los piés ante el toro, que son el complemento de la suerte final del toreo.

El maestro de El Tato, en vista de lo que habia observado en el discipulo, aprovechaba en muchas plazas, que no tenian grandes exigencias, para ensayarle con la muleta en los bichos boyantes y nobles, en cuyo ejercicio hacia prodigios de valor y destreza.

Como quiera que el citado maestro viera que como peon de lidia no daba grandes esperanzas, formó la resolución definitiva de adiestrarle en la muerte de los toros.

En 1851 se presentó Cúchares en la plaza de Madrid y, por consiguiente, acompañado de Sanchez, dándole á conocer como una notabilidad en su clase.

Deseosos los aficionados de conocer al torero en flor, en la suerte de matar, y Cúchares en complacerles, le cedió un toro de buen *trapío y revoltoso*, el cual le fué brindado al opulento banquero. escelentísimo señor marqués de Salamanca, que tambien tenia interés por verle.

Trasteado el bicho con admirable aplomo, corto, ceñido y siempre en la jurisdiccion conveniente á sus facultades y á las de la *res*, le arrancó al volapiés y le hizo morder la arena, cayendo á tierra enseguida con una magnífica estocada en todo lo alto hasta la mano.

La ovacion del público en general y el regalo del espléndido capitalista, Sr. Salamanca, fueron el objeto principal, por espacio de muchos dias, del pueblo de Madrid.

En 1852 tomó la alternativa toreando y compitiendo con los matadores de reputacion.

En 1853 se separó de Cúchares, llevándose los mejores ginetes y banderilleros de su cuadrilla, cuya accion fué desaprobada por sus amigos y considerada por su maestro como una negra ingratitud.

En 1854, con tan poderosos auxiliares en su cua-

drilla, cual fueron Lillo, Muñiz, el Cuco y otros que no recordamos en estos momentos, siguió trabajando en el toreo como jefe de cuadrilla, en recortes, quites y galleos; empero como lanceador de capa fué siempre una medianía.

En 1855 pasó á Bayona toreando los días 25, 26 y 27 de Agosto de dicho año, en cuyas corridas recibió grandes muestras de simpatías é infinidad de obsequios.

Tanto á la prensa española como á la extranjera, por la benevolencia con que siempre le ha considerado, debió indudablemente Antonio Sanchez su pronta y bien merecida reputacion, pues no se concibe de otra manera que en tan poco tiempo torease en casi todas las plazas de la Península y las del extranjero.

En 1856 toreó por temporada en Madrid, sufriendo el 24 de Abril una cogida sin consecuencias.

En 1857, en la plaza de Sevilla, el 12 de Abril, tuvo otra cogida en la muerte del tercer toro, que por fortuna, no fué grave; continuando el año toreando en distintas plazas.

En el año de 1858 fué contratado nuevamente en Madrid para torear, donde sin perjuicio tambien lo hizo en Sevilla y en otras provincias, sin más resultados que haber sufrido dos cornadas en el brazo derecho; y en las del Puerto de Santa Maria, el 29 de Junio, otra de bastante gravedad.

Por el año de 1859, Antonio Sanchez se hallaba en todo su apogeo y solicitado por todas las em-

presas, al extremo de tener que rehusar muchas proposiciones altamente ventajosas.

En las plazas de Andalucía alternó con Dominguez, Gonzalo Mora y Mariano Anton; en Córdoba con Arjona Guillen; en las Provincias vascas con Cayetano y Julian Casas, y para abreviar esta narracion, con todos los matadores de la Península, cerrando esta temporada con 45 corridas sin accidentes que lamentar en su persona.

En 1860 puede asegurarse que el Tato fijó su toreo en un grado que no admite mejora, pero que perfeccionó el juego de muleta, fijándole especialmente en los toros, que generalmente se encojen al sentirse heridos; pero en cambio sufría con resignacion los puntazos y golpes de los que se estiran y envisten cuando reciben la ofensa del diestro.

Seria prolijo enumerar las muchas cogidas que ha tenido, sin que por ello se le notara variar su sistema de tomar siempre, á los toros á la hora de la muerte, cortos y en el arranque derecho.

En 1861, el simpático matador Antonio Sanchez se habia reconciliado con su maestro y olvidó la falta que le hizo llevándose parte de su cuadrilla al separarse de su lado.

Sabido es que Curro Cúchares, entre otras tenia una hija llamada Maria de la Salud Arjona y Reyes, á quien Antonio queria con delirio y pidió á su padre para la santa union del matrimonio.

Grandes fueron los medios que se emplearon para que Curro diera su asentimiento, y siempre

contestaba que despues de una ingratitud tan marcada como le habia hecho su protegido no debia darle á su hija.

Vista, pues, la oposicion, pero que, no obstante, más de una vez se le escuchó que á no haber otro remedio daria su beneplácito, acordaron los amigos de ambas familias en depositar á la futura judicialmente en la casa del respetable Sr. D. Francisco de Paula Moran.

En 5 de Enero del citado año de 1861, y vencida la opinion del padre de la novia, recibieron los amantes las bendiciones nupciales del sacerdote señor D. Manuel Jurado. Curro, como buen padre, asistió á la ceremonia, y dijo á la desposada despues:

—Hija mia, ya estás casada; pero ten presente que todos los toreros no son como tu padre, que acostumbra á decir antes de salir de casa para torear despues: vuelvo, y vuelvo; pero la mayor parte suelen volver pero en papeles.

Su boda dió mucho que decir en Sevilla, tanto por haberse vencido la opinion de Curro, cuanto por el banquete que dió á los pocos dias el difunto señor conde del Aguila en honor á los desposados, el cual fué suntuoso y espléndido, segun solia hacer el señor conde en semejantes casos.

En Abril del mismo año de 1861, trabajó en Madrid con aplauso de los aficionados; pero sufrió una cogida, de la que resultó un puntazo en la parte derecha del pecho, que le obligó á retirarse á la enfermeria, pero no tardó mucho en restablecerse.

En Mayo, ó sea al mes de esta cojida, se le contaba, segun los periódicos, con treinta y siete corridas escrituradas, incluyendo la de Bayona.

En 1862 empezó el matador que nos ocupa á encontrar émulos que le disputaban las simpatias de que, á fuerza de su lucido trabajo, se habia hecho acreedor.

Esta competencia más de una vez se ha visto entre matadores, y nos lo atestigua la que sostuvo Bellon con los Palomos; Costillares con Juan Romero; Pedro Romero con José Delgado; Curro Guillen con Gerónimo José Cándido; Juan Leon con Antonio Ruiz (el Sombrerero), y José Redondo con Arjona Guillen (Cúchares).

Por este tiempo, Julian Casas, Dominguez, Lucas Blanco, Antonio Carmona y otros que no recordamos, ocupaban su puesto con no poca aceptación, y aunque no trabajaban más de una vez alternando en corridas juntos, la mayoría de los aplausos eran casi siempre para el niño afortunado.

Marcadamente podemos asegurar que entre sus émulos sólo uno fué el origen de algunos disgustos, pues que con los ya mencionados tenian hecha su reputacion y escuela conocida, y á los otros se les veia descender de una manera lastimosa.

Antonio Carmona (El Gordito) por aquella época, aunque figuraba como espada, gozaba de gran reputacion como banderillero y considerado como el primero en esta suerte, en la que tenia una gran defensa, como asimismo en jugar con los toros,

dejándolos llegar y salir de los embroque con los quiebros de cintura.

Por más que los *puristas* hayan censurado esta clase de lidia, que no deja de ser un accesorio entretenido y espuesto para el que no tiene gran vista y facultades físicas, Antonio Carmona consigue en casi todas las plazas en que ha trabajado, ser aplaudido, aun más que los jefes de cuadrilla cuando con ellos ha salido de peon y banderillero.

No entraremos en profundizar, ni menos en apuntar, la série de competencias y abusos de lidiadores que á nada conduce; pero basta á nuestro propósito consignar el origen injustificado por parte de Antonio Sanchez (El Tato).

Debía celebrarse en Sevilla una gran corrida de toros que promovía la Asociación de damas bajo la presidencia de la señora infanta duquesa de Montpensier, para atender á la beneficencia domiciliaria.

Antonio Carmona, deseoso de contribuir con su trabajo á este llamamiento de caridad; se presentó á la junta de damas á ofrecer sus respetos, y como hemos dicho, su persona, como matador de toros y sin estipendio alguno.

Antonio Sanchez (El Tato); sin explicar la causa de su tenaz y poco generosa resistencia, se opuso, y consiguió, á que figurase como espada y sin estipendio alguno.

Indicado á nuestros lectores el móvil de los disgustos habidos entre estos dos matadores y la exposicion de los hechos, continuaremos en la

prosecucion de los apuntes biográficos de Sanchez.

En 1865 trabajó en la plaza de Madrid con Curro (Cúcharos) y Antonio Carmona, y no fué escaso en peripecias y contratiempos, pues que en la lidia del segundo toro, en 4 de Mayo, fué enganchado sufriendo un fuerte baretazo al despedirle de la cabeza.

A la tercera corrida, en la suerte del volapié, sufrió una herida en la parte izquierda inferior del pecho.

Desde el citado año del 65 al 67, fué una série de acontecimientos para el Tato, que si bien no dejó de alcanzar justos triunfos, tambien sufrió no pocos contratiempos con los toros y con el vuelco que dió la diligencia en que venia al pasar por Despeñaperros; pues se rompió la clavícula del brazo derecho, quedándose en Córdoba hasta que su estado de salud le permitió pasar á Sevilla á restablecerse.

El período último de la vida torera de Antonio Sanchez, ha sido un conjunto de *cosas*, que si bien es cierto que otros cronistas los han detallado con todos sus colores, hasta el escándalo, con referencia á la emulacion entre Carmona y el Tato, nosotros, menos atrevidos, nos abstenemos de consignarlos en nuestra publicacion.

Mucho pudiéramos decir sobre la rivalidad de estos dos diestros fraguada en la plaza de Madrid en 1867; pero respetamos la desgracia.

En 1869, último año en que Antonio Sanchez

dejó de escuchar tantos aplausos, fué contratado para trabajar en la plaza de Madrid, en la cual el día 7 de Abril, celebrándose una corrida extraordinaria en conmemoracion de la nueva Constitucion politica del Estado, sufrió una cogida que puso en eminente riesgo su vida.

Lidiábase corrida entera, es decir, toros por mañana y tarde, y entre los matadores que se prestaron á trabajar, fué uno Antonio Sanchez, que segun nuestros informes, no parece se hallaba muy dispuesto, por razones que no son de este lugar y ajenas á nuestro propósito como biógrafos.

Lidiábanse en la media corrida de la tarde toros de D. Vicente Martinez, vecino de Colmenar; y al saltar el cuarto á la arena, llamado *Peregrino*, lo hizo bastante parado y con recelo á los capotes de los chicos.

Conseguido traerle á la jurisdiccion de la suerte de vara, tomó con recargo bastantes puyazos, matando cinco caballos; pasando á banderillas despues, apurado y con recelo.

En la segunda suerte empezó á mostrarse abiertamente por *quedarse* en su terreno sin acometer; para lo cual los peones, despues de varias salidas falsas, tuvieron que prenderle los rehiletos á la media vuelta, al relance y al sesgo.

Llegada la hora de la muerte, moral de Antonio Sanchez y la positiva para *Peregrino*, se armó el matador de espada y trapo y se fué á los tercios donde habia fijado su querencia el de Martinez.

Sí receloso estuvo el bicho en el primero y se-

gundo tercio de la lid, mucho más lo estuvo en el tercero que no acudia á la muleta, y si lo hacia era colándose, y despues siempre con la cabeza humillada y desafiando.

Más de tres veces el diestro se salió del terreno de matar, porque al recoger el trapo para arrancarle bajaba la cabeza, desunía las manos y perdía el terreno.

El público poco inteligente, que más de una vez es causa de que se precipiten los hombres, le censuraba de una manera tan injustificada, llamándole *cobarde*, porque se salía de la cara del toro *ladron* que queria coger.

En conclusion: estando con la cabeza humillada, no obstante de alzar la muleta para que hiciera por ella, al darle la estocada á vuelapiés, tuvo que *embrocarse*; y como quiera que la humillacion estaba hecha, tiró el *hachazo*, y á la salida le enganchó por la pierna derecha, resultando la herida fatal. Al fin, se hizo necesaria la amputacion despues de apurar todos los medios imaginables indicados por la ciencia.

Despues hubo varias versiones sobre si el toro, como quiera que mantenía en las astas la sangre de los caballos que había dejado muertos, pudiera haber tenido infiltrado algun *virus* dañino, y despues ser infiltrado en la herida; pero tanto estas versiones como otras, no llegaron á confirmarse, por más que algunos las tenían como positivas.

Terminaremos este triste bosquejo de la vida torera de Antonio Sanchez (el Tato) diciendo que

fué sensible la pérdida del simpático matador, que tanto animaba nuestra tradicional fiesta.

Después de haber agotado cuantos medios le fueron iniciados para la confección de una pierna, conque tal vez podía seguir trabajando, se convenció de la imposibilidad y solicitó y obtuvo una plaza en el matadero de Sevilla, que si bien no podrá como antes sostener con lujo sus obligaciones, al menos cuenta para las primeras necesidades de la vida.

ANGEL LOPEZ REGATERO

Y DIAZ.

El diestro de quien vamos á ocuparnos, fué uno de los banderilleros de aquella época que con más rapidez se hizo distinguir por su notable aventajamiento, como lo dejaremos demostrado por la relación de sus vicisitudes, el cual debe mucha parte de su enseñanza tauromáquica al célebre José Calderon (*Capita*).

Angel Lopez Regatero, nació en la villa y córte